

Boletín Oficial

OBISPADO DE OURENSE

AÑO CLXXI

Nº I I

DICIEMBRE 2008



NUESTRA PORTADA:

Cristo Diócesis Ourense. Ignacio Urrutia (2007)

Hierro negro.

El Cristo en la cruz denominado CRISTO DIÓCESIS OURENSE es un encargo de la Diócesis de la ciudad de Ourense a Urrutia a inicios del año 2006. Para su elaboración tiene un punto de partida: la observación de las diferentes representaciones existentes y sus propias ideas e inquietudes. El autor toma como punto de partida la figura del Cristo del báculo de San Juan Pablo II y también el Cristo del altar de la iglesia de S. Felicísimo en Deusto-Bilbao.

Con este bagaje, el proceso creativo se pone en marcha... las ideas surgieron como un vendaval: en cualquier lugar, en cualquier momento y con cualquier tipo de material que sirvió para plasmar el proyecto. Formas, texturas, colores, estudio de formas y de posiciones de brazos y piernas... todo se analiza de manera minuciosa y milimétrica: búsquedas de nuevas creaciones que conecten con el espíritu cristiano actual, pero sin olvidar a anteriores artistas, conocidos o anónimos, y que dejaron su impronta en esta representación; todas tienen un espacio, su lugar en la obra que aquí se presenta.

Director: MANUEL E. RODRÍGUEZ ÁLVAREZ

Redacción, administración y fotocomposición: OBISPADO DE OURENSE - Área Informática

Teléfono: 988 366 141

Impresión: ARIGRAF

Depósito Legal: OR-13/1958



Boletín Oficial del Obispado de Ourense

Año CLXXI	Diciembre 2008	Nº 11
-----------	----------------	-------

SUMARIO

LA VOZ DEL PRELADO

Carta del Sr. Obispo para el Tiempo de Adviento..... 1555

Actividades del Sr. Obispo 1557

IGLESIA DIOCESANA

Secretaría General

Defunciones..... 1561

Vicaría de Pastoral

Bodas de Oro Sacerdotales de D. Lisardo Ramos Sandiás, párroco de Santa Teresita del Veintiuno de Ourense (20/XII/1958 – 21/XII/2008) 1562

Delegación de Liturgia. *Mistagogía del Domingo (Pautas para una profundización de su misterio)*... 1567

Consejo Presbiteral

Ponencia de D. Saturnino Gamarra. *Los ejercicios espirituales en la vida del sacerdote diocesano* 1576

Instituto Teológico “Divino Maestro”

Conferencia en la Presentación del número 11 de la revista Auriensia. *La Caridad Pastoral en San Pablo*..... 1585

IGLESIA EN ESPAÑA

Conferencia Episcopal Española

Nota de los obispos de la Subcomisión para la Familia y la Defensa de la Vida. Jornada Mundial de la Familia..... 1607

IGLESIA UNIVERSAL

Santo Padre Benedicto XVI

Ángelus 1613

Audiencias Generales..... 1617

Discursos..... 1627

Homilias 1645

Mensajes 1656

Santa Sede

Congregación para la Doctrina de la Fe. Instrucción *Dignitas Personae* sobre algunas cuestiones de Bioética..... 1679

CRÓNICA DIOCESANA

Diciembre 1709

SUMARIO DEL AÑO 2008 1713



LA VOZ DEL PRELADO

HOMILÍAS

Carta del Sr. Obispo para el Tiempo de Adviento

Queridos diocesanos:

Comenzamos un nuevo Año Litúrgico, una nueva oportunidad para superarnos, para hacer balance y fijarnos nuevas metas y nuevos propósitos... Ojalá que en nuestras intenciones no dejemos de lado lo más importante.

En primer lugar, es fundamental que no pase inadvertido en nuestras vidas este tiempo de Adviento, de espera paciente para la llegada del Señor. Las luces de la Navidad que se acerca no deben impedirnos reparar en la gran importancia de este tiempo litúrgico; conozcamos y vivamos el Adviento, y aprovechemos esa oportunidad que nos ofrece para reflexionar, de intentar mejorar y prepararnos debidamente para la venida del Niño Dios en la Navidad.

A la hora de revistar vuestro propósito en este tiempo de Adviento, os pediría sólo una cosa: intentad, no sólo en estas fechas, sino siempre, en vuestra vida cotidiana, no terminar nunca el día sin haber dado algo de vosotros mismos: tiempo y compañía a quien esté sólo, triste o enfermo, un gesto de apoyo a quien veáis sufrir o dudar, una sonrisa a quien atendáis en vuestro trabajo o a quien os crucéis por la calle, una palabra amable

a aquella persona con la que habéis tenido algún problema... Un simple gesto que reconforte a quien lo reciba, y que le haga reflexionar y pensar: “esa persona es creyente, porque su rostro refleja la alegría y la serenidad que da la fe en Jesucristo”.

Dando cada día un poco de vosotros mismos estaréis haciendo un gran regalo, no sólo a esa persona a la que ayudéis y alegréis con vuestro gesto, sino también a nuestro Señor, quien pudiendo pedirnos cualquier otra cosa, nos hizo un único encargo: que nos amásemos los unos a los otros, como Él nos ama. Y a pesar de lo sencillo de esta petición, somos conscientes de que muchas veces a todos nos cuesta cumplirla, y se nos hace difícil ver a todo ser humano como un hermano.

De corazón os deseo que vuestros hogares se llenen de salud, de alegría y de fe, y que en cada acontecimiento de la vida cotidiana y en cada rostro que miréis, sepáis ver la huella de nuestro Señor.

Con cariño os bendice vuestro Obispo:

+ Luis Quintero Fiuza
Obispo de Ourense

Carta do Sr. Bispo para o Tempo de Advento

Queridos diocesanos:

Comezamos un novo Ano Litúrxico, unha nova oportunidade para nos superar, para facer balance e nos fixar novas metas e novos propósitos... Oxalá que nas nosas intencións non deixemos de lado o máis importante.

En primeiro lugar, é fundamental que non pase inadvertido nas nosas vidas este tempo de Advento, de espera paciente para a chegada do Señor. As luces do Nadal que se achega non nos deben impedir reparar na gran importancia deste tempo litúrxico; coñezamos e vivámo-lo Advento, e aproveitemos esa oportunidade que nos ofrece para reflexionar, para tentar mellorar e nos preparar debidamente para a vinda do Neno Deus no Nadal.

Á hora de revisa-lo voso propósito neste tempo de Advento, pediríavos só unha cousa: tentade, non só nestas datas, senón sempre, na vosa vida cotiá, non rematar nunca o día sen dar algo de vós mesmos: tempo e compañía a quen estea só, triste ou enfermo, un xesto de apoio a quen vexades sufrir ou dudar, un sorriso a quen atendas no voso traballo ou a quen vos

crucedes pola rúa, unha palabra amable a aquela persoa coa que tivestes algún problema... Un simple xesto que reconforte a quen o reciba, e que lle faga reflexionar e pensar: “esa persoa é crente, porque a súa faciana reflexa a ledicia e a serenidade que dá a fe en Xesus Cristo”.

Dando cada día un pouco de vós mesmos estaredes facendo un gran regalo, non só a esa persoa á que axudades e alegrades co voso xesto, senón tamén ó noso Señor, quen podendo nos pedir calquera outra cousa, fíxonos un único encargo: que nos amásemo os uns ós outros, como El nos ama. E a pesar do sinxelo desta petición, somos conscientes de que moitas veces a todos nos costa cumprila, e fáisenos difícil ver a todo ser humano como un irmán.

De corazón deséxovos que os vosos fogares se enchan de saúde, de ledicia e de fe, e que en cada acontecemento da vida cotiá e en cada rostro que olledes, saibades ve-la pegada do noso Señor.

Con cariño bendívo-lo voso Bispo:

+ Luís Quinteiro Fiuza
Bispo de Ourense

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO

NOVIEMBRE

- Día 29: Preside la Vigilia de Adviento en la S. I. Catedral.
Día 30: Santa Visita Pastoral a las parroquias de Santa María de Monterrey y Santiago de Vilamaior do Val en el Arciprestazgo de Monterrey.

DICIEMBRE

- Día 2: Reunión del Consejo Episcopal.
Día 3: Entrevista para el periódico *Ourense por barrios* en el Obispado.
Día 5: Encuentro con los sacerdotes jóvenes.
Día 7: Preside la Vigilia de la Inmaculada en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro.
Día 8: Solemne Concelebración Eucarística en el Seminario Menor en la fiesta de su Patrona, María Inmaculada.
Misa Pontifical en la Solemnidad de la Inmaculada Concepción de María en la S. I. Catedral Basílica de San Martín de Tours.
Clausura la Novena a la Inmaculada en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro.
Día 11: Asiste a la Presentación de un nuevo número del Anuario del Instituto Teológico “Divino Maestro” y conferencia “La caridad pastoral de San Pablo” pronunciada por D. Jorge Juan Pérez Gallego en el Centro Cultural de Caixa Galicia.
Día 13: Clausura los Ejercicios Espirituales en la Casa Diocesana de Ejercicios. Preside la Celebración Eucarística en la Parroquia de Santa Lucía de Rairo en la fiesta de su Patrona.
Fiesta de los miembros de la ONCE que celebran a su Patrona en la Parroquia de María Auxiliadora.
Bendición de un belén en Parada do Sil y asiste a la conferencia titulada “Navidad, de San Francisco a Parada do Sil” pronunciada por D. Miguel Ángel González García.
Día 14: Santa Visita Pastoral a las parroquias de Santa María de Videferre, Santa Eulalia de Bousés y San Juan de A Granxa en el Arciprestazgo de Monterrey.
Día 15: Preside la Celebración Eucarística de Exequias por el E. D. de Sor

María Modesta Cibeira, Religiosa Hija de la Divina Pastora (Calasancia) en la capilla de la Residencia Santamarina.

Día 17: Preside la Bendición e Inauguración de la Exposición “Belenes del mundo” en el Obispado.

Preside el Consejo Diocesano de Asuntos Económicos en la Casa de Ejercicios “Santa María Madre”.

Participa en un programa de Radio María sobre el Apostolado del Mar.

Día 18: Preside la Celebración Eucarística en la Residencia de Ancianos Nuestra Señora de la Esperanza de la Fundación San Rosendo en A Farixa.

Participa en una entrevista en la COPE.

Reunión con una Asociación de Viudas y les felicita las fiestas de la Navidad.

Bendición del belén en el Liceo.

Día 19: Preside la Celebración Eucarística en la Capilla del Santo Cristo con motivo de una reunión de sacerdotes que celebran sus cincuenta años de ordenación.

Preside la Celebración del Rito de Admisión a las Sagradas Órdenes de Presbiterado y Diaconado de un seminarista. Cena de Navidad con los seminaristas del Seminario Mayor.

Día 20: Reunión de los Sres. Obispos de la Provincia Eclesiástica de Santiago.

Participa en un programa de fin de semana de la COPE.

Día 21: Santa Visita Pastoral a las parroquias de San Cristóbal de Medeiros, Santa María de Medeiros y Santa María de las Nieves de Chás en el Arciprestazgo de Monterrey.

Día 22: Visita a los niños enfermos en el Complejo Hospitalario Cristal-Piñor.

Participa en la fiesta de la Navidad de la guardería “A Casiña” de Cáritas Diocesana en Las Lagunas.

Celebración Navideña de todos los miembros que trabajan en el Obispado.

Día 23: Preside la Celebración Eucarística a los miembros de las Aulas de la Tercera Edad de Ourense en vísperas de la Navidad.

Reunión del Consejo Episcopal.

Día 25: Misa Pontifical de la Natividad del Señor en la S. I. Catedral.

Día 29: Reunión del Consejo Presbiteral, en la casa diocesana de Ejercicios.

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL**DEFUNCIONES**

“Como Cristo que, una vez resucitado de entre los muertos, ya no muere más, así ellos también, liberados de la corrupción, no conocerán ya la muerte y participarán de la resurrección de Cristo, como Cristo participó de nuestra muerte”.

*(De los sermones de S. Atanasio de Antioquía;
Sermón 5, sobre la resurrección de Cristo).*

Oficio de difuntos.

+ **Rvdo. Sr. D. José Crespo Vilariño** (Ex-capellán de las RR. Esclavas de la Eucaristía y de la Madre de Dios de Sobrado do Bispo) Fallecido el día 27 de diciembre de 2008 a los 91 años. Había nacido el 28 de octubre de 1917 en Anzo, Pontevedra. Fue ordenado sacerdote el 20 de diciembre de 1941. ejerció su ministerio sacerdotal en esta Diócesis en los siguientes lugares: fue coadjutor de la parroquia de Santiago de las Caldas de la ciudad de Ourense desde el 02/07/1942 al 21/01/1944; el 1 de enero de 1957 fue nombrado capellán de las RR. Esclavas de la Eucaristía y de la Madre de Dios de Sobrado do Bispo, donde estuvo hasta julio de 2007. Entre los años 1962 y 1983 fue párroco de San Benito de Bentraces.

+ **Sor María Modesta Cibeira**, Religiosa Hija de la Divina Pastora (Calasancia). Nació en Gobras, Ourense, el 19 de febrero de 1929. Bautizada en la parroquia de Santiago de Torrenzuela, donde recibiría el sacramento de la conformación años más tarde. Con 19 años deja a sus siete hermanos y sus padres para ingresar en Sanlúcar de Barrameda, Cádiz en esta Congregación. Profesó como Calasancia el 24 de mayo de 1950. Estuvo en Madrid y Alicante donde en 1955 hace su Profesión Perpetua. En 1958 regresa a Madrid y permanece 15 años. En 1973 regresa a su tierra natal, a la Comunidad del Colegio Santo Ángel de Ourense y luego en Vigo. Vive entregada al ministerio educativo. En 1990 deja la educación y se traslada a la Comunidad de la Residencia Santamarina, donde atiende la portería y ayuda en las tareas de la casa. Murió el 14 de diciembre.

VICARÍA DE PASTORAL

Bodas de Oro Sacerdotales de D. Lisardo Ramos Sandiás, párroco de Santa Teresita del Veintiuno Ourense (20/XII/1958 – 21/XII/2008)

¡Esperando la llegada del Señor!

Y así es....Sabéis juzgar de la tierra y del cielo, pues ¿cómo no juzgáis del tiempo presente?” (Lc. 12, 54 56)

Introducción:

○ La comunidad parroquial de Santa Teresita del Veintiuno se viste con las mejores galas para rendir merecido homenaje al sacerdote que, durante cuarenta y tres años, ha desempeñado su ministerio por y para sus feligreses: pequeños y mayores, jóvenes y matrimonios, enfermos, ricos, pobres. Todos, y cuando digo todos, es que todos se sienten queridos y honrados por su sacerdote, D. Lisardo.

○ Estamos despidiendo el Adviento para adentrarnos en la Navidad. Es inminente la llegada del Señor. Esperamos un Salvador, que es Cristo, el Señor (cfr. Fl.3, 20).

○ Estos dos acontecimientos nos dispondrán a celebrar “plena, consciente y activamente” (SC. 14) la sagrada Eucaristía, centro de todo sacerdocio y Navidad anticipada.

1. El marco social en el que estamos viviendo:

“Cuando veis levantarse una nube por el poniente, al instante decís: va a llover.

La crisis económica que soportamos y que, según los expertos, no ha hecho más que empezar, puede dar al traste con la sociedad del bienestar. El desempleo en unos y el miedo a gastar, por lo que pueda suceder, en otros, pondrá en entredicho la “cultura del derroche” que nos ha caracterizado. Y recordamos al llorado Papa, el siervo de Dios, Juan Pablo II, que nos decía: ¡“es mejor ser que tener”! Ahora volvemos a la “cultura de la austeridad” que está en consonancia con el espíritu de la Navidad, remontándonos al portal de Belén. La encarnación del Hijo de Dios es un acto supremo de solidaridad de Dios con el Hombre. “Tanto amó Dios al Hombre que le entregó a su Hijo Unigénito” (Jn.3, 16-18)). Solidaridad que es compartir no sólo los bienes materiales sino también los bienes humanos y espirituales porque no sólo de pan vive el hombre. Estaría bien que en esta Navidad nos humanizáramos todos un poco más, porque las causas de la crisis hay que verlas en “la ceguera colectiva y en la mentalidad de enriquecimiento rá-

vido junto con el alejamiento de los fundamentos éticos, dándole la espalda a los valores más importantes de la sociedad” (*Horst Köhler, presidente de Alemania: “no han sido las hipotecas subprime la causa del desastre”*).

La solidaridad, la austeridad, la conversión interior, pueden llevarnos al portal de Belén. Allí se encuentra la Salvación del mundo. La Eucaristía es Navidad anticipada en el altar.

Historia de una vida:

D. Lisardo, a quien acompañamos, al que queremos y al que felicitamos de todo corazón en sus bodas de oro sacerdotales nació el día 29 de septiembre de 1930 en San Mamede de Sorga, en la Bola. Fue ordenado diácono el 23 de marzo de 1958 y llegó al sacerdocio el 20 de diciembre de 1958.

3. Evangelizar, primer anuncio, catequesis, formación cristiana:

Jesús “subió a un monte, y llamando a los que quiso, vinieron a El, y designó a doce para que le acompañaran y para enviarlos a predicar” (Mc.3, 13-14)

El sacerdote, dentro de la triple misión que le corresponde, debe anunciar a Cristo “*con nuevo ardor, con nuevos métodos, con nueva expresión*” (Juan Pablo II). En el primer domingo de Adviento, llevados de la mano del

profeta Isaías, suplicábamos: “ojalá rasgases el cielo y bajases”, porque “Señor, tú eres nuestro padre, nosotros la arcilla y tú, el alfarero” (Is. 6, 16-17. 19; 64, 2-7). E, inmediatamente, añadíamos con el salmo interleccional: “Oh Dios, restáuranos, que brille tu rostro y nos salve” (Sal.79). En las homilias pedíamos a nuestros feligreses, con el evangelio de Marcos, que vigilaran: “¡Mirad, vigilad: pues no sabéis cuándo es el momento..” (Mc. 13, 33-37). La razón, según San Pablo era clara: “Dios os llamó a participar en la vida de su Hijo, Jesucristo, Señor nuestro” (1ª Cor. 1, 3-9). Oír el anuncio de nuestra liberación (“levantaos, alza la cabeza, se acerca vuestra liberación”: Lc 21, 20-28), suscita un poderoso sentimiento de esperanza. Esperanza, virtud teologal que consiste en vivir entre el presente y el porvenir; es decir, en la espera. Porque los cielos se abrirán y bajará la Salvación.

D. Lisardo, a lo largo de cincuenta años de sacerdocio, en sus homilias, en sus catequesis, en sus grupos de formación, aconsejando en la confesión, saludando en la calle, preocupándose por los más pequeños y por los enfermos y ancianos, siempre, siempre, ha procurado sembrar de esperanza el corazón de sus fieles “ante la inminente venida del Señor”, para que, “cuando apenas llegue y llame”, abramos la puerta de nuestro corazón.

Éstas son las misiones encomendadas a D. Lisardo Ramos Sandiás:

○ Vicario parroquial de Santa Eufemia del Norte (Santo Domingo): del 11 de octubre de 1959 al 26 de junio de 1962.

○ Ecónomo de Santa María de Mugares: del 27 de junio de 1962 al 31 de Julio de 1965.

○ Párroco de Santa Teresita del Veintiuno: desde el 1 de Agosto de 1965 hasta el momento presente. Y lo que Dios le pida....

4. Iniciación Cristiana: primeros sacramentos (bautismo, confirmación confesión Eucaristía).

“Mediante la ordenación, habéis recibido el mismo Espíritu de Cristo, que os hace semejantes a Él, para que podáis actuar en su nombre y vivir en vosotros sus mismos sentimientos” (PDV 33).

Al sacerdote, incumbe la misión de santificar a las personas a él encomendadas por medio de la acción de la sagrada Liturgia: la celebración de los sacramentos con su plenitud en la Eucaristía. Para el Pastor, atención especial merecen los sacramentos de la iniciación cristiana: el bautismo, la confirmación, la primera confesión y la Eucaristía. En el segundo domingo de Adviento, san Marcos en su evangelio

nos decía: “Yo envío mi mensajero delante de ti para que prepare el camino. Una voz grita en el desierto: <preparad el camino del Señor, allanad sus senderos>” (Mc. 1, 1-8). Una invitación a la conversión de nuestras vidas al Evangelio. Nos preguntamos, ¿pero merece la pena convertirse? Mirad, el Evangelio es la Buena Noticia: es “Jesús, el Hijo de Dios”, es la Salvación. Para ello, es preciso saber esperar como esperaban los coetáneos de Jesús. Hoy no esperamos nada, porque estamos hartos de todo lo nuestro y porque también vivimos desesperados y nos vemos sin solución. Pero Él Vendrá a salvarnos. El Evangelio es actual. Escuchar, prestar atención a lo fundamental, preparar los caminos del Señor.

Es la tarea que ha desarrollado D. Lisardo con los padres de los niños que se han bautizado, con los padres de los niños que hicieron su primera confesión o que comulgaron por primera vez, con los padres de los adolescentes que fueron confirmados. A todos les descubrió la importancia de la conversión, al sentir la necesidad del Dios, del Salvador.

La entrega de D. Lisardo a la parroquia de Santa Teresita en una labor de años:

○ Solucionando problemas de toda índole: económicos, asistenciales, familiares.

○ Incorporando a la sociedad a muchos jóvenes y a personas mayores desestructuradas, marginales, marginadas.

○ Atendiendo al mundo gitano, que acampaba entorno a su casa.

5. Vivir como hijos de la luz:

“La caridad pastoral...encuentra su expresión plena y su alimento supremo en la Eucaristía” (PDV 23).

Y la tercera misión propia del sacerdote es la pastoral; es decir, ayudar a todos a vivir como hijos de Dios en medio de las dificultades de la vida, en las alegrías y en las penas. Es lección que aprendíamos en el tercer domingo de Adviento. San Juan Evangelista nos narra su experiencia de vida: “surgió un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan: éste venía como testigo, para dar testimonio de la luz, para que por él todos vinieran a la fe. No era él la luz, sino testigo de la luz” (Jn. 1, 6-8.19-28). El evangelio nos presenta a Jesús como la luz del mundo. Juan Bautista no era la luz, era testigo de la luz. Jesús nos dice: “Yo soy el camino, la verdad y la vida”, “yo soy la luz del mundo”. Por ello, Pablo, muy satisfecho con su comunidad de Tesalónica, les pide y nos pide: “Hermanos, estad siempre alegres. Sed constantes en orar. Dad gracias en toda ocasión” (1ª Tes. 5, 16 – 24).

D. Lisardo siempre ha procurado ser buen sacerdote:

○ El sacerdote es el hombre de oración: que invita a rezar, que enseña a rezar que reza con los suyos.

○ El sacerdote marca un estilo de vida: el estilo de la alegría, de la satisfacción, de la *parresía* al experimentar en la propia persona la presencia del Dios que salva.

○ La humildad, al estilo del Bautista, debe adornar la vida del sacerdote, que repetirá siempre: “En medio de vosotros hay uno que no conocéis, el que viene detrás de mí, y al que no soy digno de desatar la correa de la sandalia”.

○ El sacerdote enseñará a dar gracias al Dios Altísimo, al estilo de María: “El poderoso ha hecho obras grandes por mí, su nombre es santo” (Lc.1). Todo esto es lo que D. Lisardo intentó hacer, hace y seguirá haciendo, mientras Dios se lo permita.

6. Navidad es recibir a Cristo y entregar a Cristo a los demás como María:

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ungió para evangelizar a los pobres; me envió a predicar a los cautivos la libertad, a los ciegos la recuperación de la vista; para poner en libertad a los oprimidos”.(Lc. 4, 18)

El cuarto domingo de adviento nos invita a la reflexión y a la acogida del Misterio: el misterio, mantenido en secreto durante siglos, ahora se ha manifestado en Cristo, el Mesías esperado (cfr. Rm. 16, 25-27). El camino seguido por Dios nos lo da a conocer san Lucas en el Evangelio que acabamos de proclamar: “Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”. “No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios”. “Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús”. “El Espíritu vendrá sobre ti”. Y María, contesta: “Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra” (Lc. 1, 26 – 38). La fe y la disponibilidad de María, dos caras de la misma realidad: fiarse de Dios, ser fiel a su llamada, responder con la vida a su requerimiento. María es la mujer libre que, con decisión, pone su existencia al servicio del plan amoroso de Dios. En la plenitud de los tiempos Dios revela el plan de salvación para todos; por eso estamos alegres: “Cantaré eternamente la misericordias del Señor, anunciaré tu fidelidad por todas las edades” (Sal. 88).

D. Lisardo, para que siempre sea Navidad en su parroquia, ha llevado a cabo las siguientes acciones pastorales:

- Ha creado tres centros de pastoral, girando entorno al complejo parroquial: el barrio de Eiroás y Covadonga,

el barrio de Peliquín (san Lázaro) y el barrio de la Plaza mil.

- Ha creado el complejo parroquial: colegio, aulas para catequesis, residencia sacerdotal para tres sacerdotes.

- La parroquia de Santa Teresita dispone de solares para futuros templos, en el caso de que sean necesarios.

- Consiguió que las reliquias de Santa Teresita visitaran esta parroquia, que la tiene por Patrona y a la que tanto quiere.

Conclusión:

Estimados hermanos: en la austeridad, en la vigilancia y en la oración, lleguemos a la conversión de corazón para que sea Navidad y Dios nazca en nuestro mundo.

D. Lisardo Ramos Sandiás ha legido como lema de su sacerdocio la siguiente frase de san Pablo: “*Yo de muy buena gana me gastaré y me dasgastaré por vosotros*” (2ª Cor. 12, 15).

D. Lisardo, que supo vivir la necesidad y la urgencia del acompañamiento espiritual, es ejemplo para todo el clero más joven. En su pertenencia al Opus Dei encontró una ayuda inconmensurable, espiritual, humana, intelectual y también pastoral.

D. Lisardo está siempre en la parroquia y disponible para todos; todo el que necesita algo, sabe que en D. Lisardo, encuentra acogida; si alguien conoce con detalle a sus feligreses, ese es D. Lisardo

D. Lisardo le deseamos larga, activa y fecunda acción pastoral en la parroquia de Santa Teresita del Veintuno de Ourense. ¡Feliz Navidad a todos!

DELEGACIÓN DE LITURGIA

MISTAGOGÍA DEL DOMINGO.

(Pautas para una profundización de su misterio).

La Carta Apostólica “Dies Domini” (=DD) de Juan Pablo II, a las puertas de la celebración del Jubileo del año 2000, representó para la Iglesia un acontecimiento de tal importancia, que será preciso profundizar y desgranar largamente.

Vivimos una situación en la Iglesia fecunda y extraordinariamente cambiante. Por lo que se refiere a los documentos emanados del Papa u organismos que colaboran con él, existe un gran peligro: son tan abundantes que el mejor de ellos, siendo hoy de grandísima importancia, mañana es suplantado-cayendo en el olvido-por otro más reciente. Lo que sucede con las noticias y los medios de comunicación, que hoy nos comunican algo actualísimo y mañana es ya caduco, puede suceder en el campo eclesial. Entonces nos podría ganar lo actual efímero, frente a lo perennemente válido y consistente.

Esto convendría tenerlo en cuenta a propósito de la DD. Es el primer documento firmado por un Papa, a lo largo de la historia de la Iglesia, cuyo contenido completo se refiere al domingo o “día del Señor”. La gran pena sería que pasado un cierto tiempo, este documento quedara “secuestrado” en el olvido, sin una incidencia profunda en la vida de las comunidades eclesiales e incluso en la sociedad civil. Para ella será preciso volver a él frecuentemente para desgranarlo en su rica entraña.

Se trata de un documento de profundo contenido, de acertadísimas perspectivas pastorales y catequéticas, apto para revisar la práctica celebrativa y vivencial posconciliar y abierto al compromiso de los cristianos con toda la sociedad.

El Papa tiene en cuenta en el documento la larga historia del domingo, la

celebración derivada de la reforma del Concilio Vaticano II (SC 6;106), pasados ya más de 40 años, el presente en su gran diversidad (condiciones, circunstancias, exigencias y culturas diversas) y el futuro que mira hacia adelante.

El Papa recuerda explícitamente su actuación pastoral en el domingo, como obispo de Cracovia y sus visitas regulares a parroquias de Roma en las tardes del domingo, como obispo de la Urbe. Desea poner a los pastores y fieles ante el año 2000, invitándoles a la responsabilidad de profundizar, revitalizar y captar todo el contenido bíblico, teológico, espiritual y de compromiso del día del Señor.

La “fiesta primordial” de los cristianos debe seguir teniendo la vitalidad espiritual forjadora de santos y evangelizadora, que ha tenido a lo largo de 20 siglos.

Supuesta la amplitud de contenidos, la riqueza de matices, la variedad de sugerencias del documento, mi *propósito* es esbozar simplemente un aspecto que estimo importante: el de la *mistagogía* o entraña honda de vida, que encierra el misterio del día del Señor.

1) *El camino mistagógico hacia la celebración del domingo.*

Juan Pablo II presenta este contenido arrancando de SC 106 y NUALC 61, diciendo: “La proximidad del tercer Milenio, al apremiar a los creyentes a

reflexionar a la luz de Cristo sobre el camino de la historia, los invita también a descubrir con nueva fuerza el sentido del domingo: su “misterio” (“arcanum”), el valor de su celebración, su significado para la existencia cristiana y humana”(DD3)(1). El domingo como “pascua semanal”, “fiesta primordial” de los cristianos, celebrado en comunidad y profundizado en la acción litúrgica, no puede menos de iluminar y potenciar el camino histórico de los cristianos, de todos los hombres y del cosmos.

El Papa parte de la *fuerza* del domingo: la resurrección de Cristo y reconoce “su estrecha relación con el núcleo mismo del misterio cristiano (“mysterii christiani essentiae”)(DD 1). Toda la vida cristiana, su tiempo, sus celebraciones cobran sentido del Cristo, muerto y resucitado(DD 1-2). Los cristianos están llamados a revivir en la celebración dominical “la experiencia de los discípulos de Emaús”(DD 1) contada por Lc 24,32-35 y la de los Apóstoles, la tarde de la resurrección (Jn 20,19-23). En ambas escenas la experiencia es: la del fuego en el corazón y el gozo desbordante por la presencia del Resucitado.

Este “dato originario”(DD 2) de la fe cristiana la resurrección del Señor-es un “acontecimiento... absolutamente singular” para los hombres, pero además “está en el centro del misterio del tiempo” (... “in medio ipso temporis mysterio reponitur”)(DD 2; cf TMA

10). El misterio del tiempo tiene su clave en Cristo muerto y resucitado.

En efecto, la Iglesia celebrando cada domingo la resurrección del Señor, muestra “el eje central de la historia con el cual se relaciona el misterio del principio (“ad quod originum reducitur mysterium”) y el del destino final del mundo”(DD 2). Al principio, está la creación de Dios por el Verbo y al final Cristo, recapitulando la historia.

Es preciso recibir “la gracia de creer en el Señor resucitado” para descubrir el significado de este día semanal con la profunda emoción que lo hicieron algunos(DD 2) poniendo “de relieve su sentido más profundo”(DD;cf 3). Es preciso entrar en “las razones para vivirlo como verdadero día del Señor”(DD 3) en su “significado originario”(DD 4), en una “comprensión más profunda”(DD 4), siendo dóciles al Espíritu Santo.

Esto lleva consigo “recuperar las motivaciones doctrinales profundas”(DD 5), que fundamentan el precepto de la Iglesia, conforme a la tradición recordada por SC 106.

Se trata de que todos *descubran* “de nuevo el domingo”(DD7). Esto es abrirnos al tiempo de Cristo. Él “conoce el secreto del tiempo y el secreto de la eternidad”(DD 7). El domingo “su día” es un regalo “siempre nuevo de su amor”(DD 7). ¡Qué lejos están de ello los cristianos, cuando experimentan

la celebración del domingo como una carga; cuando en vez de descubrir el “don”, desbordantes de alegría, experimentan el peso molesto de una norma o práctica fría!

El descubrir el sentido del domingo “es una gracia que se ha de pedir”... (DD7). El tiempo dedicado a Cristo “nunca es un tiempo perdido”(DD 7). Esto es indispensable para entrar en el misterio del día del Señor.

2) *La mistagogía de los nombres y calificativos.*

A lo largo de la DD, encontramos una extensa “letanía” de nombres y calificativos referidos al domingo, cuya presentación sugiere inmediatamente una compleja variedad de significados, contenidos y sentidos. La recuperación del sentido profundo y la celebración fructuosa del mismo brotará de la penetración en esta rica terminología. Trato a continuación de presentar los más destacados y significativos:

1) *Los nombres con historia:*

- “El día del Señor” (“kyriaké heméra”; “Dies Domini”) (DD; l;78). También: “Verdadero día del Señor”(DD 3).

- “El día de la resurrección”(DD 2).

- “Señor de los días”(DD 2) También: “Día por encima de los demás días”(DD 55).

- “El día de los cristianos”(DD 2).
- “Nuestro (de los cristianos) día”(DD 2).
- “Pascua semanal” (DD 19). También: “Fiesta pascual”(DD 8), “Sacramento de la Pascua”.
- “El día de la nueva creación”(DD 24).
- “La fiesta primordial”(DD 2).
- “Día octavo”(DD 26).
- “Día del diálogo esponsal”(DD 15).
- “Día de la fe”(DD 29).
- “Día de la esperanza cristiana”(DD 38).
- “Día de alegría”(DD 55).
- “Día plenitud del sábado”(DD 62).
- “Eco semanal de la primera experiencia del resucitado (DD 56).
- “Memoriadelmisteriopascual”(DD 48).
- “Día de la renovación de la resurrección”(DD 58).
- “Día testimonial de los cristianos”(DD 75).
- “Día testimonio y anuncio”(DD 84).
- “Día epifánico del sentido del tiempo”(DD 75).
- “Día profético inscrito en el tiempo”(DD 73).
- “Día orientado a la segunda venida de Cristo”(DD 75).
- “Día que realiza el significado del sábado judío”(DD 18).
- “Día signo del siglo futuro”(n.26).
- “Día que prepara la fiesta eterna”(DD 58).
- “Día que lleva impreso el sello del Señor”(DD 23).
- “Día modelo para toda celebración del año litúrgico”(DD 78).
- “Día que caracteriza la identidad cristiana”(DD 30).

2) *Calificativos enriquecedores:*

- “Día regalo del Señor”(DD7).
- “Día centro mismo de la vida cristiana”(DD7).
- “Día que celebra la presencia del resucitado (DD 31).

- "Día centro de todo culto"(DD 19).

- "Día que sella los 2000 años de la Iglesia"(DD 30).

- "Día, alma de los otros días"(DD 83).

- "Domingo, un auténtico hacer fiesta"(DD 58).

- "Día del hombre"(DD 68).

- "Día itinerario permanente de pedagogía eclesial"(DD 83).

- "Día de alegría por un título especial". "Día signo y fuente de alegría cristiana"(DD 58).

- "Día escuela de caridad, de justicia y de paz"(DD 73).

- "Día del Bautismo y del bautizado"(DD 29).

- "Día de paz del hombre con Dios, consigo mismo y con sus semejantes"(DD 67).

- "Día que culmina aquí abajo... la Alianza de amor entre Dios y su pueblo"(DD 58).

La profundización de esta riquísima terminología nos lleva a la entraña profunda de los contenidos del día del Señor. No lo podemos hacer aquí por tratarse de un trabajo breve.

3) *Un primer esbozo de contenidos para profundizar en la realidad rica del día del Señor.*

De los nombres y calificativos reseñados se desprenden magníficos contenidos en los que es preciso ahondar antes, en y después de la celebración, para que los fieles se llenen de la "gracia" del domingo, sean testigos valientes de su sentido y el mundo pueda descubrir el germen de "buena nueva" (fuerza evangelizadora), propia del día irrenunciable y que caracteriza la identidad cristiana. Se trata de aprovechar las virtualidades evangelizadoras, catequéticas, humanizadoras, de solidaridad y de fe que ofrece la celebración de este día.

Destaco los siguientes contenidos:

1. *Los que se refieren al Padre, al Hijo encarnado y al Espíritu Santo*(DD 31-34;50-51;53).

- La creación como obra magnífica del Padre, Hijo y Espíritu Santo. El "shabbat", día de gozo y descanso contemplativo del Padre ante la obra maravillosa realizada(DD 11-17).

- La resurrección "nueva creación", obra del Padre, del Hijo y del Espíritu y el domingo como su actualización semanal, gozosa y festiva (DD 19-28).

- El domingo, día de la luz que trae Cristo resucitado y del "fuego" del Espíritu Santo, donado por Cristo a los

apóstoles y que actualiza el Pentecostés semanal(DD 28).

2. Los que se refieren a la Iglesia como comunidad orante, en el día del Señor(DD 31-44;50-51;53).

Estos números se refieren a la profundidad del misterio del domingo, celebrado por los cristianos en su realidad ideal o de perfección. Destacamos los siguientes temas: la asamblea que se reúne, la presencia del Resucitado en medio, el don culminante de la Eucaristía, la epifanía de la Iglesia que se da en la celebración eucarística, la mesa de la Palabra, la mesa del cuerpo eucarístico de Cristo, el banquete pascual y encuentro entre hermanos, el clima gozoso de participación y el envío (misión)al corazón de la sociedad y del mundo. En este último aspecto son importantes DD 70-72 donde se habla de solidaridad, caridad, compartir con los demás como fruto de la Eucaristía (DD 72).

3. Los que se refieren a la puesta en práctica de lo celebrado en las múltiples circunstancias del mundo (DD 38; 44-45; 49; 52; 54).

La Iglesia es testigo de esperanza para el mundo sobre todo, de los más pobres(DD 38);es “signo e instrumento de unidad con toda la humanidad”(DD 38); es banquete de fraternidad, que compromete al amor con todo hombre y con todos los pueblos(DD 44); es llamada a “ser evangelizadores y testigos en

su vida cristiana”(DD 45) y a compartir con los demás la alegría del encuentro con el Señor (Lc 24,33-35); es acogida a los peregrinos y turistas (DD 49).

La experiencia gozosa y agradecida, vivida en la asamblea litúrgica debe extenderse a la “vida en familia, relaciones sociales, momentos de diversión”(DD 52), peregrinaciones, santuarios, etc. (DD 52).También será importante la visita y comunión a los enfermos por ministros extraordinarios “transmitiéndoles el saludo y la solidaridad de toda la comunidad”(DD 54).

4. Los que se refieren a valores antropológicos conectados con el domingo.

El domingo es el día por eminencia de alegría por la resurrección del Señor (DD 55-56) y la donación del Espíritu Santo(Rm 14,17; Gal 5,22). Es día “para educarse en la alegría”(DD 57), pero una alegría compatible con la “noche oscura”(DD 57).

El domingo cristiano “es un auténtico hacer fiesta”(DD 58), es un regalo de Dios “al hombre para su pleno crecimiento humano y espiritual”(DD 58).

En conexión con lo que anunciaba el “shabbat”(DD 60-61), el cristiano descansando puede glorificar a Dios por la creación, encontrarse “plenamente a sí mismo”, experimentar “el gozo de vivir y el deseo de promover y dar vida”(DD 61). Es día que celebra la libera-

ción realizada por Cristo (DD 62-63). Es una liberación sobre todo “del pecado, que aleja al hombre de Dios, lo aleja de sí mismo y de los demás, poniendo siempre en la historia nuevas semillas de maldad y violencia”(DD 63). La dialéctica descanso-trabajo tiene repercusiones importantes en el ámbito civil (DD 65), que pueden favorecer el domingo. Desde esta perspectiva, el descanso facilita la distensión y la fiesta (DD 66).

En todo lo apuntado se muestran valores antropológicos importantes: el paso de las preocupaciones diarias a “los valores del espíritu”(DD 67), el encuentro más tranquilo con las personas, el “diálogo más sereno”, la posibilidad de gozar de la naturaleza, el redescubrirla, la paz con Dios, la del hombre consigo mismo y sus semejantes, la contemplación renovada de “las maravillas de la naturaleza”, el dejarse ganar por “la armonía maravillosa y misteriosa”, llena de paz, de concordia y de amor, que une los distintos elementos del cosmos(DD67; cf DD 68).

El domingo como día de distensión, “enriquecimiento espiritual, mayor libertad, posibilidad de contemplación y comunión fraterna”(DD 68) comporta una elección de “los medios de cultura y diversiones” dignas que se le ofrezcan.

El domingo es el día propicio para “las actividades de misericordia, de ca-

ridad y apostolado”(DD 69). La Eucaristía compromete a la caridad (SC 9; DD 69). El domingo desde el principio fue un día “para compartir fraternalmente con los más pobres”(DD 70; cf 72) mediante la colecta (I Cor 16,2), pero más aún la “llamada a una exigente cultura del compartir”, no sólo con los de dentro, sino con toda la sociedad(DD 70). La llamada es a la fraternidad y solidaridad con todos (DD 71; cf DD 72). El domingo es la “gran escuela de caridad, de justicia y de paz”(DD 73). Todo esto exige a los cristianos hoy, una gran creatividad (DD 73). El cristiano siguiendo a Jesús se convierte “en operador de paz”(DD 73).

5. Los que se refieren al domingo en conexión con el tiempo.

Siendo el domingo “memorial” de la resurrección del Señor, “es también el día que revela el sentido del tiempo”(DD 75). El domingo cristiano, arrancando de la resurrección, atraviesa todos los tiempos y “los penetra orientándolos hacia la segunda venida de Cristo”. Por eso el domingo “prefigura el día final, el día de la Parusía”(DD 75).

El mundo “vive ya en el último tiempo”, sea cual sea su duración y el cristiano no debe esperar otra economía de salvación.

Cristo glorificado rige y guía a la Iglesia, el cosmos y la historia. La fuer-

za de la resurrección “es la que impulsa la creación... hacia la meta de su pleno rescate”(DD 75). En este proceso “los cristianos poseen la clave y la certeza” y la celebración del domingo “es un testimonio significativo”, que ellos deben dar para que la esperanza sostenga siempre el tiempo humano.

Desde el siglo II, la pascua anual y la semanal han permitido más espacio” a la meditación del misterio de Cristo, muerto y resucitado”(DD 76). Unido a la Pascua se celebra Pentecostés, el día del descenso del Espíritu Santo(DD 76).

La estructuración del año litúrgico se explica por “esta lógica conmemorativa”(DD 77) de los misterios de la vida del Señor. Así, lo ha expresado SC 102 para los mencionados misterios en orden a que los fieles alcancen la gracia salvadora. Lo mismo ha hecho a propósito de la Virgen María, unida indisolublemente a la obra salvífica de Cristo (SC 103) y con los mártires y demás santos (SC 104). El domingo es “la expresión más elocuente” de la “relación intrínseca de la gloria de los santos con la de Cristo... inscrita”(DD 78) en la realidad del año litúrgico.

Caminando al ritmo del año litúrgico y celebrando el domingo su eje “el compromiso eclesial y espiritual del cristiano está profundamente incardinado en Cristo, en el cual encuentra su razón de ser y del que obtiene alimento y estímulo”(DD 78).

El domingo es “el modelo natural para comprender y celebrar”(DD 79) las solemnidades litúrgicas más importantes de la Iglesia. Algunas de ellas han de trasladarse al domingo, conforme a las normas litúrgicas, para que los fieles puedan meditar el misterio que celebran (DD 79).

También tienen su importancia las fiestas significativas que caen en semana. Pero se tendrá cuidado de que “tradiciones populares y culturas típicas de un ambiente” no invadan la celebración dominical y otras fiestas de tipo litúrgico (DD 80). Así se evitará mezclar “con el espíritu de la auténtica fe cristiana elementos” ajenos o desfigurados. Siempre se ha de rechazar en este ámbito lo “inconciliable con el Evangelio de Cristo”(DD 80).

Pero téngase en cuenta que estas tradiciones y las “nuevas propuestas culturales de la sociedad civil” comportan valores armonizables con las exigencias de la fe (DD 80).

A los pastores se les pide *discernir* “para salvar los valores presentes en la cultura de un determinado contexto social y, sobre todo, en la religiosidad popular, de modo que no se perjudique la celebración de domingos y fiestas, sino que se potencie(DD 80).

Conclusión.

De lo expuesto se deriva la importancia de profundizar en los contenidos de

este documento, regalo de Juan Pablo II, a las puertas del siglo XXI, para que los cristianos puedan entrar en toda la profundidad celebrativa, espiritual y evangelizadora del domingo. Así, hallarán fuerza testimonial en él y una fuente inagotable de alegría contemplativa y transformadora del mundo.

NOTAS:

- (1) Las citas en castellano las hacemos por la edición: "*Dies Domini*". *Carta Apostólica al Episcopado, al clero y a los fieles sobre la santificación del domingo 31-V-1998* (Edic. Palabra, Madrid 1998). El texto latino lo hemos seguido, en lo que estimamos necesario en *Notitiae* 34(1998)353-418. Otras colaboraciones sobre el documento que pueden consultarse con provecho: P.TENA, *Notas de presentación de la Carta Apostólica del Papa Juan Pablo II "Dies Domini"* en *Past. lit.* 245(1998)53-56; del mismo autor es la *Presentación* al documento del Papa en la edición española citada, pp.7-13; J.MEDINA ESTÉVEZ, *Presentazione dell'esortazione apostolica "Dies Domini"* en *Notitiae* 34(1998)512-516; G.M.AGNELO, *(Sobre el mismo tema)* en *Ibid.* 517-519; P.MARINI *(Sobre el mismo tema)* en *Ibid.* 520-523.

CONSEJO PRESBITERAL

Publicamos, por su interés, la ponencia que D. Saturnino Gamarra tuvo en la reunión del Consejo Presbiteral de la Diócesis de Ourense, celebrado el 29 de diciembre de 2008, en la Casa Diocesana de Ejercicios "Santa María Madre"

Los ejercicios espirituales en la vida del sacerdote diocesano

Consejo Presbiteral (Ourense 29 de diciembre de 2009)

1. Presentación

Sr. Obispo, D. Luis, y hermanos sacerdotes:

- Os agradezco vuestra invitación a participar en esta reflexión que pensáis hacer dentro de esta sesión del Consejo Presbiteral sobre los Ejercicios Espirituales. Os lo agradezco. Tengo que deciros que los Ejercicios Espirituales han estado muy presentes en toda mi vida centrada en la espiritualidad sacerdotal. A lo largo de mi vida han ido de la mano: la espiritualidad sacerdotal y los ejercicios espirituales. No me resulta extraño el tema: Mi habitat ha sido y es la espiritualidad y los ejercicios.

- Agradezco la invitación, pero la responsabilidad de tratarlo en una sesión del Consejo Presbiteral me pesa. Sé por experiencia lo mucho que se juega en un Consejo Presbiteral para la marcha de la Diócesis. En nuestro caso, me gustaría acertar en el tratamiento que pienso hacer de los Ejercicios Espirituales.

· Mi pretensión primera es no mal-tratar el tema. Lo quiero tanto que no

puedo permitirme darle un mal-tratamiento. Los temas de valor cuando son mal-tratados quedan aparcados durante mucho tiempo, y no es fácil su recuperación durante un tiempo. No me gustaría que esto ocurriera con este tema.

· No pretendo hacer una presentación amplia de lo que son los Ejercicios Espirituales, sus bondades y sus características.

· Tampoco pretendo elaborar una síntesis de la espiritualidad sacerdotal.

· Mi objetivo es situar los Ejercicios Espirituales en la vida y en la espiritualidad del sacerdote, sin llegar a concreciones, que son de vuestra competencia. Esto es todo, que no es poco. Así se explica el título de esta aportación.

- Pasamos a enmarcar los puntos de la reflexión:

2. Los medios en la espiritualidad del sacerdote diocesano

Creo que el tema de los medios no es un tema secundario, sino todo lo contra-

rio, es la base del planteamiento: porque si no se valoran y no se aceptan los medios; ¿cómo podremos plantear los Ejercicios Espirituales como *medio*? Esto no tendría salida, y lo mejor sería darlo por terminado y ganaríamos tiempo.

Vaya por delante que soy un sacerdote diocesano sin más, sin ningún apellido. Lo digo para que no hagáis ninguna lectura especial ante mi insistencia sobre los medios. A veces, la diferencia entre curas y curas suele ponerse en los medios; quiero recordaros que los medios son necesarios en toda vida cristiana y también en toda vida sacerdotal, y por eso soy partidario de ellos. Permitidme que me extienda en este punto.

Para iluminar nuestro momento actual sobre los medios en la espiritualidad sacerdotal, nos vendrá bien tener presente una referencia histórica:

a. La época inmediatamente anterior al Vaticano II

(¿Está lejos? Para algunos de nosotros no está tan lejos) Esta época se caracterizó por una gran estima del sacerdocio y por una intensa promoción del mismo. Así, se explica el florecimiento de Movimientos sacerdotales, de asociaciones, de institutos seculares para sacerdotes, que vienen de entonces.

Desde esta clave se entiende la línea que siguieron muchos de los “votos” de los Obispos enviaron en la etapa ante-

preparatoria del Concilio. La línea común de aquel entonces fue: asegurar la perfección o santidad *en* el sacerdote, y para ello se pedía no sólo medios, sino hasta regular los medios para poder contar con la santidad en los sacerdotes.

Es llamativo que el primer esquema “De Ecclesia” dedicara el cap. VII a los estados de perfección y el cap. VIII a los institutos seculares, incluyendo un número sobre los institutos seculares para los sacerdotes. El cambio no tardó en llegar.

Como resumen de esta época, podemos afirmar: fue una época muy interesada por la perfección o santidad *en* el sacerdote -venga de donde ésta viniere-, y por los medios para asegurar la santidad.

b. La respuesta del Vaticano II

El Concilio mantuvo y acentuó el interés por la santidad y la espiritualidad del sacerdote, pero no de cualquier manera. A lo largo del Concilio hubo una *reelaboración* del tema: Desde el comienzo del mismo se habló de la *santidad propia* del sacerdote. Ya no había cabida para una santidad incorporada al sacerdote; y llegó a plantearse, al final del Concilio (Diciembre 1965), en PO 12 y 13, la santidad o perfección del sacerdote en relación con el ministerio.

El cambio que se da es claro: de una santidad *en* el sacerdote se pasa a una santidad *del* sacerdote en relación con

el ministerio. Y la espiritualidad, en lugar de mirar a la necesidad de un estado de perfección, se mira ella misma en su origen, el ministerio.

c. ¿Su recepción?

Este mensaje del Concilio fue recibido con alborozo. Se vio como conquista y como liberación. Se reconocía que la espiritualidad del sacerdote, partiendo del ministerio, tenía entidad propia y no necesitaba recurrir a otras espiritualidades o formas de entender la vida del sacerdote.

El planteamiento entusiasmó, pero el camino posterior no ha sido tan fácil. Y muy pronto se vio que existía un doble problema:

- La concepción del ministerio. Había acuerdo en la relación que existe entre la espiritualidad del sacerdote y el ministerio, pero, ¿de qué ministerio se trata? ¿Qué se entiende por ministerio?; porque como se entienda el ministerio, así será la espiritualidad. ¡Y caben tantas formas de entender el ministerio del sacerdote! ¡Y tantas formas de espiritualidad! No olvidemos los primeros impactos que la secularización supuso al ministerio sacerdotal después del Concilio.

- El segundo problema fue prescindir de los medios. La voz que se oyó durante muchos años fue: "A los sacerdotes, para la perfección, nos basta el ministerio, no necesitamos más". Re-

conocemos que fue una gran equivocación pensar que aceptar el ministerio como fuente de la espiritualidad suponía la exclusión de todos los medios; porque podrán rechazarse los medios que no partan del ministerio o que no cuenten con él, pero no se puede prescindir de los medios relacionados con el mismo ministerio. Los medios son del todo necesarios y los exige el mismo ministerio, aunque su utilización sea objeto de discernimiento.

Los documentos actuales sobre el sacerdocio insisten en la necesidad de los medios, como lo vemos en PDV 80 y en el "Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros", 81-86, de la Congregación del Clero.

d. ¿El momento actual de los medios?

Podemos reconocer que ha habido recientemente un fuerte interés por reconducir la situación de la vida y la espiritualidad del sacerdote:

- Por un lado, el ministerio del sacerdote se ve resituado en lo que es desde la sacramentalidad. Profundizar en ella ha sido clave para la nueva valoración del ministerio del sacerdote.

- Y por otro, está desapareciendo el rechazo de los medios y se acepta su necesidad. Es un hecho evidente que el clero joven, en general, contando con una buena teología del sacerdocio, busca espiritualidad con la ayuda de unos medios. Tienen derecho a los medios

y el presbiterio debe proporcionárselos. Es hoy un tema básico.

Les comunico mi impresión -no es más que una impresión y mía-: El clero diocesano, sólo diocesano, es decir, sin ningún otro apellido, tiene ya poco futuro si no plantea y no arbitra desde el presbiterio medios para la vida de los sacerdotes. Les aseguro, las nuevas vocaciones tienen una fuerte radicalidad, que no conviene rebajar pero que se debe orientar.

e. La resistencia a los medios

Cuando se piensa en los medios, conviene salir al paso de las resistencias que de hecho se dan y que continuarán dándose. Señalo:

- El reparo, cuando se da, puede explicarse desde una experiencia no gratificante del uso de los medios en el pasado.

- La resistencia puede darse cuando no se ve la relación entre el medio concreto y el objetivo a alcanzar. ¿En razón de qué se nos pide este medio? Mantener por mantener los medios no tiene ningún sentido.

- Cuando falta la valoración de aquello para lo que se propone el medio. La caída de los valores a los que los medios sirven crea desconfianza en éstos.

- Puede darse el reparo de que el medio sea ajeno a la propia identidad. Se

dice muy fácilmente: “esto (este medio) no es de curas”.

- Cabe el temor de absolutizar los medios, poniendo en ellos la solución a toda la problemática sacerdotal. Los medios son relativos.

- La resistencia puede darse por las exigencias de los medios. A veces la razón verdadera del rechazo de los medios puede ser su misma exigencia.

- La pobreza de los medios, ya que todo medio es limitado y pobre. Recordemos que se necesita espíritu de pobreza para asumir la pobreza de los medios.

- Interesa señalar el reparo a la *institucionalización* de los medios. Es una resistencia especial. Hay planes que quedan frenados por falta de una institucionalización, como está siendo el caso de la Formación Permanente. Desde el comienzo, todos estuvimos convencidos de esta Formación -como lo indica la celebración de Simposios, de asambleas y de reuniones-, pero el resultado está siendo escaso, debido, a mi juicio, por no haber llegado a una institucionalización, cuando el momento era favorable.

3. Los ejercicios Espirituales como medio en la vida del sacerdote diocesano

Dentro del marco de los medios que acabamos de presentar para la vida sacerdotal situamos los Ejercicios Espiri-

tuales. Debemos dar razón de ello; porque cabe que los medios se acepten en la vida del sacerdote, y que, en cambio, no se acepten los Ejercicios espirituales. ¿Por qué tienen que ser los Ejercicios? ¿Qué razón hay para ello? Pensamos que la propuesta de los Ejercicios necesita ser explicada, y, con vistas a su fundamentación, presentamos estos datos.

a. Una normativa vigente

Podemos estar pensando que somos pioneros en la reflexión y en la propuesta de este tema, y nos encontramos con la sorpresa de que este camino está tan recorrido y tan estudiado que hasta se nos ofrecen perspectivas distintas para poder verlo.

- Tenemos el tema en el CIC, 276, 2 – 4º. El canon plantea que “los clérigos están obligados a buscar la santidad...”, y “Para poder alcanzar esta perfección... están igualmente obligados a asistir a los retiros espirituales, según las prescripciones del derecho particular”. También hay una referencia a los Ejercicios en el c. 533, 2.

- La exhortación PDV, 80 presenta los Ejercicios espirituales bajo el epígrafe “Momentos, formas y medios de la Formación Permanente”. Recordamos que el Card. Ángel Suquía, en su aportación en el Sínodo de Obispos de 1990, propuso “que se ofrezcan a los candidatos al Orden del Presbiterado los Ejercicios espirituales intensivos” (Ecclesia, 1990)

- Vemos que el tema está muy desarrollado en el “Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros”, 86, de la Congregación para el Clero. Precisamente en dicho número se contempla el campo de actuación que el Obispo tiene en este tema; aspecto que deberá tenerse en cuenta en esta sesión en la que nos encontramos.

b. La misma naturaleza de los Ejercicios

Tanto para presentar como para aceptar los Ejercicios como medio en la vida y en la espiritualidad del sacerdote, es del todo necesario *conocer* lo que son los Ejercicios y *valorarlos* en lo que son desde la propia experiencia. Sin este conocimiento y sin esta valoración de los Ejercicios, no hay garantía para su presentación.

- *Conocimiento.* Es un presupuesto imprescindible conocer exactamente lo que son los Ejercicios, porque a cualquier cosa no se puede llamar Ejercicios. No es infrecuente escuchar: “Que esto -un cursillo, unos días de monasterio, una convivencia- valga para Ejercicios”. Y diríamos más, que no a todo lo que se llama Ejercicios son Ejercicios. Por todo esto, interesa señalar cuáles son los elementos que se consideran esenciales en los Ejercicios espirituales.

. Como primera aproximación, recordamos:

.. Los Ejercicios no se *reducen* a oración. Es verdad que necesitan mucha

oración y contemplación, porque sin oración no hay Ejercicios; pero no se reducen a oración - contemplación. Con sólo oración no tenemos Ejercicios.

.. Los Ejercicios no se *reducen* a problemática sacerdotal. También es verdad que necesitan realismo, porque sin realismo no hay ejercicios; pero no se reducen a un estudio de la problemática sacerdotal. Con sólo problemática no tenemos Ejercicios, aunque se necesite contar con ella.

.. Los Ejercicios suponen: desde la experiencia de Dios entrar en lo profundo de la vida de uno y decidir sobre ella.

. Nos atrevemos a formular que los Ejercicios incluyen:

.. Un *tiempo* suficiente para el proceso propio de los Ejercicios. Sin el tiempo no hay Ejercicios. El tiempo mínimo es una semana bien aprovechada. La tendencia de recortarla debe ser controlada.

.. Un *proceso* de vida que incluye: experiencia de Dios, conversión, elección o reajuste de vida, y programación de vida en Cristo. Este dato del proceso es muy fundamental.

.. La posibilidad y la capacidad de *confrontación*. No hay garantía del proceso en los ejercicios sin la praxis de una confrontación.

. Consideramos que los tres elementos son esenciales para decir que tenemos Ejercicios espirituales; pero la primacía la tiene el proceso, porque éste es el que marca al que acompaña la orientación que debe ofrecer y al que los hace, los pasos a seguir. Los Ejercicios se valoran, no por los temas que se han desarrollado, sino por el proceso que se ha vivido. El proceso de vida que se ofrece y que se vive es la clave para evaluar los Ejercicios.

- *Valoración*. Es un segundo presupuesto imprescindible. La valoración incluye el conocimiento de los Ejercicios que se obtiene desde la propia experiencia. Esta valoración de dentro puede darse en nosotros de dos maneras: en primer lugar, como *ejercitantes*, teniendo muy presente la experiencia que unos buenos Ejercicios han podido dejarnos. Subrayamos esta valoración porque difícilmente puede opinarse favorablemente si la experiencia que tenemos de los Ejercicios es pobre. Y esta experiencia pobre puede darse, unas veces por falta de un planteamiento correcto de lo que son los Ejercicios, y otras, por falta de respuesta en nosotros, ejercitantes. En segundo lugar, la valoración de los Ejercicios puede darse en nosotros como *ejercitadores*. La valoración completa de los Ejercicios para un sacerdote nos la da el ser ejercitante y el ser ejercitador. ¿Qué experiencia tenemos de ambos?

c. *Resistencias a los Ejercicios espirituales*

No debe extrañarnos que las resistencias a los Ejercicios espirituales se den entre nosotros, pero, con todo, conviene que salgamos a su paso. Está bien que se conozcan las resistencias que hay, se examinen su entidad, y se proponga la respuesta que pueda y deba darse. Nos reducimos ahora a señalar las resistencias que suelen aparecer de forma más común:

- La falta de *tiempo*. Es un hecho más que evidente que andamos escasos de tiempo; y no es tan fácil disponer de él para los Ejercicios. Se necesita priorizarlos para que entren en nuestra programación. Los Ejercicios de los sacerdotes van a ser cuestión de programación personal y de grupo o zonal.

- La pérdida de la capacidad de *interioridad* y de *silencio*. En el caso de que esta pérdida se dé -me cuesta aceptar que sea real-, se entiende la dificultad de abrirse a unos Ejercicios que deben ser contemplativos.

- La falta de *confrontación*. No cabe duda de que aquél que se sienta duro a la conversión y difícil a la interpelación se resistirá a los Ejercicios. No puede ser de otra manera.

- El *distanciamiento* de lo que es el objeto de unos Ejercicios. No resulta fácil acercarse a los Ejercicios cuando uno se ve lejos de sus planteamientos y hasta en dirección contraria a los mismos.

- La falta de un *acompañamiento* de los sacerdotes. Un buen acompañamiento del sacerdote está pidiendo los Ejercicios y desemboca en ellos.

- La *oferta* de tandas que se presenta a la Diócesis. Éste es un punto muy delicado. La resistencia mayor se da si se descubre intencionalidad en la organización de las tandas a los sacerdotes primando líneas concretas de sacerdocio. El mejor servicio a los Ejercicios es organizar de forma abierta las tandas, con tal de que sean Ejercicios.

- La *desconfianza* de hacerlos en la propia diócesis y con los hermanos sacerdotes, y de que sean para todos sin poner ninguna diferenciación.

- La *institucionalización* de los Ejercicios. Volvemos a encontrarnos con el punto delicado de la institucionalización, como hemos visto más arriba, y pensamos que puede ser en algunos sacerdotes motivo de resistencia. Pero nos preguntamos con honradez: ¿Una institucionalización de los Ejercicios espirituales para los sacerdotes diocesanos, por qué no? (Una pregunta elemental: ¿Hay en la actualidad Institutos seculares y Asociaciones sacerdotales que no cuenten para sus miembros con Ejercicios espirituales exigidos por sus estatutos o reglamentos?)

4. El presbiterio ante la propuesta de Ejercicios para los sacerdotes

Después de lo que acabamos de exponer, debemos terminar en concre-

ciones. Puede pensarse en la posibilidad de hacer una nueva propuesta de Ejercicios a los sacerdotes de la Diócesis, y se pide al Consejo Presbiteral su aportación; es el momento de ofrecerla. Entramos en el terreno de la praxis. Y se puede decir que mi cometido ya ha terminado, pero indicaré algunos aspectos por si pueden servirles y tengan a bien tenerlos en cuenta.

a. La posibilidad de actuación

Ante la demanda de una actuación, lo primero que se hace es mirar qué posibilidades hay para actuar, si tenemos sujetos y camino. Con lo ya expuesto, se puede decir que el camino está abierto y en parte orientado, y que los sujetos no faltan. Con todo, podemos recordar:

- Ha quedado claro que el presbítero diocesano está necesitado hoy de medios relacionados con su identidad sacerdotal en razón de su vida, de su ministerio y de su espiritualidad, y que no puede prescindir de ellos. Y seguidamente se ha podido comprobar que los Ejercicios, en su correcta comprensión, pueden ser medio adecuado a lo que el sacerdote está hoy necesitando.

- Contamos con el Obispo muy dispuesto al tema, a quien se le reconoce responsabilidades específicas en el campo de la formación sacerdotal. El “Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros”, 85, de la Congregación del Clero, después de citar el c.

276, 2 -4ª “Los clérigos están llamados a participar de los retiros espirituales, según las disposiciones del derecho particular”, añade: “Los dos modos más usuales, que podrían ser prescritos por el Obispo en la propia diócesis son: el retiro espiritual de un día -de ser posible mensual- y los Ejercicios Espirituales anuales”.

- Contamos también con la responsabilidad que el presbiterio tiene en las vocaciones al sacerdocio ministerial, y en la vida y en la espiritualidad de sus presbíteros. Tocamos un punto clave, que va más allá de las buenas intenciones y que en la actualidad nos está exigiendo ideas claras y posturas definidas y mantenerlas. Me explico: En mi opinión, no es lo mismo un Seminario que se limite a preparar a sacerdotes que van a ejercer el ministerio en la Diócesis, que el Seminario que forma presbíteros diocesanos. Yo opto por el Seminario que forma presbíteros diocesanos. Tampoco es lo mismo el Presbiterio que se concibe como el conjunto de sacerdotes que trabajan en la Diócesis, dejando la atención de la espiritualidad de sus miembros a libre elección y en distintas afiliaciones, que el Presbiterio que genera sus sacerdotes, los atiende y los alimenta espiritualmente. A mi juicio, nuestro presbiterio debe implicarse en toda la vida de sus presbíteros, también en su vida espiritual, ofreciendo y potenciando los medios.

Se puede asegurar que hay posibilidades de actuación, porque tenemos

Obispo dispuesto, tenemos presbiterio y tenemos una base doctrinal suficiente sobre la que podemos movernos.

b. Cómo actuar

El cómo actuar puede ser variado y muy diverso, pero la forma concreta a seguir dependerá de lo que se piense sobre la nueva propuesta de Ejercicios a hacer a los sacerdotes de la diócesis. En este momento de espera, llamo la atención de estos puntos:

- El punto de partida puede ser doble:

. Una rueda de impresiones de los participantes del Consejo Presbiteral sobre el tema tratado.

. Una rueda de impresiones sobre la viabilidad de una nueva propuesta de Ejercicios espirituales para los sacerdotes de la Diócesis.

- La implicación de los sacerdotes del presbiterio es siempre delicado:

. Puede ser objeto de reflexión en el Consejo el cómo de la implicación de los sacerdotes en este punto y cuáles son los pasos que deben darse

- También tiene importancia la persona o personas que se hagan cargo del lanzamiento de la nueva propuesta de Ejercicios y de su seguimiento.

Termino. Esto es a lo que he llegado y lo que puedo ofrecer como aportación. Gracias.

Vitoria, 26 de diciembre de 2008

Saturnino Gamarra

INSTITUTO TEOLÓGICO “DIVINO MAESTRO”**Conferencia en la Presentación del número 11 de la revista *Auriensia*
*La Caridad Pastoral en San Pablo******Introducción***

A san Pablo se le considera demasiadas veces sólo bajo el aspecto de teólogo profundo, cuyos textos no dejan de suscitar investigaciones, discusiones y controversias. El Cardenal Vanhoye, advierte cómo en muchas ocasiones se busca en los textos del apóstol san Pablo sólo las noticias contenidas en ellos, por una parte legítimo, pero descuidando las actitudes espirituales expresadas por Pablo¹. Por eso en este trabajo vamos a considerarlo desde el punto de vista de su afectividad transformada y moldeada, sin duda alguna, por el encuentro con Cristo resucitado².

Ante todo san Pablo *es un hombre vivo, ardiente, transformado por el amor de Cristo*³. Vamos a procurar acercarnos, en la medida de lo posible, a las entrañas del pastor, a la caridad del apóstol Pablo que en su carta a los Filipenses pide *el crecimiento del amor en conocimiento y sensibilidad o delicadeza* (1,9-10). Este amor tierno y refinado de Pablo —como trataremos de mostrar— es el corazón de su experiencia apostólica, nacida de la misión que Cristo le confía y que se manifiesta en una auténtica y paradigmática caridad pastoral. De este corazón tierno, delicado y amoroso—como veremos— surge un dinamismo apostólico de parto y

generación “de sus hijos”, fieles y comunidades, en una cristificación auténtica y madura.

La caridad le urgió a recorrer durante treinta y cuatro años 16.500 km para evangelizar, para anunciar con pasión el evangelio en medio de muchas fatigas, prisiones y persecuciones (2Cor 11,23-28)⁴.

Esta breve exposición, nos puede ayudar a comprender mejor, a la luz del apostolado de san Pablo, cuál sigue siendo hoy el corazón de la evangelización y cuál el servicio del evangelizador⁵.

1. Perfil psicológico de Pablo

Hace aproximadamente unos diez años se publicaba en Italia un estudio interesante, desde el punto de vista metodológico y de contenido, sobre la personalidad de san Pablo. En él, un biblista y un psicólogo, analizan las cartas paulinas en clave psicológica y concluyen cómo la naturaleza del apóstol de las gentes es mucho más cercana a la ternura y a la afectividad intensa que a la imagen comúnmente difundida, incluso por el mismo apóstol, de un Pablo fuerte y batallador. La intimidad, la dulzura, la emoción, e incluso la fragilidad emergen de dicho estudio como las verdaderas fuerzas interiores,

aunque exteriormente se manifiesten de signo contrario⁶. Se trata en todo caso de una personalidad compleja, en la que Pablo utilizó su propio carácter, no sin luchas ni dificultades, para el servicio de Cristo⁷.

Según el citado estudio psicológico de Pablo, el apóstol alcanza su plenitud en el plano psicológico cuando vive intensamente la experiencia de la fe y, a través de ella, vive con la máxima intensidad la experiencia de la caridad⁸. Es entonces cuando Pablo hace síntesis e integra dentro sí aspectos tan diversos de su psicología, de modo que en adelante la fuerza que le lleva a combatir se integra con la ternura que lo impulsa a desear vivir intensamente los sentimientos, los afectos. Sólo, desde aquí, se puede encontrar una explicación a la diversidad de sus comportamientos y a la contradicción de sus acciones en ciertas ocasiones.

2. Un amor transformado por el Amor transformante de Cristo

San Pablo afirma de sí mismo que *“siempre ha mostrado un gran celo por Dios”* (Hch 22,3). Pero podemos decir que gracias a Jesucristo, Pablo se ha convertido en *amigo de Dios*. Desde el encuentro con Jesucristo, la comprensión y, sobre todo, la experiencia del amor que Pablo posee experimentan una profunda transformación, que incide directamente en el sentido y orientación definitiva de su vida. En este sentido podemos recordar las pa-

labras del Siervo de Dios, Juan Pablo II, en su primera encíclica *Redemptor hominis*: «El hombre no puede vivir sin amor. Él permanece para sí mismo un ser incomprensible, su vida está privada de sentido si no se le revela el amor, si no se encuentra con el amor, si no lo experimenta y lo hace propio, si no participa en él vivamente»⁹.

Pablo era *“fanático de las tradiciones”* (Gal 1,14) del judaísmo, en este sentido *“irreprochable”* (Flp 3,6), pero no estaba *“apasionado”* por Dios, llega a decir incluso que *“primero fue blasfemo”* (1Tim 1,13). Pero ahora -como escribe a los Efesios- descubre que lo importante no es ser irreprochable en lo que se refiere al cumplimiento de la ley, sino irreprochable, precisamente en lo que constituye el núcleo de la nueva ley, el mandamiento más importante: el amor (Ef 1,4). En San Pablo encontramos el amor como rasgo peculiar de la Nueva Alianza¹⁰. El amor -escribirá a los Romanos- *es el cumplimiento de la ley*.

Es muy amplio el uso de *agapáo* y de *ágape* en todo el NT, términos que en san Pablo refieren fundamentalmente *“el amor que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”* (Rom 5,5), amor *gratuito* y *misericordioso* (Ef 2,4), que hace *preguntar la bienaventuranza* (1Cor 2,9), amor que *une* a personas de diferentes condiciones y, por tanto, *desinteresado, generoso, respetuoso* (1Tes 5,13) y que *tiende a manifestarse* (1Tes 3,12; Gal 5,13ss; 2Cor 8,24; Rom 13,8ss; 5,8)¹¹. A este

amor, escribe Gnilka, el Apóstol entona un cántico apasionado (1Cor13), pues la bondad de los cristianos ha de ser patente a todos los hombres¹².

Es el amor recibido como don de Dios el que en su Carta a los Romanos le llevará a exclamar: “¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿la tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada?” (Rom 8,35). Como dice Benedicto XVI: «Ésta es la certeza, la alegría profunda que guía al apóstol san Pablo en todas estas vicisitudes: nada puede separarnos del amor de Dios. Y este amor es la verdadera riqueza de la vida humana»¹³. Aquí descansa también el secreto de su apostolado, de su entrega y de su fatiga amorosa al servicio del Evangelio. El torrente de vida afectiva que brota de las entrañas de Pablo se manifiesta principalmente en el amor¹⁴. Un amor que estará marcado por el signo de la Cruz, a imagen del de Jesucristo, Buen Pastor que da la vida por sus ovejas (Jn 10,11). Este celo apostólico—como escribe el profesor Sánchez Navarro— «es una peculiar concreción del *ágape* fraterno: la caridad pastoral. Todo su ministerio es movido por ella: “el amor de Cristo nos apremia” (2Cor 5,14)»¹⁵.

3. PABLO, APÓSTOL

3.1. Misión recibida de Cristo

San Pablo es consciente del origen divino de su predicación “apóstol de

Jesucristo por voluntad de Dios” (Gal 1,1), y de cómo ha recibido de Dios la fuerza, la rectitud de conciencia y la audacia para anunciar el evangelio con franqueza y libertad¹⁶.

Su vocación-misión es una obra de Dios. Pero Dios antes de confiarle la misión le sometió a una purificación interior¹⁷.

En 1Tes 1,12, según Vanhoye, «vemos que consigue conformarse al Corazón de Jesús gracias a una perfecta integridad moral, a la ausencia de toda actitud negativa, de egoísmo, de interés, de motivos turbios, y observamos que está unido a él de una forma tan positiva que abarca todas sus posibilidades afectivas, aprovechándolas para la propagación del amor de Cristo y, por tanto, para la salvación y glorificación final de los creyentes»¹⁸.

En numerosas ocasiones, san Pablo emplea la expresión “*elegido*” para significar una relación privilegiada con Dios. De hecho—como nota Vanhoye— «Dios ha llamado, es decir, se ha dirigido a Pablo como a una persona capaz de sentir, de comprender, de contestar»¹⁹. El secreto de la conversión de Pablo está «únicamente en la extraordinaria generosidad de Dios», en la *nueva relación personal* que ha querido y buscado con Pablo²⁰. El apóstol confiesa en el capítulo tercero de su *carta a los Filipenses* que su verdadera conversión ha sido la nueva relación con Cristo, se ha *adherido a Él*. En este sentido,

Benedicto XVI insiste en el auténtico sentido de la conversión del apóstol:

“Esta transformación de todo su ser no fue fruto de un proceso psicológico, de una maduración o evolución intelectual y moral, sino que llegó desde fuera: no fue fruto de su pensamiento, sino del encuentro con Jesucristo. En este sentido no fue sólo una conversión, una maduración de su “yo”; fue muerte y resurrección para él mismo: murió una existencia suya y nació otra nueva con Cristo resucitado [...] Sólo el acontecimiento, el encuentro fuerte con Cristo, es la clave para entender lo que sucedió: muerte y resurrección, renovación por parte de Aquel que se había revelado y había hablado con él. En este sentido más profundo podemos y debemos hablar de conversión²¹”.

Pablo vive con aprecio, pero sobre todo con gratitud, la vocación que Dios le ha concedido como fruto de su amor generoso y gratuito hacia Él. Esta gracia y esta generosidad estarán siempre presentes en su misión apostólica y evangelizadora y en la base de todas sus relaciones; una gracia personal e íntima que hará posible una misión dirigida a otros²².

En adelante, Pablo se verá impulsado a la actividad apostólica por una obediencia amorosa y absoluta al encargo recibido, así como por un gran afecto a la comunidad. El dinamismo de su vocación y misión se irá manifestando en esa única caridad de doble vertiente: amistad con Cristo y caridad

con las nuevas comunidades, como veremos. Su ministerio es para él fuente de su espiritualidad apostólica, que ha de asumir e integrar también la cruz, el misterio pascual de Cristo en la vida del apóstol. Vanhoye resalta cómo Pablo no se deja desanimar por las dificultades, y nos indica dónde está la fuente de la que extrae el valor para seguir adelante a pesar de tantas penas y humillaciones: esta fuente está en Dios, en la unión con él²³.

3.2. *Unidad de vida del apóstol*

San Pablo se presenta desde un servicio humilde y amoroso como un colaborador o ministro *de Dios* (cf. 2Cor 11,23). Mediante el anuncio del evangelio y el cuidado amoroso de los fieles san Pablo alcanza a descubrir el amor como la primera característica de un apóstol²⁴.

Vanhoye destaca que el apóstol nunca llega a separar de modo alguno su ministerio de su persona. No se pueden separar momentos en los que Pablo haya predicado el evangelio de otros espacios reservados a su vida privada, escribe el eslovaco Jozef Heriban, profesor de la Universidad Pontificia Salesiana²⁵.

Para Pablo la evangelización, lejos de ser la propagación de un mensaje independiente de la persona del mensajero, es un *actuar personal*. El mensajero y el mensaje han de ser una sola cosa²⁶. En este sentido se ha referido Benedicto

XVI al afirmar en una de sus catequesis: «Un elemento típico del verdadero apóstol, claramente destacado por san Pablo, es una especie de identificación entre Evangelio y evangelizador, ambos destinados a la misma suerte»²⁷.

3.3. *Su caridad materno-paterna*

Pablo resume sus relaciones con las nuevas comunidades bajo la doble imagen de la maternidad-paternidad. En este sentido creo que es mejor hablar de su caridad pastoral-apostólica, que se expresa bajo esta doble imagen, que no hacer sólo bajo la de “paternidad espiritual”, conjugando así la diversidad y complementariedad de la ternura materna y de la pedagogía paterna.

El ámbito de los escritos paulinos es *eclesial*²⁸. Su relación materno-paterna con los fieles –como veremos– acontece siempre en el seno de la *ekklesía*. Podemos afirmar que la *ekklesía* es el ambiente vital en el que se encarna el anuncio de la salvación.

Es la 1Tes la que contiene la expresión más antigua de gran ternura materna y diligente responsabilidad paterna del apóstol respecto de sus comunidades²⁹.

Estas imágenes de padre y madre le sirven a san Pablo, además, para expresar la profunda comunicación de vida que se instaura e interactúa entre el predicador y aquellos que acogen su palabra³⁰.

El tierno amor hacia los neoconvertidos le impulsa a dar lo mejor de sí al servicio de la comunidad. Se instaura, por lo tanto, una relación vital y profunda entre el apóstol y los fieles.

a. **Amor materno**

Comentando 1Tes, el Cardenal Vanhoye ha subrayado cómo «Pablo no ha desarrollado su afectividad masculina solamente en el sentido paterno, en el sentido fraterno y sponsal, sino que ha desarrollado también en él mismo la afectividad femenina de una madre. No le basta sentirse padre de sus cristianos y al mismo tiempo hermano en la fe, se presenta también como un enamorado celoso (2Cor 11,2) y como una madre llena de ternura y generosidad»³¹.

La actitud de los evangelizadores hacia la comunidad es como la de la madre que se encorva, toma en brazos, alimenta y da calor a sus hijos con cuidado amoroso. Se trata, en definitiva de la misma actitud que tuvo Cristo con su Iglesia y JHWH con su pueblo: “*Cuando Israel era niño, yo lo amé, y de Egipto llamé a mi hijo... lo llevé en mis brazos, pero no han comprendido que era yo quien los cuidaba. Con cuerdas de ternura, con lazos de amor, los atraía; fui para ellos como quien alza un niño hasta sus mejillas y se inclina hasta él para darle de comer*” (Os 11,1.3-4)³². Pasajes del Segundo y Tercero Isaías, así como del profeta Baruc retoman esta imagen³³. Como bien subraya Rigaux, el lenguaje

de Pablo está influenciado por el AT y se evidencia en su utilización natural e inconsciente³⁴.

San Pablo se ha unido tan íntimamente a sus comunidades con el afecto y con el *ágape*, hasta el punto de desear dar la vida por ellos, como una madre que ama: *“tanto os queríamos que ansiábamos entregaros no sólo el evangelio de Dios, sino también nuestras propias vidas”* (2,8)³⁵. No se trata de simples desahogos sentimentales, -explica Vanhoye- sino de verdadero amor maternal, capaz de sacrificio. No sólo ha comunicado y partido para ellos el don divino del Evangelio, sino que añade además, algo propio que solamente él puede dar: el sacrificio de su misma vida, el compromiso total de la propia existencia. Por eso, como sigue matizando muy bien Vanhoye- «Pablo habla de “entregar” el evangelio. No era habitual hablar de entregar el evangelio, de hecho normalmente se proclama; pero Pablo quiere expresar su cariño maternal: una madre no proclama, entrega. Y Pablo presenta el evangelio como un pan que quiere entregar a los creyentes con maternal cariño»³⁶.

Él ya no se pertenece, sino que está al servicio del evangelio y de los creyentes³⁷. Esta donación hecha con alegría, deriva del amor, de un amor agápico: «Pablo tiene tanto amor a sus cristianos que se siente empujado a hacerles esta entrega total»³⁸. La misión evangelizadora, como la maternidad, no está ausente de sufrimientos, como recuerda

a los Gálatas: *“¡Hijos míos, por quienes estoy sufriendo de nuevo dolores de parto hasta que Cristo llegue a tomar forma definitiva en vosotros!”* (Gal 4,19). En Filipenses 2,17 expresa la misma disposición: *“aunque tuviera que ofrecermelo en sacrificio al servicio de vuestra fe, me alegraría y congratularía con todos vosotros”*. Y bien sabemos, que no fueron sólo palabras, sino que fue capaz de sellarlas con el supremo testimonio de amor, de fe y de esperanza, que fue su martirio.

Así, el Apóstol, evidencia algunas características de la caridad materna propia del pastor, como son: el amar, mirando al otro con ternura, atención y confianza; el cuidar del otro, con empatía y respetando los tiempos de crecimiento personal; y el dar la propia vida, donándose totalmente en la gratitud, sin crear dependencia ni buscar gratificación³⁹.

b. Amor paterno

La imagen de la madre resalta el aspecto oblativo de su *ágape*: su afecto, calor y amor materno hasta dar la vida. Mientras que la imagen paterna pone de relieve el aspecto educativo de exhortación, fortalecimiento y testimonio paterno para una vida digna de Dios⁴⁰.

En un contexto espontáneo y vital, el apóstol en 1Tes representa toda su actividad apostólica en la que se ha comportado como un padre. Es un texto de

singular importancia dado que encontramos por primera vez en los escritos paulinos la tipología del *padre*, no referida a Dios sino aplicada a hombres⁴¹; en esta ocasión aplicada a sí mismo como *padre de la comunidad*: “*Sabéis que tuvimos con cada uno de vosotros la misma relación que un padre tiene con sus hijos, exhortándoos, animándoos y urgiéndoos a llevar una vida digna del Dios, que os ha llamado a su reino y a su gloria*” (2,11-12)⁴².

Esta relación de paternidad-filiación entre Pablo y sus comunidades no nace de motivos meramente humanos, sino de la fe anunciada y acogida. De ahí que en 1Cor 4,14-16, Pablo llegue a exclamar que el anuncio del evangelio y la transmisión de la fe es como transmitir la vida. Pablo los engendra a una vida nueva (Gal 4,19), coopera a la novedad de la vida cristiana, de una “*nueva creación*” (2Cor 3,6.18; 4,6; Gal 6,15) que consiste en la progresiva participación de la resurrección de Jesucristo. Se trata, pues del fundamento *teológico, kerygmático, cristológico, pneumatológico y escatológico* de la paternidad apostólica de Pablo⁴³.

Esta solicitud apostólica hacia la comunidad naciente se asemeja a la acción educativa del padre respecto de sus hijos, y supone una relación única e irrepitable entre evangelizador y evangelizados⁴⁴, que ayuda al mismo tiempo a Pablo a madurar su conciencia misionera y apostólica en relación a ellos⁴⁵.

Es muy significativo el estudio que algunos autores han hecho sobre el uso paulino en 1Tes de la expresión “exhortando” (*parakaloúntes*). Expresaría así no tanto la sola autoridad del que habla, cuanto su actitud, su modo de enseñar. Expresa más bien el aspecto del consolar y del exhortar, como cuando uno llama junto así a otro para hablarle al corazón. El mismo Cardenal Vanhoye pone en evidencia la preferencia de la palabra *paràklesi*, en lugar de *paranesi*, que no es usada nunca en el NT y comporta un significado de “aprobación” tendiendo a un significado moralizante; mientras que *parakaleo* contiene la idea fundamental de “llamada”, de “vocación”, de relación con Dios, más propia de la vida cristiana⁴⁶.

Así, en la línea de la misión profético-mesiánica, Pablo entiende su predicación como una *paraklesi* y la ejerce *consolando* mediante la Palabra predicada con la fuerza del Espíritu Santo. Es la misma consolación del Padre, que en el Hijo manifiesta su amor por los hombres y se hace llamada-vocación a vivir la vida cristiana⁴⁷. De ahí también que san Pablo tenga muy claro que el contenido principal de su predicación es la misericordia de Dios (Rom 12,1), la dulzura y la bondad de Cristo, el ágape del Espíritu Santo. Lo importante es la acción salvadora de Cristo conforme a un designio amoroso y misericordioso de Dios.

La ética, la vida moral, recibe del evento Cristo un nuevo horizonte⁴⁸. Su

muerte y resurrección iluminan de tal modo la pedagogía y paternidad responsable del apóstol hasta configurar su exhortación como una predicación **no autoritaria**, sino paciente y confortante (cf. 1Tes 2,12; 1Cor 4,14)⁴⁹. Todo ello en orden a que los fieles respondan al mismo Dios que los llama a la fe del evangelio (1Tes 1,4) y a su Reino. Pablo se sirve de esta iniciativa divina –señala Vanhoye– por una parte, para estimularlos a progresar en la vida cristiana; por otra, para mostrarse como un padre ambicioso por sus hijos; y, por último, para señalar –como elemento esencial en todo servidor del evangelio– que la referencia última no es su paternidad espiritual sino la paternidad de Dios: “Padre nuestro”⁵⁰. De ahí, por otra parte, la libertad reinante en los vínculos de Pablo con los fieles. Él une estrechamente sus relaciones personales al ejercicio del ministerio apostólico, hasta tal punto que Vanhoye considera que esta estrecha interdependencia de relaciones caracteriza de modo único la concepción paulina del ministerio⁵¹.

El apóstol exhorta y anima a la comunidad a la fortaleza, a la fidelidad (1Tes 2,12), al crecimiento en el amor (1Tes 4,10.12) y en las diversas formas de caridad (1Tes 5,12-15). Es el anhelo de quien los ha educado como un padre y desea ver a sus hijos caminar, progresar y testimoniar lo que han aprendido de él. Tras el primer anuncio –señala Aletti– la misión de Pablo es la de ayudar a los cristianos a no olvidar su unión vital con el Señor y a tomar

conciencia de todo lo que podría separarlos⁵². Este deber comporta necesariamente una autoridad, que san Pablo ejercerá con profunda ternura a la vez que con dolorosa entrega. En ese sentido su educación paternal no es vivida como una demostración de autoridad, sino como un esfuerzo paciente y perseverante para guiar, confortar y dirigir bien: “No es que pretendamos dominar sobre vuestra fe, sino que contribuimos a vuestro gozo” (2Cor 1,24). La profundidad y extensión de su ser *padre* derivan directamente de la conciencia de ser portador y servidor de un anuncio nuevo, servicio unido al amor fecundo que siente por aquellos que le han acogido como apóstol del evangelio⁵³.

Ahora bien, al final de este análisis de su paternidad, podemos afirmar con Gutiérrez que «el amor está en el centro de la paternidad espiritual, tal como Pablo la comprende y la vive»⁵⁴. Podemos destacar particularmente dos textos de la segunda *Carta a los Corintios* concernientes a la paternidad de Pablo, que constituyen una expresión vibrante de este ágape. En ellos aparece una extraordinaria intensidad del amor de Pablo por sus *engendrados*. En 2Cor 6,11-13, el apóstol exclama: “Nos hemos desahogado con vosotros, corintios; y se nos ha ensanchado el corazón. No os amamos con un corazón estrecho. Pagadnos con la misma moneda –os lo pido como a hijos– y ensanchad también vosotros el corazón”. Y en 2Cor 12,14-15 insiste: “Esta es la tercera vez que voy a ir a visitaros y tampoco os seré gravoso,

pues no me interesan vuestras cosas, sino vosotros. Al fin y al cabo no son los hijos los que deben ahorrar para los padres, sino los padres para los hijos”.

3.4. *Solidario con los hermanos*

El amor, la caridad pastoral del apóstol, se manifiesta además en la solidaridad para con sus hermanos en la fe. Cuando la nueva comunidad está establecida en la fidelidad al evangelio de Jesucristo crucificado y resucitado, es cuando el apóstol-padre se siente plenamente solidario con sus *hijos*, que son también *hermanos* en la fe. Pablo es su hermano, ya que también él ha obtenido misericordia (1Cor 7,25; 2Cor 4,1). San Gregorio Magno, en su célebre *Regla Pastoral* se hace eco de las entrañas misericordiosas del apóstol Pablo, y lo propone a los pastores como modelo de cercanía por la compasión y la entrega a la contemplación: «Y es que, penetrando ya los secretos celestiales, examina, sin embargo, el lecho de lo carnal debido a sus entrañas de misericordia. A la vez, estando elevado, lo levanta a lo invisible, y siendo misericordioso, inclina la mirada de su corazón a los secretos de las flaquezas»⁵⁵. San Pablo acoge el consuelo divino como una gracia, como un don, que puede ahora compartir, estando al lado de los atribulados (cf. 2Cor 1,5): «Pablo considera sus propios sufrimientos desde esta perspectiva apostólica»⁵⁶.

También Pablo ha sido iluminado por el conocimiento de la gloria de

Dios mediante el esplendor del evangelio (2Cor 4,4.6). En este sentido, no se diferencia en nada de aquellos que ha evangelizado en Tesalónica, Corinto o Galacia. Entre él y ellos hay un vínculo esencial en la *gracia* (*charis*) y en la *paz* (*eirène*) de Jesucristo⁵⁷.

Habiendo sido alcanzado por la gracia y la misericordia de Dios, surge en Pablo el amor agradecido, como primera actitud que procede de la fe; y, en segundo lugar la caridad fraterna, el amor generoso hacia los demás. Es la fe que actúa por medio del amor la clave de lectura e interpretación de sus palabras y de su vida apostólica: «Haced esclavos los unos de los otros por amor». El amor –afirma Vanhoye– lo ha conducido a esto. Esta forma tan particular de esclavitud, en el fondo es al mismo tiempo el supremo grado de libertad: una persona que vive únicamente para el amor, que por amor se pone al servicio de los demás, se siente unida a Dios y en la libertad espiritual más completa⁵⁸.

De encarnizado perseguidor de las primeras comunidades cristianas, Pablo se convirtió en discípulo de Cristo, y en apóstol y modelo de ellas por su caridad. Esta caridad hace que cuando la comunidad está en algún peligro, entonces San Pablo más allá de su ser *hermano* entre los creyentes, intervenga como evangelizador, fundador y *padre* de la comunidad cristiana. Recordemos por un momento en el ejemplo de san Agustín⁵⁹.

3.5. *La oración apostólica*

La misión del apóstol no puede prescindir de la oración. El apóstol Pablo, antes de su encuentro con Jesucristo, ya era un hombre de oración, un *judío piadoso*, que asumía y respetaba la oración reglada. El diálogo con Dios no le era ajeno, si bien dicho encuentro transformó también su modo de orar, ya que desde entonces Pablo se dirigirá continuamente al Padre en acción de gracias por la salvación ofrecida en Cristo. Como escribe Hamman: «toda la teología de Pablo se encuentra en su oración que, para él, es la fe orante, la fe contemplada delante de Dios. Por esto, la oración ocupa un puesto central en su evangelio y es como el foco que alimenta e ilumina su vida»⁶⁰.

En sus cartas –excepto en la dirigida a los gálatas– encontramos oraciones de acción de gracias, dejándonos un testimonio de su orar apostólico. La oración no es un añadido a su labor como apóstol sino que se inserta en la entraña misma de su caridad. De modo que –como subraya Gnilka– «Él tiene presentes de continuo a aquéllos por los que ora; y formula la oración sintonizando con las necesidades de ellos. Para él, la oración es un medio irrenunciable de la pastoral no sólo por razones pedagógicas, sino porque está convencido de que es estéril plantar y poner el fundamento, regar y condicionar el terreno si Dios no hace crecer (cf. 1Cor 3,6-10)»⁶¹.

San Pablo, por una parte, reza por él mismo y por su misión, y pide además a los hermanos que oren ininterrumpidamente por él y por los misioneros (cf. 1Tes 5,17.25; Ef 6,18ss; 2Tes 3,1; Rom 15,30), ayudándoles mediante la oración a anunciar a Cristo (2Cor 1,11; Flp 1,18-19). No podemos olvidar la experiencia que sin duda debió marcar al apóstol antes de su primer viaje misionero con Bernabé, según el testimonio de Hch 13,2-3: “*Mientras celebraban la liturgia del Señor y ayunaban, el Espíritu Santo dijo: separadme a Bernabé y a Saulo para la misión que les he encomendado. Entonces después de ayunar y orar les impusieron las manos y los despidieron*”. Sería en el marco de la oración comunitaria donde Pablo recibiría su primer envío misionero.

Por otra parte, san Pablo reza siempre *por* y *con* los cristianos de sus comunidades, *recordando* ante Dios su fe activa, el amor infatigable y la perseverante esperanza: en 1Tes 1,2 dice que reza “*continuamente*” por los fieles a quienes escribe, y en 1Tes 2,13 que “*no cesamos de dar gracias a Dios*”... Lo mismo en Rom 1,9: “*os recuerdo sin cesar*”⁶²; y en Flp 1,9: “*pido que vuestro amor crezca más y más en conocimiento y en sensibilidad para todo*”.

Se trata, por lo tanto, de una oración que pide y agradece a Dios la virtud teológica infundida en los fieles. En esta oración se acuerda de todos y también de algunos en particular, para que se complete en ellos lo que falta a su fe, pidiendo

do a Dios su perfección y suplicándole con alegría para que participen del evangelio y sobreabunde siempre en ellos cada vez más el amor, el conocimiento y el discernimiento (Flp 1,4-9)⁶³.

Podemos concluir que la oración de Pablo tiene un carácter claramente apostólico y está profundamente ligada a la constitución y crecimiento de las comunidades cristianas. Una oración dirigida a Dios Padre, que suplica y pide, pasando de la acción de gracias a la intercesión.

3.6. Pablo, apóstol amigo

Las cartas son las que mejor reflejan las relaciones que Pablo mantiene con sus comunidades. Su encabezamiento inicia con el nombre de Pablo, seguido de otros que representan a la comunidad. Es al final de la carta—especialmente en la dirigida a los romanos—cuando Pablo expresa los afectos más íntimos de su corazón. Saluda con el nombre propio a algunos de ellos y recuerda cuánto han trabajado por el evangelio. Se trata de un ejemplo vivo de afecto personal y comunitario: Pablo los ama en su comunidad, en el seno y en la misión de la *ekklesia*.

El Apóstol no cesa en traslucir el amor, la ternura y lo unido que se siente a ellos, incluso en momentos difíciles. Así se dirige a los Corintios: “*Os escribí con gran congoja y angustia de corazón, y con muchas lágrimas, no para que os aflijáis, sino para que sepáis el amor in-*

menso que os tengo” (2Cor 2,4). Y más adelante en el capítulo 7: “*Os llevamos dentro del corazón compartiendo vida y muerte*” (7,3; cf. Flp 1,7).

Con Timoteo, San Pablo tuvo una relación paternal (Flp 2,22). En la *Carta a los Romanos* hablando de la madre de Rufo se presenta como hijo: “*su madre que es como si fuera mía*” (Rom 16,13); podemos imaginarnos aquí la relación singularmente afectiva entre ambos. Hacia Priscila y Áquila muestra una actitud de agradecimiento por arriesgar sus vidas por él. Todo el capítulo 16 de esta Carta es—como escribe Gnilka—«un testimonio extraordinario de su capacidad para la amistad»⁶⁴. Sólo en este capítulo aparecen hasta un total de 33 nombres de personas muy concretas⁶⁵, que expresan la importancia de las relaciones personales en el seno de la comunidad y la labor misionera de los laicos, especialmente significativa de las mujeres⁶⁶. Se percibe con facilidad y prontitud el afecto y la alegría que el Apóstol siente por su equipo de colaboradores y por esta red de relaciones personales, que él consideraba preciosa por el evangelio de Jesucristo. Con el Cardenal Martini, podemos afirmar que no habría sido posible ni la predicación ni el éxito misionero de san Pablo, sin estos amigos sinceros, hombres y mujeres, que trabajaban juntos, estimándose recíprocamente creando una atmósfera de comunión en la fe, de gozo y de serena alegría, que se convertiría sin duda alguna en el mejor fruto y testimonio de su apostolado⁶⁷.

Lo más admirable es, según Van-hoye, que «Esta afectividad, fuerte y apasionada de Pablo no se aplica a pocas personas, las más queridas, sino a comunidades enteras. La amistad es un don de Dios muy hermoso, pero lo de Pablo es diferente: él demuestra un amor intenso, no por esta o aquella persona más querida, sino por la comunidad entera. En ello, se pone de manifiesto una extraordinaria purificación de la afectividad, en el sentido de una apertura ilimitada que presupone la superación total del egoísmo afectivo, que es connatural en nosotros. Podemos reconocer aquí una participación personal en la caridad del corazón de Cristo, caridad divina y universal. Pablo ama con todo su corazón, no para sí mismo, sino para Cristo y para Dios. Dice que siente unos celos divinos. Ama de forma personal y abierta al mismo tiempo»⁶⁸.

4. **Apuntes para una nueva evangelización a la luz de san Pablo**

En un reciente artículo de Mons. Rino Fisichella, Obispo auxiliar de la Diócesis de Roma, el prelado se pregunta: ¿Qué nos puede decir el apóstol san Pablo a los hombres y mujeres de hoy? Y continúa diciendo: ciertamente son muchos los elementos, pero creo que el conjunto se pueda resumir en dos términos: *conversión y apostolado*. Pues bien, no sólo para los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sino también para los pastores, este puede ser el mensaje o síntesis del testimonio de

caridad pastoral que san Pablo ofrece: *conversión y apostolado*. El apostolado, o pastoral, -evidencia Fisichella- requiere previamente, como en la experiencia del apóstol Pablo, un cambio de vida que nace del encuentro con Cristo. Experiencia que permite a Pablo dedicar los años más bellos de su vida a anunciar el evangelio de Jesucristo⁶⁹.

El ejemplo de san Pablo debe ayudar a los pastores -obispos y presbíteros- a redescubrir la posibilidad de una relación paterna, nueva y creativa, amorosa y responsable, basada en la persona y misión de Jesucristo. En el desarrollo de la propia misión paterno-materna, se necesita la valentía de mirar a los fieles, como san Pablo, como hijos, con un sentimiento de amor lleno de respeto, capaz de restablecer la confianza entre fieles y pastores para caminar juntos en el seguimiento de Cristo, guiados por el Espíritu⁷⁰. Es precisamente el seguimiento e imitación de Jesús el que hace propio de los pastores para con sus fieles una relación fundada sobre el amor agápico.

San Pablo enseña a vivir la caridad pastoral desde la paternidad-maternidad de la ternura y el amor. Carlo Rocchetta, profesor de las Universidades Gregoriana, Lateranense y del Instituto *Camillianum* de Roma, en su obra *Teología de la ternura*⁷¹, invita a la Iglesia a descubrir este evangelio de la ternura y a descubrirse a sí misma como sacramento de la ternura de Dios. Livio Melina en su aportación a la obra *La vía*

del Amor, publicada como un conjunto de reflexiones en torno a la encíclica *Deus caritas est*, propone este camino del testimonio del amor: «La vida del testigo en la cual el amor humano llega a ser signo visible y perceptible es el lugar privilegiado de comunicación del amor recibido en el acontecimiento inicial del encuentro con Cristo»⁷².

Si el ágape vivifica toda actividad cristiana, entonces el origen y el ejercicio dinámico de la paternidad en la Iglesia está en el *anuncio amoroso y fiel de la Cruz*, pues sin anuncio kerigmático no hay paternidad en la Iglesia⁷³. He aquí lo específico de una paternidad, no espiritual, sino más bien “*apostólica*” que deriva del anuncio del *kerigma* apostólico: la paternidad apostólica que se ejercita en la caridad, en el ágape. Es decir, el anuncio de la salvación específica y dinamiza la paternidad apostólica, que se manifiesta en la caridad. Sólo en el anuncio de la Cruz y de la Resurrección de Jesucristo se manifiesta eficazmente al mundo el verdadero y definitivo amor de Dios por nosotros: en el don que el Padre ha dado a los hombres, su Hijo, amor y cruz se identifican. Y este don es para san Pablo el fundamento de su caridad y de su entrega apostólica: Cristo que nos ha amado entregando la propia vida en sacrificio por los hombres⁷⁴. La gracia de Dios –dice Vanhoye– le impone a Pablo sus exigencias de amor⁷⁵.

Para el apóstol, el deber primario del evangelizador es transmitir el núcleo

esencial de la tradición recibida (1Cor 15,3), reavivando continuamente la *memoria histórica* de la salvación. También hoy, la caridad pastoral, en su dimensión paterna, pasa por servir fielmente a la *memoria* del acontecimiento Cristo⁷⁶. Servicio que presupone el primer anuncio, y se concreta en una atención constante, diligente y amorosa de las comunidades que le mantiene permanentemente en tensión. No se trata de lanzar la semilla y despreocuparse de cómo éstas germinan hasta consolidarse en auténticas comunidades cristianas. San Pablo predicó, siguió de cerca su crecimiento y oró por ellas. La fidelidad al evangelio y a quienes han sido evangelizados requiere una caridad que siga compartiendo y alentando, sufriendo y gozando las consecuencias del evangelio en el seno de las comunidades⁷⁷.

Por otra parte, san Pablo es un modelo de cómo integrar la amistad humana y espiritual en la caridad apostólica. Como apunta Vanhoye, «las relaciones no son bilaterales –misioneros por un lado, fieles por el otro–, sino siempre trilaterales, es decir, relaciones en Dios y en Cristo entre misioneros y fieles»⁷⁸. Pocos maestros fueron tan amados por sus discípulos como lo fue san Pablo de sus fieles y colaboradores. Él vive este sentirse amado y comprendido como uno de sus mayores consuelos, pero los remite siempre a Cristo: “*viviendo con autenticidad el amor, crezcamos en todo hacia aquel que es la Cabeza, Cristo*” (Ef 4,15). Así es como sitúa la amistad en

su verdadero centro, que es Dios, mostrando a su vez la madurez de su relación educativa que no pretende unir a sí las personas sino más bien estimularlas a la libertad y a la asunción de responsabilidad⁷⁹.

San Pablo nos enseña a emplear todas las capacidades de acción y cariño en el amor por Cristo y por las personas confiadas, pues *“Dios no nos ha dado un espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de ponderación”* (2Tim 1,7)⁸⁰.

“Yo ya estoy a punto de ser derramado en libación, y el momento de mi partida es inminente. He combatido el buen combate, he concluido mi carrera, he conservado la fe” (2Tim 4,6-7). Desde aquí podemos comprender quien es Pablo y hasta donde ha llegado su caridad pastoral, o –con palabras suyas– la profundidad, la altura, la anchura y longitud de su amor. Nos enseña además el gran secreto tan antiguo y tan nuevo de quién es el verdadero apóstol de hoy en día: aquél que durante toda su vida anuncia el evangelio y conserva la fe hasta el final⁸¹.

San Pablo excluye de la acción misionera la búsqueda de una gloria humana: *“porque anunciar el evangelio no es para mí un motivo de gloria; es una obligación que tengo, ¡y pobre de mí si no anunciara el evangelio!”* (1Cor 9,16. Cf. 1Tes 2,6)⁸²; subrayando la fidelidad a Dios, y la fidelidad de Dios: *“He trabajado más que todos”*, pero añade: *“no yo, sino la gracia de Dios conmigo”*

(1Cor 15,10). Es quizá, la madurez apostólica –fundada en Cristo– el *humus* que hacía posible para Pablo y sus colaboradores el trabajar “en equipo”. Su vocación de liderazgo –como señala Gnilka– no le cerraba en sí mismo, sino que buscaba el contacto y la colaboración, dispuesto a trabajar y a misionar junto a otros, entablando una verdadera amistad⁸³. El libro de los *Hechos de los Apóstoles* nos da una lista de algunos de ellos: Sópater, Aristarco, Segundo, Gayo, Timoteo, Tíquico y Trófimo⁸⁴. Un ejemplo sin duda singular nos lo ofrece la relación entre Pablo y Timoteo. Se trata de una relación profunda edificada sobre la libertad, la espontaneidad, la verdad, y el respeto mutuo, en la que ambos son conscientes del primado de la gracia y buscan con ardor la misma coherencia y la misma fidelidad al evangelio de Jesucristo.

Conclusión

San Gregorio Magno termina así su Regla, como la había comenzado, afirmando que para enseñar hay que vivir lo que se predica:

«Después de todo lo que hemos dicho, debemos volver a centrarnos en la caridad, a fin de que todo predicador resuene más por sus hechos que por sus palabras; de modo que, mejor que mostrar con su palabra por dónde avanza, deje, viviendo santamente, las huellas para que le sigan»⁸⁵.

San Pablo vivía también de esta convicción profunda, por ello su predicación estuvo sellada por un testimonio de vida, de entrega incansable al evangelio, hasta el martirio, convirtiéndose en un modelo para las comunidades cristianas. Era consciente de que debía, ante todo, dejar pasar por su vida la luz de Cristo: *“Sed mis imitadores, como lo soy de Cristo”* (1Cor 11,1; cf. Flp 3,17); pero posteriormente en su *carta los Efesios* matizará que la verdadera imitación es de Dios: *“Sed, pues, imitadores de Dios, como hijos queridos, y vivid en el amor como Cristo os amó y se entregó por nosotros como oblación y víctima de suave aroma”* (Ef 5,1). *“Revestíos más bien del Señor Jesucristo”* (Rom 13,14), o dicho de otra manera, vivir conforme al propio ser, pues como afirma en su carta a los Efesios: *“hechura suya somos: creados en Cristo Jesús, en orden a las buenas obras que de antemano dispuso Dios que practicáramos”* (Ef 2,10). Sintetiza ambos aspectos en su *carta a los Colosenses* *“y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador”* (Col 3,10). Se trata por tanto de identificarse con Cristo y participar de sus sentimientos: *“entrañas de misericordia, de bondad, humildad, mansedumbre, paciencia”* (Col 3,12). Pero sobretodo –continúa diciendo el Apóstol– *“revestíos del amor, que es el vínculo de la perfección”* (Col 3,14).

La raíz de la verdadera predicación está en la gracia de Dios: *“os fue predicado nuestro Evangelio no sólo con pa-*

labras sino también con poder y con el Espíritu Santo” (1Tes 1,5).

Fr. Justo Pérez expresa y resume con mucha sensibilidad la personalidad de Pablo, este hombre de Dios, al que nos hemos intentado acercar un poco más, un hombre que por amor a Cristo vivió y corrió hasta el final la carrera de la fe:

“Pablo es un apóstol, predica una idea; un teólogo que sólo esgrime un argumento; un amante que repite un solo nombre, el nombre adorable que cae de su boca sin cesar, a veces sin razón aparente, que le salta del corazón, que le encandece los labios; el nombre bendito de Jesús, ante el cual se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos. Por él sufre, por él triunfa, por él predica, por él se abrasa con ardores de celo, por él trabaja con paciencia inaudita, la paciencia de los que no se cansan nunca de esperar, la paciencia que en él no se agota nunca; aunque es, acaso, en virtud también del nombre amado, el más inquieto, el más nervioso, el más impaciente de los hombres. Cristo es su obsesión, su pensamiento de todo instante, su vida: su vida religiosa, su vida intelectual, su vida social y su vida sentimental, reducidas a una unidad soberana por la vida de Cristo. Vive de Él y para Él; su propia actividad ha sido reemplazada por la actividad divina. Si piensa, si ama, si obra, se siente movido por una fuerza misteriosa, que es la misma fuerza de Dios, y puede decir con entera

verdad aquellas palabras que escribió en Roma⁸⁶”.

Y para concluir, las últimas palabras del Papa en una de sus catequesis paulinas:

Su compromiso sólo se explica con un alma verdaderamente fascinada por la luz del Evangelio, enamorada de Cristo, un alma sostenida por una convicción profunda: es necesario llevar al mundo la luz de Cristo, anunciar el Evangelio a todos. Me parece que la conclusión de esta breve reseña de

los viajes de san Pablo puede ser: ver su pasión por el Evangelio, intuir así la grandeza, la hermosura, es más, la necesidad profunda del Evangelio para todos nosotros. Oremos para que el Señor, que hizo ver su luz a san Pablo, que le hizo escuchar su palabra, que tocó su corazón íntimamente, nos haga ver también a nosotros su luz, a fin de que también nuestro corazón quede tocado por su Palabra y así también nosotros podamos dar al mundo de hoy, que tiene sed de ellas, la luz del Evangelio y la verdad de Cristo⁸⁷.

Prof. Dr. D. Jorge Juan Pérez Gallego
Instituto Teológico Divino Maestro de Ourense

NOTAS:

- 1 Cf. VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, PPC, Madrid 1998, 58.
- 2 Cf. Gal 1,11-24; Flp 3,4-14; 1Cor 9,1;15,8; 2Cor 4,6; Hch 9;22;26. Benedicto XVI en su primera encíclica *Deus caritas est* nos recuerda la centralidad de la experiencia de Cristo y de su amor: «no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva» (n.1).
- 3 VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 5.
- 4 FISICHELLA, R., «Una vita per l'annuncio del Vangelo», en *Paulus* 4 (2008) 23.
- 5 GIANANTONI, L., *La paternità apostolica di Paolo. Il kerigma, l'evangelizzatore, la comunità*, EDB, Bologna 1993, 9.
- 6 CIRIGNANO, G. – MONTUSCHI, F., *La personalità di Paolo. Un approccio psicologico alle lettere paoline*, EDB, Bologna 1996, 199.
- 7 Cf. VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 99ss.
- 8 CIRIGNANO, G. – MONTUSCHI, F., *La personalità di Paolo*, 201.
- 9 JUAN PABLO II, *Encíclica Redemptor hominis* (04.03.1979), n.10.
- 10 VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 83.
- 11 GIANANTONI, L., 49.
- 12 GNILKA, J., *Pablo de Tarso. Apóstol y testigo*, Herder, Barcelona 2002², 160.
- 13 BENEDICTO XVI, *La concepción paulina del apostolado*, (Audiencia, 10.09.2008).

- 14 Cf. GUTIÉRREZ MARTÍN, D., *Pablo. Perfil psicológico de un apóstol*, BAC, Madrid 1999, p. 155.
- 15 SÁNCHEZ NAVARRO, L., «La novedad del *agápe* cristiano: el testimonio del Nuevo Testamento», en MELINA, L. – ANDERSON, C.-A., *La Vía del Amor. Reflexiones sobre la Encíclica Deus caritas est de Benedicto XVI*, Monte Carmelo-Pontificio Instituto Juan Pablo II, Burgos 2006, 130.
- 16 Cf. GIANANTONI, L., 32; VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 29.
- 17 Cf. VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 117.
- 18 VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 126-127.
- 19 Cf. VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 33.
- 20 Cf. VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 30.
- 21 BENEDICTO XVI, *La conversión de san Pablo*, (Audiencia, 3.09.2008). El Cardenal Martini en su obra sobre las confesiones de Pablo, ya había puesto de relieve también como el acontecimiento de Damasco había supuesto algo más complejo que una conversión moral o un cambio de mentalidad. Cf. MARTINI, C.-M., *Le confessioni di Paolo*, Ancora, Milano 1997, 26.
- 22 Cf. VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 35, 37.
- 23 VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 115.
- 24 GIANANTONI, L., 66.
- 25 Cf. HERIBAN, J., «Paolo di Tarso: maestro nella fede e nell'eloquenza», en *Rivista Liturgica* 2 (2008) 288.
- 26 VANHOYE, A., «Personnalité de Paul et exégèse paulinienne», en ID., *L'apôtre Paul*, 5-6.
- 27 BENEDICTO XVI, *La concepción paulina del apostolado*, (Audiencia, 10.09.2008)
- 28 GIANANTONI, L., 193.
- 29 GIANANTONI, L., 23.
- 30 GIANANTONI, L., 65.
- 31 «*Mis celos por vosotros son celos a lo divino, ya que os he desposado con un solo marido, presentándoos a Cristo como si fuerais una virgen casta*» (2Cor 11,2). Cf. VANHOYE, A., *1Tes*, 77; ID., *Pedro y Pablo*, 33.
- 32 Cf. 1Tes 2,7, Ef 5,29. GIANANTONI, L., 46.
- 33 Cf. Is 49,15; 66,10-13; Ba 4,8.
- 34 Cf. RIGAU, B., *S. Paul. Les épîtres aux Thessaloniens*, Paris-Gembloux, 95.
- 35 GIANANTONI, L., 65.
- 36 Cf. VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 118-119.
- 37 GIANANTONI, L.,
- 38 VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 119.
- 39 Cf. ROVERAN, R.- FERRANTE, T., «Educare con cuore di "padre" e cuore di "madre"», en *Paulus* 4 (2008) 67.
- 40 Cf. GIANANTONI, L., 30; VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 124.
- 41 Los diversos comentarios sobre la paternidad espiritual en los textos de san Pablo han sido clasificados por Saillard en tres corrientes de interpretación: Aquellos que la consideran una bella metáfora, pero de poca importancia (Teodoreto de Ciro, san Juan Damasceno, Pedro

- Lombardo,...). La segunda, representada por aquellos que interpretan el verbo *generar* como una verdadera generación a la vida sobrenatural, subrayando la unión íntima entre predicación y bautismo (Ecumenio y Eutimio Zigabeno). La tercera, y más representativa, formada por aquellos autores que consideran la predicación del evangelio como creadora, entre Pablo y sus fieles, de una verdadera relación entre padre e hijos (padres griegos: san Cirilo de Jerusalén, san Juan Crisóstomo; padres griegos: san Agustín, Pelagio; y en la edad media: santo Tomás de Aquino). Cf. GIANANTONI, L., 13-14.
- 42 Cf. GIANANTONI, L., 53.
- 43 Cf. GIANANTONI, L., 190-191; VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 124.
- 44 Cf. GIANANTONI, L., 188.
- 45 Cf. GIANANTONI, L., 191.
- 46 Cf. VANHOYE, A., *1 Tessalonicesi*, Roma 1983, 129-130.
- 47 GIANANTONI, L., 57.
- 48 Cf. DCE 1.
- 49 GIANANTONI, L., 58.
- 50 Cf. VANHOYE, A., *1 Tessalonicesi*, Roma 1983, 82.
- 51 VANHOYE, A., «Personnalité de Paul et exégèse paulinienne», en ID., *L'apôtre Paul*, 6.
- 52 Cf. ALETTI, J.-N., «L'autorité apostolique de Paul. Théorie et pratique», en VANHOYE, A., (dir.), *L'apôtre Paul. Personalité, style et conception du ministère*, Leuven 1986, 245.
- 53 Cf. VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 125.
- 54 GUTIERREZ, P., *La paternité spirituelle selon S. Paul*, Paris 1968, 210.
- 55 SAN GREGORIO MAGNO, *Regla Pastoral*, II,5.
- 56 Cf. VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 61.
- 57 GIANANTONI, L., 208.
- 58 Cf. VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 79.
- 59 Cf. VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 23; SAN AGUSTÍN, *Disc. 340,1*, en PL 38, 1483-1484.
- 60 HAMMAN, A., *La oración*, Herder, Barcelona 1967, 249. Cf. MARTÍNEZ GONZÁLEZ, E.-J., O.C.D., «Mira, está en oración (Hch 9,11). San Pablo, orante cristiano», en *Revista de Espiritualidad* 67 (2008) 183-204.
- 61 GNILKA, J., *Pablo de Tarso*, 284.
- 62 VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 105.
- 63 GIANANTONI, L., 205-206.
- 64 GNILKA, J., *Pablo de Tarso*, 282.
- 65 Febe, Prisca, Aquila, Epéneto, María, Andrónico, Junias, Ampliato, Urbano, Estaquis, Apeles, Aristóbulo, Herodión, Trifena, Trifosa, Pérsida, Rufo, Asíncrito, Flegón, Hermes, Patrobas, Hermas, Filólogo, Julia, Nereo, Olimpo. Añade además los nombres de sus colaboradores: Timoteo, Lucio, Jasón, Sosíprato, Tercio, Gayo, Erasto, Cuarto.
- 66 Sobre la relación más personal de san Pablo con algunos de estos cristianos puede verse en: AA.VV., *Personajes del Nuevo Testamento*, Vol. I, Verbo Divino, Navarra 2001.
- 67 Cf. MARTINI, C.-M., *La via di Timoteo*, Piemme, Casale Monferrato 1995, 218-220.
- 68 VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 121-122.

- 69 FISICHELLA, R., «Una vita per l'annuncio del Vangelo», en *Paulus* 4 (2008) 22-23.
- 70 Cf. GIANANTONI, L., 198.
- 71 ROCCHETTA, C., *Teología de la ternura. Un «evangelio» por descubrir*, Secretariado Trinitario, Salamanca 2001.
- 72 MELINA, L., «El amor: encuentro con un acontecimiento», en MELINA, L. – ANDERSON, C.-A., *La Vía del Amor. Reflexiones sobre la Encíclica Deus caritas est de Benedicto XVI*, Monte Carmelo-Pontificio Instituto Juan Pablo II, Burgos 2006, 11.
- 73 GIANANTONI, L., 208-209.
- 74 GIANANTONI, L., 210. Cf. SÁNCHEZ GONZÁLEZ, J., «"Predicamos a Cristo crucificado". Relectura espiritual de la experiencia paulina de la Cruz», en *Studium Legionense* 49 (2008) 144.
- 75 VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 5.
- 76 Cf. GIANANTONI, L., 199.
- 77 Cf. GUTIÉRREZ MARTÍN, D., *Pablo. Perfil psicológico de un apóstol*, BAC, Madrid 1999, 212-213.
- 78 VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 58.
- 79 Cf. ROVERAN, R.- FERRANTE, T., «Educare con cuore di "padre" e cuore di "madre"», 67.
- 80 VANHOYE, A., *Pedro y Pablo*, 102-103.
- 81 Cf. FISICHELLA, R., «Una vita per l'annuncio del Vangelo», 23.
- 82 GIANANTONI, L., 39.
- 83 GNILKA, J., *Pablo de Tarso*, 282.
- 84 Cf. Hch 19,29; 16,1; 21,29; Rom 16,21; Ef 6,21; 2Tim 4,20.
- 85 SAN GREGORIO MAGNO, *Regla Pastoral*, III, 40.
- 86 PÉREZ DE URBEL, FR. JUSTO, *San Pablo, apóstol de las gentes*, Ediciones FAX, Madrid 1941, 342.
- 87 BENEDICTO XVI, *La vida de san Pablo antes y después de Damasco*, (Audiencia, 27.08.2008).



IGLESIA EN ESPAÑA

IGLESIA EN ESPAÑA

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Nota de los obispos de la Subcomisión para la Familia y la Defensa de la Vida Jornada Mundial de la Familia

Viernes, 26 de diciembre de 2008

LA FAMILIA, ESCUELA DE HUMANIDAD Y TRANSMISORA DE LA FE

«La familia formadora de los valores humanos y cristianos». Este es el tema elegido para el sexto encuentro mundial de las familias que tendrá lugar en México del 14 al 18 de enero. El hilo conductor de este encuentro hace referencia a la familia como el camino que conduce al hombre a una vida en plenitud. Unidos a esta idea fundamental nos disponemos a celebrar la fiesta de la Sagrada Familia con el siguiente lema: «La familia, escuela de humanidad y transmisora de la fe».

I. ESCUELA DE HUMANIDAD

a) Aprender a recibir el amor

«La familia es escuela del más rico humanismo»¹. Estas palabras del Concilio Vaticano II presentan a la familia como la morada donde el hombre aprende a ser hombre. Se trata, por tanto, del lugar en el cual se desarrolla la primera y más fundamental ecología humana, el ámbito natural y adecuado

para que pueda desarrollarse el aprendizaje de lo verdaderamente humano. Así, lo descubrimos a la luz de la Revelación del Hijo de Dios que elige la Sagrada Familia para crecer en su humanidad.

En el hogar familiar la persona reconoce su propia dignidad. Lejos de cualquier criterio de utilidad, en su familia el hombre es amado por sí mismo y no por la rentabilidad de lo que hace. Más allá de lo que pueda aportar por sus posesiones o por sus capacidades físicas, técnicas, intelectuales o las propias de su personalidad, la persona no es un medio al servicio del interés de otros; es un fin absoluto, amada por sí misma, de un modo fiel que permanece en el tiempo incluso con sus propias debilidades.

b) Aprender a acoger y acompañar la vida

La familia es el santuario de la vida donde cada miembro es reconocido como persona humana desde su concepción hasta su muerte natural y aprende a custodiar la vida en todos los momentos de su historia. La misión

de acoger y acompañar la vida es una labor permanente de la familia. Sin embargo, esta misión adquiere una relevancia singular en este momento en que muchas familias son afectadas dramáticamente por la crisis económica y, sobre todo, cuando han sido anunciadas reformas legislativas que ponen en peligro la vida naciente y terminal: el aborto y la eutanasia.

- En la familia, escuela de solidaridad, compartimos los bienes y sostenemos fraternalmente a los miembros más necesitados. Y es en el hogar familiar donde, frente a la posesión de muchos bienes materiales inducida por un consumismo desmedido, aprendemos lo que es verdaderamente importante: el amor.

- En la familia se percibe que cada hijo es un regalo de Dios otorgado a la mutua entrega de los padres, y se descubre la grandeza de la maternidad y de la paternidad. El reconocimiento de la vida como un don de Dios nos urge a pedir que no se prive a ningún niño de su derecho a nacer en una familia, y que toda madre encuentre en su hogar, en la Iglesia y en la sociedad las ayudas necesarias para tener y cuidar a sus hijos.

- En la familia y en la comunidad cristiana se encuentra la razón para vivir y seguir esperando. Todos, incluidos los que sufren por enfermedad, soledad o falta de esperanza, pueden hallar en la familia y en la Iglesia la certeza de

ser amados, y sobre todo la convicción del amor único e irreplicable de Dios que permanece más allá del pecado y de la muerte: «la verdadera, la gran esperanza del hombre que resiste a pesar de todas las desilusiones, sólo puede ser Dios, el Dios que nos ha amado y que nos sigue amando “hasta el extremo”, “hasta el total cumplimiento” (cf. *Jn* 13,1; 19,30)»².

c) Aprender a dar la propia vida

A través de las relaciones propias de la vida familiar descubrimos la llamada fundamental a dar una respuesta de amor para formar una comunión de personas. De esta manera, la familia se constituye en la escuela donde el hombre percibe que la propia realización personal pasa por el don de sí mismo a Cristo y a los demás, como advierte el Señor en el Evangelio: «porque el que quiera salvar su vida, la perderá y el que pierda su vida por mí, la salvará»³. El eco de estas palabras del Señor resuenan en la enseñanza del Concilio Vaticano II: «el hombre, única criatura en la tierra a la que Dios ha amado por sí mismo, no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás»⁴.

II. TRANSMISORA DE LA FE

La primera manifestación de la misión de la familia cristiana como iglesia doméstica es la transmisión de la fe⁵.

La experiencia del amor gratuito de los padres que ofrecen a los hijos la propia vida de un modo incondicionado, prepara para que el don de la fe recibido en el bautismo se desarrolle adecuadamente. Se dispone así a la persona para que pueda conocer y acoger el Amor de Dios Padre manifestado en la entrega de su Hijo, y construir la vida familiar en torno al Señor, presente en el hogar por la fuerza del sacramento del matrimonio.

En la familia cristiana descubrimos que formamos parte de una historia de amor que nos precede, no sólo por parte de los padres y abuelos sino, de un modo más fundamental, por parte de Dios según se ha manifestado en la historia de la salvación.

En la familia cristiana se descubre la fe como una verdad en la que *creer*, la verdad del Amor de Dios que implica la respuesta de toda la persona. Encontramos así la vocación propia de todo hombre, la llamada a entregar a Dios la propia vida.

En el hogar cristiano se descubre la fe como verdad que se ha de *celebrar* introduciendo a cada miembro en la vida de los sacramentos que acompañan los acontecimientos más fundamentales de la historia familiar. De un modo central la Eucaristía, porque hace presente la entrega esponsal de Cristo en la Cruz y enseña e impulsa a dar la vida por amor incluso en los momentos de dificultad o sufrimiento.

En la familia cristiana se descubre la fe como una verdad que se ha de *vivir* y, por lo tanto, que se ha de practicar en la vida, orientando y configurando la actuación concreta de cada miembro de la familia.

III. CONCLUSIÓN

Que la familia se constituye en la primera y más fundamental escuela de aprendizaje para ser persona es un hecho originario y, por lo tanto, insustituible. Así lo descubrimos a la luz del misterio del nacimiento del Hijo de Dios que contemplamos en la Navidad. La familia es el lugar elegido por Jesucristo para aprender a ser hombre: “el niño iba creciendo y se fortalecía, lleno de sabiduría, y la gracia de Dios estaba con él”¹⁶; es el reflejo en la tierra del misterio de Comunión eterna que Él vive en el seno de la Santísima Trinidad.

Rogamos a la Sagrada Familia que el encuentro mundial de las familias suponga una fuerte efusión del Espíritu para que Cristo sea la piedra angular sobre la que se construye el hogar cristiano. Nuestra oración se dirige especialmente a las madres que encuentran serias dificultades para dar a luz a sus hijos, a los ancianos y enfermos que ven mermada su esperanza y a los hogares que están sufriendo los efectos de la actual situación económica.

Rogamos también por los frutos de la especial celebración de la fiesta de la Sagrada Familia que por segunda vez

tendrá lugar este año en Madrid con la intervención del Papa a través de la televisión. Que el hogar de Nazaret sea la luz que guíe la vida de nuestras familias para que sean escuelas de humanidad y transmisoras de la fe.

Con nuestra bendición y afecto:

*Mons. Julián Barrio Barrio,
Presidente de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar*

*Mons. Juan Antonio Reig Pla,
Presidente de la Subcomisión de Familia y Vida*

Mons. Francisco Gil Hellín

Mons. Vicente Juan Segura

Mons. Manuel Sánchez Monge

Mons. Mario Iceta Gavicagogeascoa

Mons. Gerardo Melgar Viciosa

NOTAS:

- 1 Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy *Gaudium et spes*, 52.
- 2 *Benedicto XVI, Spe salvi*, 27.
- 3 *Lc 9*, 24.
- 4 *Gaudium et spes*, 24. De esta manera, la familia es la escuela en la que se forja la libertad orientada por la verdad del amor: «la libertad se fundamenta, pues, en la verdad del hombre y tiende a la comunión» (*Veritatis splendor*, 86).
- 5 Cf. Conferencia Episcopal Española, *Directorio de la pastoral familiar de la Iglesia en España*, 66.
- 6 *Lc 2*, 40



IGLESIA UNIVERSAL

IGLESIA UNIVERSAL**SANTO PADRE, BENEDICTO XVI****ÁNGELUS**

Plaza de San Pedro. I Domingo de Adviento, 30 de noviembre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy, con el primer domingo de Adviento, comenzamos un nuevo año litúrgico. Este hecho nos invita a reflexionar sobre la dimensión del tiempo, que siempre ejerce en nosotros una gran fascinación. Sin embargo, siguiendo el ejemplo de lo que solía hacer Jesús, deseo partir de una constatación muy concreta: todos decimos que “nos falta tiempo”, porque el ritmo de la vida diaria se ha vuelto frenético para todos.

También a este respecto, la Iglesia tiene una “buena nueva” que anunciar: Dios nos da *su* tiempo. Nosotros tenemos siempre poco tiempo; especialmente para el Señor no sabemos, o a veces no queremos, encontrarlo. Pues bien, *Dios tiene tiempo para nosotros*. Esto es lo primero que el inicio de un año litúrgico nos hace redescubrir con una admiración siempre nueva. Sí, Dios nos da su tiempo, pues ha entrado en la historia con su palabra y con sus obras de salvación, para abrirla a lo eterno, para convertirla en historia de alianza. Desde esta perspectiva,

el tiempo ya es en sí mismo un signo fundamental del amor de Dios: un don que el hombre puede valorar, como cualquier otra cosa, o por el contrario desaprovechar; captar su significado o descuidarlo con necia superficialidad.

Además, el tiempo de la historia de la salvación se articula en tres grandes “momentos”: al inicio, la creación; en el centro, la encarnación-redención; y al final, la “parusía”, la venida final, que comprende también el juicio universal. Pero estos tres momentos no deben entenderse simplemente en sucesión cronológica. Ciertamente, la creación está en el origen de todo, pero también es continua y se realiza a lo largo de todo el arco del devenir cósmico, hasta el final de los tiempos. Del mismo modo, la encarnación-redención, aunque tuvo lugar en un momento histórico determinado -el período del paso de Jesús por la tierra-, extiende su radio de acción a todo el tiempo precedente y a todo el siguiente. A su vez, la última venida y el juicio final, que precisamente tuvieron una anticipación decisiva en la cruz de Cristo, influyen en la conducta de los hombres de todas las épocas.

El tiempo litúrgico de Adviento celebra la venida de Dios en sus dos mo-

mentos: primero, nos invita a esperar la vuelta gloriosa de Cristo; después, al acercarse la Navidad, nos llama a acoger al Verbo encarnado por nuestra salvación. Pero el Señor viene continuamente a nuestra vida.

Por tanto, es muy oportuna la exhortación de Jesús, que en este primer domingo se nos vuelve a proponer con fuerza: “Velad” (*Mc 13, 33.35.37*). Se dirige a los discípulos, pero también “a todos”, porque cada uno, en la hora que sólo Dios conoce, será llamado a rendir cuentas de su existencia. Esto implica un justo desapego de los bienes terrenos, un sincero arrepentimiento de los propios errores, una caridad activa con el prójimo y, sobre todo, un abandono humilde y confiado en las manos de Dios, nuestro Padre tierno y misericordioso. La Virgen María, Madre de Jesús, es icono del Adviento. Invoquémosla para que también a nosotros nos ayude a convertirnos en prolongación de la humanidad para el Señor que viene.

II Domingo de Adviento, 7 de diciembre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Desde hace una semana, estamos viendo el tiempo litúrgico de Adviento: tiempo de apertura al futuro de Dios, tiempo de preparación para la santa Navidad, cuando él, el Señor, que es

la novedad absoluta, vino a habitar en medio de esta humanidad decaída para renovarla desde dentro. En la liturgia de Adviento, resuena un mensaje lleno de esperanza, que invita a levantar la mirada al horizonte último, pero, al mismo tiempo, a reconocer en el presente los signos del Dios-con-nosotros.

En este segundo domingo de Adviento la Palabra de Dios asume el tono conmovedor del así llamado *segundo Isaías*, que a los israelitas, probados durante decenios de amargo exilio en Babilonia, les anunció finalmente la liberación: “Consolad, consolad a mi pueblo -dice el profeta en nombre de Dios-. Hablad al corazón de Jerusalén, decidle bien alto que ya ha cumplido su tribulación” (*Is 40, 1-2*). Esto es lo que quiere hacer el Señor en Adviento: hablar al corazón de su pueblo y, a través de él, a toda la humanidad, para anunciarle la salvación.

También hoy se eleva la voz de la Iglesia: “En el desierto, preparadle un camino al Señor” (*Is 40, 3*). Para las poblaciones agotadas por la miseria y el hambre, para las multitudes de prófugos, para cuantos sufren graves y sistemáticas violaciones de sus derechos, la Iglesia se pone como centinela sobre el monte alto de la fe y anuncia: “Aquí está vuestro Dios. Mirad: Dios, el Señor, llega con fuerza” (*Is 40, 11*).

Este anuncio profético se realizó en Jesucristo. Él, con su predicación y después con su muerte y resurrección

ción, cumplió las antiguas promesas, revelando una perspectiva más profunda y universal. Inauguró un éxodo ya no sólo terreno, histórico y como tal provisional, sino radical y definitivo: el paso del reino del mal al reino de Dios, del dominio del pecado y la muerte al del amor y la vida. Por tanto, la esperanza cristiana va más allá de la legítima esperanza de una liberación social y política, porque lo que Jesús inició es una humanidad nueva, que viene “de Dios”, pero al mismo tiempo germina en nuestra tierra, en la medida en que se deja fecundar por el Espíritu del Señor. Por tanto, se trata de entrar plenamente en la lógica de la fe: creer en Dios, en su designio de salvación, y al mismo tiempo comprometerse en la construcción de su reino. En efecto, la justicia y la paz son un don de Dios, pero requieren hombres y mujeres que sean “tierra buena”, dispuesta a acoger la buena semilla de su Palabra.

Primicia de esta nueva humanidad es Jesús, Hijo de Dios e hijo de María. Ella, la Virgen Madre, es el “camino” que Dios mismo se preparó para venir al mundo. Con toda su humildad, María camina a la cabeza del nuevo Israel en el éxodo de todo exilio, de toda opresión, de toda esclavitud moral y material, hacia “los nuevos cielos y la nueva tierra, en los que habita la justicia” (2 P 3, 13). A su intercesión materna encomendamos las esperanza de paz y de salvación de los hombres de nuestro tiempo.

Plaza de San Pedro. Lunes, 8 de diciembre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

El misterio de la Inmaculada Concepción de María, que hoy celebramos solemnemente, nos recuerda dos verdades fundamentales de nuestra fe: ante todo, el pecado original y, después, la victoria de la gracia de Cristo sobre él, victoria que resplandece de modo sublime en María santísima. Por desgracia, la existencia de lo que la Iglesia llama “pecado original” es de una evidencia aplastante: basta mirar nuestro entorno y sobre todo dentro de nosotros mismos.

En efecto, la experiencia del mal es tan consistente, que se impone por sí misma y suscita en nosotros la pregunta: ¿de dónde procede? Especialmente para un creyente, el interrogante es aún más profundo: si Dios, que es Bondad absoluta, lo ha creado todo, ¿de dónde viene el mal? Las primeras páginas de la Biblia (*Gn* 1-3) responden precisamente a esta pregunta fundamental, que interpela a cada generación humana, con el relato de la creación y de la caída de nuestros primeros padres: Dios creó todo para que exista; en particular, creó al hombre a su propia imagen; no creó la muerte, sino que ésta entró en el mundo por envidia del diablo (cf. *Sb* 1, 13-14; 2, 23-24), el cual, rebelándose contra Dios, engañó también a los hombres, induciéndolos a la rebelión. Es el drama de la libertad, que Dios

acepta hasta el fondo por amor, pero prometiendo que habrá un hijo de mujer que aplastará la cabeza de la antigua serpiente (*Gn 3, 15*).

Así pues, desde el principio, el “eterno consejo” -como diría Dante- tiene un “término fijo” (*Paraíso*, XXXIII, 3): la Mujer predestinada a ser madre del Redentor, madre de Aquel que se humilló hasta el extremo para devolvernos a nuestra dignidad original. Esta Mujer, a los ojos de Dios, tiene desde siempre un rostro y un nombre: “Llena de gracia” (*Lc 1, 28*), como la llamó el ángel al visitarla en Nazaret. Es la nueva Eva, esposa del nuevo Adán, destinada a ser madre de todos los redimidos. San Andrés de Creta escribió: “La *Theotókos* María, el refugio común de todos los cristianos, fue la primera en ser liberada de la primitiva caída de nuestros primeros padres” (*Homilía IV sobre la Navidad*, PG 97, 880 A). Y la liturgia de hoy afirma que Dios “preparó una digna morada para su Hijo y, en previsión de su muerte, la preservó de toda mancha de pecado” (*Oración Colecta*).

Queridos hermanos, en María Inmaculada contemplamos el reflejo de la Belleza que salva al mundo: la belleza de Dios que resplandece en el rostro de Cristo. En María esta belleza es totalmente pura, humilde, sin soberbia ni presunción. Así, se mostró la Virgen a santa Bernardita, hace 150 años, en Lourdes, y así se la venera en numerosos santuarios. Hoy, por la tarde,

siguiendo la tradición, también yo le rendiré homenaje ante el monumento dedicado a ella en la plaza de España. Invoquemos ahora con confianza a la Virgen Inmaculada, repitiendo con el Ángelus las palabras del Evangelio, que la liturgia de hoy propone para nuestra meditación.

Domingo, 14 de diciembre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Este domingo, tercero del tiempo de Adviento, se llama domingo “*Gaudete*”, “estad alegres”, porque la antifona de entrada de la santa misa retoma una expresión de san Pablo en la *carta a los Filipenses*, que dice así: “Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito: estad alegres”. E inmediatamente después añade el motivo: “El Señor está cerca” (*Flp 4, 4-5*). Ésta es la razón de nuestra alegría. Pero ¿qué significa que “el Señor está cerca”? ¿En qué sentido debemos entender esta “cercanía” de Dios?

El apóstol san Pablo, al escribir a los cristianos de Filipos, piensa evidentemente en la vuelta de Cristo, y los invita a alegrarse porque es segura. Sin embargo, el mismo san Pablo, en su *carta a los Tesalonicenses*, advierte que nadie puede conocer el momento de la venida del Señor (cf. *1 Ts 5, 1-2*), y pone en guardia contra cualquier alarmismo, como si la vuelta de Cristo fuera inminente (cf. *2 Ts 2, 1-2*). Así,

ya entonces, la Iglesia, iluminada por el Espíritu Santo, comprendía cada vez mejor que la “cercanía” de Dios no es una cuestión de espacio y de tiempo, sino más bien una cuestión de amor: el amor acerca. La próxima Navidad nos recordará esta verdad fundamental de nuestra fe y, ante el belén, podremos gustar la alegría cristiana, contemplando en Jesús recién nacido el rostro de Dios que por amor se acercó a nosotros.

A esta luz, para mí es un verdadero placer renovar la hermosa tradición de la bendición de las estatuillas del Niño Jesús que se pondrán en el belén. Me dirijo en particular a vosotros, queridos muchachos y muchachas de Roma, que habéis venido esta mañana con vuestras estatuillas del Niño Jesús, que ahora bendigo. Os invito a uniros a mí siguiendo atentamente esta oración:

Dios, Padre nuestro, tú has amado tanto a los hombres que nos has mandado a tu Hijo único Jesús, nacido de la Virgen María, para salvarnos y guiarnos de nuevo a ti.

Te pedimos que, con tu bendición, estas imágenes de Jesús, que está a punto de venir a nosotros, sean en nuestros hogares signo de tu presencia y de tu amor.

Padre bueno, bendícenos también a nosotros, a nuestros padres, a nuestras familias y a nuestros amigos.

Abre nuestro corazón, para que recibamos a Jesús con alegría, para que hagamos siempre lo que él nos pide y lo veamos en todos los que necesitan nuestro amor.

Te lo pedimos en nombre de Jesús, tu Hijo amado, que viene para dar al mundo la paz.

Él vive y reina por los siglos de los siglos.

Amén.

Y ahora recemos juntos la oración del *Ángelus Domini*, invocando la intercesión de María para que Jesús, que al nacer trae a los hombres la bendición de Dios, sea acogido con amor en todos los hogares de Roma y del mundo.

AUDIENCIAS GENERALES

Miércoles, 3 de diciembre de 2008

El pecado original en la enseñanza de san Pablo

Queridos hermanos y hermanas:

En la catequesis de hoy trataremos sobre las relaciones entre Adán y Cristo,

delineadas por san Pablo en la conocida página de la *carta a los Romanos* (*Rm* 5, 12-21), en la que entrega a la Iglesia las líneas esenciales de la doctrina sobre el pecado original. En verdad, ya en la primera *carta a los Corintios*, tratando sobre la fe en la resurrección, san Pablo había introducido la confrontación entre el primer padre y Cristo: “Pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo. (...) Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida” (*1 Co* 15, 22.45). Con *Rm* 5, 12-21 la confrontación entre Cristo y Adán se hace más articulada e iluminadora: san Pablo recorre la historia de la salvación desde Adán hasta la Ley y desde ésta hasta Cristo. En el centro de la escena no se encuentra Adán, con las consecuencias del pecado sobre la humanidad, sino Jesucristo y la gracia que, mediante él, ha sido derramada abundantemente sobre la humanidad. La repetición del “mucho más” referido a Cristo subraya cómo el don recibido en él sobrepasa con mucho al pecado de Adán y sus consecuencias sobre la humanidad, hasta el punto de que san Pablo puede llegar a la conclusión: “Pero donde abundó el pecado sobreabundó la gracia” (*Rm* 5, 20). Por tanto, la confrontación que san Pablo traza entre Adán y Cristo pone de manifiesto la inferioridad del primer hombre respecto a la superioridad del segundo.

Por otro lado, para poner de relieve el inconmensurable don de la gracia,

en Cristo, san Pablo alude al pecado de Adán: se podría decir que, si no hubiera sido para demostrar la centralidad de la gracia, él no se habría entretenido en hablar del pecado que “a causa de un solo hombre entró en el mundo y, con el pecado, la muerte” (*Rm* 5, 12). Por eso, si en la fe de la Iglesia ha madurado la conciencia del dogma del pecado original, es porque éste está inseparablemente vinculado a otro dogma, el de la salvación y la libertad en Cristo. Como consecuencia, nunca deberíamos tratar sobre el pecado de Adán y de la humanidad separándolos del contexto de la salvación, es decir, sin situarlos en el horizonte de la justificación en Cristo.

Pero, como hombres de hoy, debemos preguntarnos: ¿Qué es el pecado original? ¿Qué enseña san Pablo? ¿Qué enseña la Iglesia? ¿Es sostenible también hoy esta doctrina? Muchos piensan que, a la luz de la historia de la evolución, no habría ya lugar para la doctrina de un primer pecado, que después se difundiría en toda la historia de la humanidad. Y, en consecuencia, también la cuestión de la Redención y del Redentor perdería su fundamento. Por tanto: ¿existe el pecado original o no?

Para poder responder debemos distinguir dos aspectos de la doctrina sobre el pecado original. Existe un aspecto empírico, es decir, una realidad concreta, visible -yo diría, tangible- para todos; y un aspecto misterioso,

que concierne al fundamento ontológico de este hecho. El dato empírico es que existe una contradicción en nuestro ser. Por una parte, todo hombre sabe que debe hacer el bien e íntimamente también lo quiere hacer. Pero, al mismo tiempo, siente otro impulso a hacer lo contrario, a seguir el camino del egoísmo, de la violencia, a hacer sólo lo que le agrada, aun sabiendo que así actúa contra el bien, contra Dios y contra el prójimo.

San Pablo en su *carta a los Romanos* expresó esta contradicción en nuestro ser con estas palabras: “Querer el bien lo tengo a mi alcance, mas no el realizarlo, puesto que no hago el bien que quiero, sino que obro el mal que no quiero” (*Rm 7, 18-19*). Esta contradicción interior de nuestro ser no es una teoría. Cada uno de nosotros la experimenta todos los días. Y sobre todo vemos siempre cómo en torno a nosotros prevalece esta segunda voluntad. Basta pensar en las noticias diarias sobre injusticias, violencia, mentira, lujuria. Lo vemos cada día: es un hecho.

Como consecuencia de este poder del mal en nuestra alma, se ha desarrollado en la historia un río sucio, que envenena la geografía de la historia humana. El gran pensador francés Blaise Pascal habló de una “segunda naturaleza”, que se superpone a nuestra naturaleza originaria, buena. Esta “segunda naturaleza” nos presenta el mal como algo normal para el hombre. Así también la típica expresión “esto es

humano” tiene un doble significado. “Esto es humano” puede querer decir: este hombre es bueno, realmente actúa como debería actuar un hombre. Pero “esto es humano” puede también querer decir algo falso: el mal es normal, es humano. El mal parece haberse convertido en una segunda naturaleza. Esta contradicción del ser humano, de nuestra historia, debe provocar, y provoca también hoy, el deseo de redención. En realidad, el deseo de que el mundo cambie y la promesa de que se creará un mundo de justicia, de paz y de bien, está presente en todas partes: por ejemplo, en la política, todos hablan de la necesidad de cambiar el mundo, de crear un mundo más justo. Y precisamente esto es expresión del deseo de que haya una liberación de la contradicción que experimentamos en nosotros mismos.

Por tanto, el hecho del poder del mal en el corazón humano y en la historia humana es innegable. La cuestión es: ¿Cómo se explica este mal? En la historia del pensamiento, prescindiendo de la fe cristiana, existe un modelo principal de explicación, con algunas variaciones. Este modelo dice: el ser mismo es contradictorio, lleva en sí tanto el bien como el mal. En la antigüedad esta idea implicaba la opinión de que existían dos principios igualmente originarios: un principio bueno y un principio malo. Este dualismo sería insuperable: los dos principios están al mismo nivel, y por ello existirá siempre, desde el origen del ser, esta contradicción.

Así pues, la contradicción de nuestro ser reflejaría sólo la contrariedad de los dos principios divinos, por decirlo así.

En la versión evolucionista, atea, del mundo vuelve de un modo nuevo esa misma visión. Aunque, en esa concepción, la visión del ser es monista, se supone que el ser como tal desde el principio lleva en sí el bien y el mal. El ser mismo no es simplemente bueno, sino abierto al bien y al mal. El mal es tan originario como el bien. Y la historia humana desarrollaría solamente el modelo ya presente en toda la evolución precedente. Lo que los cristianos llaman pecado original sólo sería en realidad el carácter mixto del ser, una mezcla de bien y de mal que, según esta teoría, pertenecería a la naturaleza misma del ser. En el fondo, es una visión desesperada: si es así, el mal es invencible. Al final sólo cuenta el propio interés. Y todo progreso habría que pagarlo necesariamente con un río de mal, y quien quisiera servir al progreso debería aceptar pagar este precio. La política, en el fondo, está planteada sobre estas premisas, y vemos sus efectos. Este pensamiento moderno, al final, sólo puede crear tristeza y cinismo.

Así, preguntamos de nuevo: ¿Qué dice la fe, atestiguada por san Pablo? Como primer punto, la fe confirma el hecho de la competición entre ambas naturalezas, el hecho de este mal cuya sombra pesa sobre toda la creación. Hemos escuchado el capítulo 7 de la *carta a los Romanos*, pero podríamos añadir

el capítulo 8. El mal existe, sencillamente. Como explicación, en contraste con los dualismos y los monismos que hemos considerado brevemente y que nos han parecido desoladores, la fe nos dice: existen dos misterios de luz y un misterio de noche, que sin embargo está rodeado por los misterios de luz. El primer misterio de luz es éste: la fe nos dice que no hay dos principios, uno bueno y uno malo, sino que hay un solo principio, el Dios creador, y este principio es bueno, sólo bueno, sin sombra de mal. Por eso, tampoco el ser es una mezcla de bien y de mal; el ser como tal es bueno y por eso es un bien existir, es un bien vivir. Este es el gozoso anuncio de la fe: sólo hay una fuente buena, el Creador. Así pues, vivir es un bien; ser hombre, mujer, es algo bueno; la vida es un bien. Después sigue un misterio de oscuridad, de noche. El mal no viene de la fuente del ser mismo, no es igualmente originario. El mal viene de una libertad creada, de una libertad que abusa.

¿Cómo ha sido posible, cómo ha sucedido? Esto permanece oscuro. El mal no es lógico. Sólo Dios y el bien son lógicos, son luz. El mal permanece misterioso. Se lo representa con grandes imágenes, como lo hace el capítulo 3 del *Génesis*, con la visión de los dos árboles, de la serpiente, del hombre pecador. Una gran imagen que nos hace adivinar, pero que no puede explicar lo que es en sí mismo ilógico. Podemos adivinar, no explicar; ni siquiera podemos narrarlo como un hecho jun-

to a otro, porque es una realidad más profunda. Sigue siendo un misterio de oscuridad, de noche.

Pero se le añade inmediatamente un misterio de luz. El mal viene de una fuente subordinada. Dios con su luz es más fuerte. Por eso, el mal puede ser superado. Por eso la criatura, el hombre, es curable. Las visiones dualistas, incluido el monismo del evolucionismo, no pueden decir que el hombre es curable; pero si el mal procede sólo de una fuente subordinada, es cierto que el hombre puede curarse. Y el libro de la Sabiduría dice: “Las criaturas del mundo son saludables” (*Sb* 1, 14).

Y finalmente, como último punto, el hombre no sólo se puede curar, de hecho está curado. Dios ha introducido la curación. Ha entrado personalmente en la historia. A la permanente fuente del mal ha opuesto una fuente de puro bien. Cristo crucificado y resucitado, nuevo Adán, opone al río sucio del mal un río de luz. Y este río está presente en la historia: son los santos, los grandes santos, pero también los santos humildes, los simples fieles. El río de luz que procede de Cristo está presente, es poderoso.

Hermanos y hermanas, es tiempo de Adviento. En el lenguaje de la Iglesia la palabra Adviento tiene dos significados: presencia y espera. Presencia: la luz está presente, Cristo es el nuevo Adán, está con nosotros y en medio de nosotros. Ya brilla la luz y debemos abrir los ojos

del corazón para verla, para introducirnos en el río de la luz. Sobre todo, debemos agradecer el hecho de que Dios mismo ha entrado en la historia como nueva fuente de bien. Pero Adviento quiere decir también espera. La noche oscura del mal es aún fuerte. Por ello, rezamos en Adviento con el antiguo pueblo de Dios: “*Rorate caeli desuper*”. Y oramos con insistencia: Ven Jesús; ven, da fuerza a la luz y al bien; ven a donde domina la mentira, la ignorancia de Dios, la violencia, la injusticia; ven, Señor Jesús, da fuerza al bien en el mundo y ayúdanos a ser portadores de tu luz, agentes de paz, testigos de la verdad. ¡Ven, Señor Jesús!

Miércoles, 10 de diciembre de 2008

El papel de los sacramentos

Queridos hermanos y hermanas:

Siguiendo a san Pablo, en la catequesis del miércoles pasado vimos dos datos. El primero es que nuestra historia humana, desde sus inicios, está contaminada por el abuso de la libertad creada, que quiere emanciparse de la Voluntad divina. Y así, no encuentra la verdadera libertad, sino que se opone a la verdad y, en consecuencia, falsifica nuestras realidades humanas. Y falsifica, sobre todo, las relaciones fundamentales: la relación con Dios, la relación entre hombre y mujer, y la relación entre el hombre y la tierra.

Dijimos que esta contaminación de nuestra historia se difunde en todo su entramado y que este defecto heredado fue aumentando y ahora es visible por doquier. Éste era el primer dato.

El segundo es éste: de san Pablo hemos aprendido que en Jesucristo, que es hombre y Dios, existe un nuevo inicio *en la historia y de la historia*. Con Jesús, que viene de Dios, comienza una nueva historia formada por su sí al Padre y, por eso, no fundada en la soberbia de una falsa emancipación, sino en el amor y en la verdad.

Pero ahora se plantea la cuestión: ¿Cómo podemos entrar nosotros en este nuevo inicio, en esta nueva historia? ¿Cómo me llega a mí esta nueva historia? A la primera historia contaminada estamos vinculados inevitablemente por nuestra descendencia biológica, pues todos pertenecemos al único cuerpo de la humanidad. Pero, ¿cómo se realiza la comunión con Jesús, el nuevo nacimiento para entrar a formar parte de la nueva humanidad? ¿Cómo llega Jesús a mi vida, a mi ser? La respuesta fundamental de san Pablo, de todo el Nuevo Testamento, es ésta: llega por obra del Espíritu Santo. Si la primera historia se pone en marcha, por decirlo así, con la biología, la segunda la pone en marcha el Espíritu Santo, el Espíritu de Cristo resucitado. Este Espíritu creó en Pentecostés el inicio de la nueva humanidad, de la nueva comunidad, la Iglesia, el Cuerpo de Cristo.

Pero debemos ser aún más concretos: este Espíritu de Cristo, el Espíritu Santo, ¿cómo puede llegar a ser Espíritu mío? La respuesta es lo que acontece de tres modos, íntimamente relacionados entre sí. El primero es: el Espíritu de Cristo llama a las puertas de mi corazón, me toca en mi interior. Pero, dado que la nueva humanidad debe ser un verdadero cuerpo; dado que el Espíritu debe reunirnos y crear realmente una comunidad; dado que es característico del nuevo inicio superar las divisiones y crear la agregación de los elementos dispersos, este Espíritu de Cristo se sirve de dos elementos de agregación visible: de la Palabra del anuncio y de los sacramentos, en particular el Bautismo y la Eucaristía.

En la *carta a los Romanos* dice san Pablo: “Si confiesas con tu boca que Jesús es Señor y crees en tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo” (*Rm* 10, 9), es decir, entrarás en la nueva historia, historia de vida y no de muerte. Luego san Pablo, prosigue: “Pero ¿cómo invocarán a aquél en quien no han creído? ¿Cómo creerán en aquél a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados?” (*Rm* 10, 14-15). Y dos versículos después añade: “La fe viene de la escucha” (*Rm* 10, 17).

Así pues, la fe no es producto de nuestro pensamiento, de nuestra reflexión; es algo nuevo, que no podemos inventar, sino que recibimos como

don, como una novedad producida por Dios. Y la fe no viene de la lectura, sino de la escucha. No es algo sólo interior, sino una relación con Alguien. Supone un encuentro con el anuncio, supone la existencia de otro que anuncia y crea comunión.

Y, por último, el anuncio: el que anuncia no habla en nombre propio, sino que es enviado. Está dentro de una estructura de misión que comienza con Jesús, enviado por el Padre; pasa por los Apóstoles -la palabra *apóstoles* significa precisamente “enviados”-; y prosigue en el ministerio, en las misiones transmitidas por los Apóstoles. El nuevo entramado de la historia se manifiesta en esta estructura de las misiones, en la que en definitiva escuchamos que nos habla Dios mismo, su Palabra personal; el Hijo habla con nosotros, llega hasta nosotros. La Palabra se hizo carne, Jesús, para crear realmente una nueva humanidad. Por eso, la palabra del anuncio se transforma en sacramento en el Bautismo, que es volver a nacer del agua y del Espíritu, como dirá san Juan.

En el capítulo sexto de la *carta a los Romanos*, san Pablo habla del Bautismo de un modo muy profundo. Hemos escuchado el texto. Pero tal vez conviene repetirlo: “¿Ignoráis que cuantos fuimos bautizados en Cristo Jesús, fuimos bautizados en su muerte? Fuimos, pues, con él sepultados por el Bautismo en la muerte, a fin de que, al igual que Cristo fue resucitado de entre los

muertos por medio de la gloria del Padre, así también nosotros vivamos una vida nueva” (*Rm* 6, 3-4).

Naturalmente, en esta catequesis no puedo entrar en una interpretación detallada de este texto no fácil. Sólo quiero notar brevemente tres datos. El primero: “Hemos sido bautizados” es voz pasiva. Nadie puede bautizarse a sí mismo, necesita a otro. Nadie puede hacerse cristiano por sí mismo. Llegar a ser cristianos es un proceso pasivo. Sólo otro nos puede hacer cristianos. Y este “otro” que nos hace cristianos, que nos da el don de la fe, es en primera instancia la comunidad de los creyentes, la Iglesia. De la Iglesia recibimos la fe, el Bautismo. Si no nos dejamos formar por esta comunidad, no llegamos a ser cristianos. Un cristianismo autónomo, auto-producido, es una contradicción en sí mismo.

Como acabo de decir, en primera instancia, este “otro” es la comunidad de los creyentes, la Iglesia; pero en segunda instancia, esta comunidad tampoco actúa por sí misma, no actúa según sus propias ideas y deseos. También la comunidad vive en el mismo proceso pasivo: sólo Cristo puede constituir a la Iglesia. Cristo es el verdadero donante de los sacramentos. Éste es el primer punto: nadie se bautiza a sí mismo; nadie se hace a sí mismo cristiano. Cristianos se llega a ser.

El segundo dato es éste: el Bautismo es algo más que un baño. Es muerte y

resurrección. San Pablo mismo, en la *carta a los Gálatas*, hablando del viraje de su vida que se produjo en el encuentro con Cristo resucitado, lo describe con la palabra: “estoy muerto”. En ese momento comienza realmente una nueva vida. Llegar a ser cristianos es algo más que una operación cosmética, que añadiría algo de belleza a una existencia ya más o menos completa. Es un nuevo inicio, es volver a nacer: muerte y resurrección. Obviamente, en la resurrección vuelve a emerger lo que había de bueno en la existencia anterior.

El tercer dato es: la materia forma parte del sacramento. El cristianismo no es una realidad puramente espiritual. Implica el cuerpo. Implica el cosmos. Se extiende hacia la nueva tierra y los nuevos cielos. Volvamos a las últimas palabras del texto de san Pablo: así -dice- podemos “caminar en una vida nueva”. Se trata de un punto de examen de conciencia para todos nosotros: caminar en una vida nueva. Esto por el Bautismo.

Pasemos ahora al sacramento de la Eucaristía. En otras catequesis ya he puesto de relieve el profundo respeto con el que san Pablo transmite verbalmente la tradición sobre la Eucaristía, que recibió de los mismos testigos de la última noche. Transmite esas palabras como un valioso tesoro encomendado a su fidelidad. Así, en esas palabras escuchamos realmente a los testigos de la última noche. Escuchemos las palabras del Apóstol: “Porque yo recibí del Señor lo que os he transmitido: que el

Señor Jesús, la noche en que fue entregado, tomó pan, y después de dar gracias, lo partió y dijo: “Esto es mi cuerpo, que se da por vosotros; haced esto en memoria mía”. Asimismo, después de cenar, tomó el cáliz diciendo: “Este cáliz es la nueva alianza en mi sangre. Cuantas veces lo bebáis, hacedlo en memoria mía”” (1 Co 11, 23-25). Es un texto inagotable.

También aquí, en esta catequesis, hago sólo dos observaciones. San Pablo transmite las palabras del Señor sobre el cáliz así: este cáliz es “la nueva alianza en mi sangre”. En estas palabras se esconde una alusión a dos textos fundamentales del Antiguo Testamento. En primer lugar se alude a la promesa de una nueva alianza en el *Libro del profeta Jeremías*. Jesús dice a los discípulos y nos dice a nosotros: ahora, en esta hora, conmigo y con mi muerte se realiza la nueva alianza; con mi sangre comienza en el mundo esta nueva historia de la humanidad.

Pero en esas palabras también se encuentra una alusión al momento de la alianza del Sinaí, donde Moisés dijo: “Ésta es la sangre de la alianza que el Señor ha hecho con vosotros, según todas estas palabras” (Ex 24, 8). Allí se trataba de sangre de animales. La sangre de animales sólo podía ser expresión de un deseo, espera del verdadero sacrificio, del verdadero culto. Con el don del cáliz, el Señor nos da el verdadero sacrificio. El único sacrificio verdadero es el amor del Hijo. Con el

don de este amor, un amor eterno, el mundo entra en la nueva alianza. Celebrar la Eucaristía significa que Cristo se nos da a sí mismo, nos da su amor, para conformarnos a sí mismo y para crear así el mundo nuevo.

El segundo aspecto importante de la doctrina sobre la Eucaristía se encuentra también en la primera *carta a los Corintios* donde san Pablo dice: “El cáliz de bendición que bendecimos, ¿no es acaso comunión con la sangre de Cristo? Y el pan que partimos, ¿no es comunión con el cuerpo de Cristo? Porque, dado que hay un solo pan, nosotros, aun siendo muchos, somos un solo cuerpo, pues todos participamos de un solo pan” (1 Co 10, 16-17). En estas palabras se ponen de manifiesto a la vez el carácter personal y el carácter social del sacramento de la Eucaristía.

Cristo se une personalmente a cada uno de nosotros, pero el mismo Cristo se une también al hombre y a la mujer que están a mi lado. Y el pan es para mí y también para los otros. De este modo Cristo nos une a todos a sí, y nos une a todos nosotros, unos con otros. En la Comunión recibimos a Cristo. Pero Cristo se une también a mi prójimo. Cristo y el prójimo son inseparables en la Eucaristía. Así, todos somos un solo pan, un solo cuerpo. Una Eucaristía sin solidaridad con los demás es un abuso. Y aquí estamos también en la raíz y a la vez en el centro de la doctrina sobre la Iglesia como Cuerpo de Cristo, de Cristo resucitado.

Veamos también todo el realismo de esta doctrina. En la Eucaristía Cristo nos da su cuerpo, se da a sí mismo en su cuerpo y así nos transforma en su cuerpo, nos une a su cuerpo resucitado. Cuando el hombre come pan normal, por el proceso de la digestión ese pan se convierte en parte de su cuerpo, transformado en sustancia de vida humana. Pero en la sagrada Comunión se realiza el proceso inverso. Cristo, el Señor, nos asimila a sí, nos introduce en su Cuerpo glorioso y así todos juntos llegamos a ser su Cuerpo.

Quien lee solamente el capítulo 12 de la primera *carta a los Corintios* y el capítulo 12 de la *carta a los Romanos* podría pensar que las palabras sobre el Cuerpo de Cristo como organismo de los carismas constituyen sólo una especie de parábola sociológico-teológica. En realidad, en el ámbito romano de la política, el Estado mismo usaba esta parábola del cuerpo con miembros diversos que forman una unidad, para decir que el Estado es un organismo en el que cada uno tiene una función, que la multiplicidad y la diversidad de funciones forman un cuerpo y en él cada uno tiene su lugar.

Leyendo solamente el capítulo 12 de la primera *carta a los Corintios*, se podría pensar que san Pablo se limita a aplicar esto a la Iglesia, que también se trata sólo de una concepción sociológica de la Iglesia. Pero, teniendo presente también el capítulo 10, vemos que el realismo de la Iglesia es muy diferen-

te, mucho más profundo y verdadero que el de un Estado-organismo. Porque Cristo da realmente su cuerpo y nos hace su cuerpo. Llegamos a estar realmente unidos al Cuerpo resucitado de Cristo, y así unidos unos a otros. La Iglesia no es sólo una corporación como el Estado, es un cuerpo. No es simplemente una organización, sino un verdadero organismo.

Por último, añado unas pocas palabras sobre el sacramento del Matrimonio. En la *carta a los Corintios* se encuentran sólo algunas alusiones, mientras que la *carta a los Efesios* desarrolló realmente una profunda teología del Matrimonio. En ella san Pablo define el Matrimonio: un “gran misterio”. Lo dice “respecto a Cristo y la Iglesia” (*Ef5, 32*). Conviene notar en este paso una reciprocidad que se configura en una dimensión vertical. La sumisión mutua debe adoptar el lenguaje del amor, cuyo modelo es el amor de Cristo a la Iglesia. Esta relación entre Cristo y la Iglesia hace que tenga prioridad el aspecto teológico del amor matrimonial, exalta la relación afectiva entre los esposos.

Un auténtico matrimonio se vivirá bien si en el crecimiento humano y afectivo constante los esposos se esfuerzan por mantenerse siempre unidos a la eficacia de la Palabra y al significado del Bautismo. Cristo ha santificado a la Iglesia, purificándola por medio del baño del agua, acompañado por la Palabra. La participación en el cuerpo y la

sangre del Señor no hace más que fortificar, además de visualizar, una unión hecha indisoluble por la gracia.

Yal final, escuchemos las palabras de san Pablo a los Filipenses: “El Señor está cerca” (*Flp 4, 5*). Me parece que hemos entendido que, mediante la Palabra y los sacramentos, en toda nuestra vida, el Señor está cerca. Pidámosle que esta cercanía siempre nos toque en lo más íntimo de nuestro ser, a fin de que nazca la alegría, la alegría que nace cuando Jesús está realmente cerca.

Miércoles, 17 de diciembre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Hoy comienza la novena de Navidad, que nos prepara inmediatamente para la fiesta en la que conmemoramos el nacimiento del Señor, fiesta que canta también el don de la vida. La contemplación del Niño Dios en el pesebre nos hace pensar en los niños pobres, en los que, concebidos, son rechazados o, apenas nacidos, no tienen medios para sobrevivir. Descubramos los auténticos valores de la Navidad, dejando de lado todo lo que ensombrece su genuino significado. En estos días santos, los cristianos no conmemoramos el surgir de un gran personaje, y menos aún el comienzo de una nueva estación. La Navidad recuerda un hecho fundamental: en la oscuridad de la noche de Belén se hizo una gran luz. El Creador del

universo se encarnó uniéndose indisolublemente a la naturaleza humana y, sin dejar de ser realmente Dios de Dios y luz de luz, se hizo al mismo tiempo verdadero hombre. El Verbo encarna-

do es una Persona que se interesa por cada persona, es el Hijo de Dios vivo, que se hizo pequeño para vencer nuestra soberbia y hacernos auténticamente libres, libres para amarlo.

DISCURSOS

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Asamblea de la Congregación
para los Institutos de Vida
Consagrada y las Sociedades de Vida
Apostólica***

Sala Clementina. Jueves, 20 de noviembre de 2008

Señores cardenales; venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; queridos hermanos y hermanas:

Os recibo con alegría con ocasión de la asamblea plenaria de la Congregación para los institutos de vida consagrada y las sociedades de vida apostólica, que celebra cien años de vida y actividad. En efecto, ha transcurrido ya un siglo desde que mi venerado predecesor, san Pío X, con la constitución apostólica *Sapienti consilio*, del 29 de junio de 1908, hizo autónomo vuestro dicasterio como *Congregatio negotiis religiosorum sodalium praeposita*, nombre que sucesivamente ha sido modificado varias veces. Para recordar este acontecimiento, habéis programado para el 22 de noviembre un congreso que lle-

va un título significativo: “Cien años al servicio de la vida consagrada”. Por eso, deseo pleno éxito a esta iniciativa oportuna.

Este encuentro es una ocasión muy propicia para saludar y expresar mi gratitud a todos los que trabajan en vuestro dicasterio. Saludo en primer lugar al prefecto, cardenal Franc Rodé, a quien doy las gracias por haberse hecho intérprete de los sentimientos comunes. Asimismo, saludo a los miembros del dicasterio, al secretario, a los subsecretarios y a los demás oficiales que, con diversas responsabilidades, prestan su servicio diario con competencia y sabiduría, para “promover y regular” la práctica de los consejos evangélicos en las diversas formas de vida consagrada, como también la actividad de las sociedades de vida apostólica (cf. *Pastor bonus*, 105).

Los consagrados constituyen una porción elegida del pueblo de Dios: sostener y conservar su fidelidad a la llamada divina, queridos hermanos y hermanas, es el compromiso funda-

mental que realizáis según modalidades ya bien consolidadas gracias a la experiencia acumulada en estos cien años de actividad. Este servicio de la Congregación ha sido mucho más asiduo en los decenios sucesivos al concilio Vaticano II, en los que se ha llevado a cabo el esfuerzo de renovación, tanto en la vida como en la legislación de todos los institutos religiosos y seculares, así como de las sociedades de vida apostólica. Por tanto, a la vez que me uno a vosotros para dar gracias a Dios, dador de todo bien, por los buenos frutos producidos por vuestro dicasterio durante estos años, recuerdo con gratitud a todos los que a lo largo de este siglo de actividad se han prodigado en beneficio de los consagrados y las consagradas.

La asamblea plenaria de vuestra Congregación ha centrado este año su atención en un tema que me interesa mucho: el monaquismo, *forma vitae* que se ha inspirado siempre en la Iglesia primitiva, nacida en Pentecostés (cf. *Hch* 2, 42-47; 4, 32-35). De las conclusiones de vuestros trabajos, centrados especialmente en la vida monástica femenina, podrán brotar indicaciones útiles para los monjes y monjas que “buscan a Dios”, realizando su vocación para el bien de toda la Iglesia. También recientemente (cf. *Discurso al mundo de la cultura* en París, 12 de septiembre de 2008) puse de relieve la ejemplaridad de la vida monástica en la historia, subrayando que su finalidad es sencilla y, al mismo tiempo esencial:

quaerere Deum, buscar a Dios y buscarlo a través de Jesucristo que lo reveló (cf. *Jn* 1, 18), tratando de fijar la mirada en las realidades invisibles que son eternas (cf. *2 Co* 4, 18), en espera de la manifestación gloriosa del Salvador (cf. *Tt* 2, 13).

Christo omnino nihil praeponere (cf. *Regla de san Benito* 72, 11; san Agustín, *Enarr. In Ps.* 29, 9; san Cipriano, *Ad Fort.* 4). Esta expresión, que la Regla de san Benito toma de la tradición precedente, expresa muy bien el valioso tesoro de la vida monástica que se sigue practicando aún hoy tanto en el Occidente como en el Oriente cristiano. Es una invitación apremiante a plasmar la vida monástica hasta hacerla memoria evangélica de la Iglesia y, cuando se la vive de forma auténtica, es “ejemplaridad de vida bautismal” (cf. Juan Pablo II, *Orientale lumen*, 9). En virtud de la primacía absoluta reservada a Cristo, los monasterios están llamados a ser lugares en los que se realice la celebración de la gloria de Dios, se adore y se cante la presencia divina en el mundo, misteriosa pero real; se trata de vivir el mandamiento nuevo del amor y del servicio recíproco, preparando así la “revelación final de los hijos de Dios” (cf. *Rm* 8, 19).

Cuando los monjes viven el Evangelio de forma radical, cuando los que se dedican a la vida totalmente contemplativa cultivan en profundidad la unión sponsal con Cristo, de la que habla ampliamente la instrucción de

esta Congregación “*Verbi Sponsa*” (13 de mayo de 1999), el monaquismo puede constituir para todas las formas de vida religiosa y de consagración una memoria de lo que es esencial y tiene la primacía en toda vida bautismal: buscar a Cristo y no anteponer nada a su amor.

El camino indicado por Dios para esta búsqueda y para este amor es su Palabra misma, que en los libros de la Sagrada Escritura se ofrece en abundancia a la reflexión de los hombres. Por tanto, el deseo de Dios y el amor a su Palabra se alimentan recíprocamente y suscitan en la vida monástica la exigencia insuprimible del *opus Dei*, del *studium orationis* y de la *lectio divina*, que es escucha de la Palabra de Dios, acompañada por las grandes voces de la tradición de los Padres y de los santos; y es también oración orientada y sostenida por esta Palabra.

La reciente Asamblea general del Sínodo de los obispos, que se celebró en Roma el pasado mes de octubre sobre el tema: “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”, al renovar el llamamiento a todos los cristianos a arraigar su existencia en la escucha de la Palabra de Dios contenida en la Sagrada Escritura, invitó en especial a las comunidades religiosas y a cada hombre y mujer consagrados a hacer de la Palabra de Dios su alimento diario, en particular por medio de la práctica de la *lectio divina* (cf. *Elenchus praepositio-*

num, n. 4).

Queridos hermanos y hermanas, quienes entran en un monasterio buscan en él un oasis espiritual donde aprender a vivir como verdaderos discípulos de Cristo, en serena y perseverante comunión fraterna, acogiendo también a posibles huéspedes como a Cristo mismo (cf. *Regla de san Benito*, 53, 1). Éste es el testimonio que la Iglesia pide al monaquismo también en nuestro tiempo. Invoquemos a María, Madre del Señor, la “mujer de la escucha”, que no antepuso nada al amor del Hijo de Dios nacido de ella, para que ayude a las comunidades de vida consagrada y especialmente a las monásticas a ser fieles a su vocación y misión.

Los monasterios han de ser cada vez más oasis de vida ascética, donde se perciba la fascinación de la unión sponsal con Cristo y donde la opción por lo Absoluto de Dios esté envuelta en un clima constante de silencio y de contemplación.

A la vez que os aseguro mi oración por esta intención, imparto de corazón la bendición apostólica a todos los que participáis en la asamblea plenaria, a los que trabajan en vuestro dicasterio, así como a los miembros de los diversos institutos de vida consagrada, y especialmente a los de vida totalmente contemplativa. Que el Señor derrame sobre cada uno la abundancia de sus consolaciones.

***Palabras del Papa, Benedicto XVI,
en la Celebración Ecu­ménica
presidida por el Santo Padre y por
su Santidad Aram I, Catholicós de
Cilicia de los Armenios***

*Capilla “Redemptoris Mater” - Pa-
lacio Apostólico Vaticano. Lunes, 24 de
noviembre de 2008*

Santidad:

Con sincero afecto en el Señor lo saludo a usted y a los distinguidos miembros de su delegación con ocasión de su visita a la Iglesia de Roma. Nuestro encuentro de hoy es una continuación de la visita que usted realizó a mi amado predecesor, el Papa Juan Pablo II, en enero de 1997, y de los otros muchos contactos y visitas mutuas que, por gracia de Dios, han llevado en los últimos años a unas relaciones más estrechas entre la Iglesia católica y la Iglesia armenia apostólica.

En este Año paulino, usted visitará la tumba del Apóstol de los gentiles y orará con la comunidad monástica de la basílica erigida en su memoria. En esa oración, usted se unirá a los numerosos santos y mártires, maestros y teólogos de Armenia, cuya herencia de doctrina, santidad y frutos misioneros forma parte del patrimonio de toda la Iglesia. Pensemos en los santos Nerses Shnorkhali y Nerses de Lambon que, como obispo de Tarso era conocido como “segundo Pablo de Tarso”. Ese testimonio tuvo su culmen en el siglo

xx, un tiempo de inenarrable sufrimiento para su pueblo. La fe y la devoción del pueblo armenio se han apoyado constantemente en el recuerdo de los numerosos mártires que testimoniaron el Evangelio en el transcurso de los siglos. Que la gracia de ese testimonio siga plasmando la cultura de su nación e inspirando a los seguidores de Cristo una confianza cada vez mayor en el poder salvífico de la cruz, que da vida.

Desde hace mucho tiempo, la sede de Cilicia participa en contactos ecuménicos positivos entre las Iglesias. De hecho, el diálogo entre las Iglesias ortodoxas orientales y la Iglesia católica se ha beneficiado de manera significativa de la presencia de sus delegados armenios. Debemos esperar que este diálogo continúe, pues promete aclarar cuestiones teológicas que nos han dividido en el pasado, pero que ahora parecen abiertas a un mayor consenso. Confío en que el trabajo de la Comisión internacional sobre el tema: “La naturaleza, la constitución y la misión de la Iglesia” permita encontrar su contexto y su solución a muchas cuestiones específicas de nuestro diálogo teológico.

Ciertamente, el aumento de la comprensión, el respeto y la cooperación que ha experimentado el diálogo ecuménico es muy prometedor para el anuncio del Evangelio en nuestro tiempo. En el mundo, los armenios conviven con los fieles de la Iglesia católica. Una comprensión y un aprecio mayores de nuestra tradición apostó-

lica común contribuirá a un testimonio común más eficaz de los valores espirituales y morales sin los cuales no puede existir un orden social realmente justo y humano. Por esta razón, confío en que se encuentren modos nuevos y concretos de expresar las declaraciones comunes que ya hemos firmado.

Santidad, le aseguro mis oraciones diarias y la profunda preocupación que siento por el pueblo del Líbano y de Oriente Próximo. ¿Cómo no sentirse afligidos por las tensiones y los conflictos que siguen frustrando todos los esfuerzos por fomentar la reconciliación y la paz en todos los niveles de la vida civil y política en la región? Recientemente nos ha entristecido a todos la intensificación de la persecución y la violencia contra los cristianos en algunas partes de Oriente Próximo y en otros lugares. Sólo cuando los países implicados puedan decidir su propio destino, y los diferentes grupos étnicos y comunidades religiosas se acepten y respeten plenamente, se construirá la paz sobre los cimientos sólidos de la solidaridad, la justicia y el respeto de los derechos legítimos de las personas y de los pueblos.

Con estos sentimientos y con afecto en el Señor, le doy las gracias, Santidad, y espero que estos días transcurridos en Roma sean fuente de numerosas gracias para usted y para quienes están confiados a su solicitud pastoral. Para usted y para todos los fieles de la Iglesia armenia apostólica invoco del Señor alegría y paz en abundancia.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los participantes en la Sesión
Plenaria de la Comisión Teológica
Internacional***

Sala de los Papas del palacio apostólico. Viernes, 5 de diciembre de 2008

Venerados hermanos en el episcopado y en el sacerdocio; ilustres profesores; queridos colaboradores:

Con verdadera alegría os acojo al término de los trabajos de vuestra sesión plenaria anual, que esta vez coincide también con la conclusión del séptimo quinquenio desde la creación de la Comisión teológica internacional. Ante todo deseo expresar un sentido agradecimiento por las palabras de saludo que me ha dirigido, en nombre de todos, monseñor Luis Francisco Ladaria Ferrer, en calidad de secretario general de la Comisión teológica internacional. También os manifiesto mi agradecimiento a todos vosotros que, durante este quinquenio, habéis dedicado vuestras energías a un trabajo verdaderamente valioso para la Iglesia y para aquél a quien el Señor ha llamado a desempeñar el ministerio de Sucesor de Pedro.

De hecho, los trabajos de este séptimo “quinquenio” de la Comisión teológica internacional ya han dado un fruto concreto, como ha recordado monseñor Ladaria Ferrer, con la publicación del documento: “La esperanza de la salvación para los niños que mueren sin bautismo”, y se preparan para

alcanzar otra meta importante con el documento: “En busca de una ética universal: nueva mirada sobre la ley natural”, que todavía se debe someter a los últimos pasos previstos por las normas de los Estatutos de la Comisión, antes de la aprobación definitiva.

Como ya he recordado en ocasiones anteriores, reafirmo la necesidad y la urgencia, en el contexto actual, de crear en la cultura y en la sociedad civil y política las condiciones indispensables para una conciencia plena del valor irrenunciable de la ley moral natural. También gracias al estudio que vosotros habéis emprendido sobre este tema fundamental, resultará claro que la ley natural constituye la verdadera garantía ofrecida a cada uno para vivir libre y respetado en su dignidad de persona, y para sentirse defendido de cualquier manipulación ideológica y de cualquier atropello perpetrado apoyándose en la ley del más fuerte.

Todos sabemos bien que, en un mundo formado por las ciencias naturales, el concepto metafísico de la ley natural está prácticamente ausente y resulta incomprensible. Tanto más cuanto que, viendo su importancia fundamental para nuestras sociedades, para la vida humana, es necesario que en el contexto de nuestro pensamiento se vuelva a proponer y se haga comprensible este concepto: el hecho de que el ser mismo lleva en sí un mensaje moral y una indicación para las sendas del derecho.

Con respecto al tercer tema, “Sentido y método de la teología”, que durante este quinquenio ha sido objeto de estudio particular, deseo subrayar su importancia y actualidad. En una “sociedad planetaria” como la que se está formando hoy, la opinión pública pide a los teólogos sobre todo que promuevan el diálogo entre las religiones y las culturas, que contribuyan al desarrollo de una ética que tenga como coordenadas de fondo la paz, la justicia y la defensa del ambiente natural. Y se trata realmente de bienes fundamentales.

Pero una teología limitada a estos nobles objetivos no sólo perdería su propia identidad, sino también el fundamento mismo de estos bienes. La primera prioridad de la teología, como ya lo indica su nombre, es hablar de Dios, pensar en Dios. Y la teología no habla de Dios como de una hipótesis de nuestro pensamiento. Habla de Dios porque Dios mismo ha hablado con nosotros. La verdadera tarea de la teología consiste en entrar en la Palabra de Dios, tratar de entenderla en la medida de lo posible y hacer que nuestro mundo la entienda, a fin de encontrar así las respuestas a nuestros grandes interrogantes. En esta tarea también se pone de manifiesto que la fe no sólo no es contraria a la razón, sino que además abre los ojos de la razón, ensancha nuestro horizonte y nos permite encontrar las respuestas necesarias a los desafíos de los diversos tiempos.

Desde el punto de vista objetivo, la verdad es la Revelación de Dios en Cristo Jesús, que requiere como respuesta la obediencia de la fe en comunión con la Iglesia y su Magisterio. Recuperada así la identidad de la teología, entendida como reflexión argumentada, sistemática y metódica sobre la Revelación y sobre la fe, también la cuestión del método queda iluminada. El método en teología no podrá constituirse sólo sobre la base de los criterios y las normas comunes a las demás ciencias, sino que deberá observar ante todo los principios y las normas que derivan de la Revelación y de la fe, del hecho de que Dios ha hablado.

Desde el punto de vista subjetivo, es decir, desde el punto de vista de quien hace teología, la virtud fundamental del teólogo es buscar la obediencia a la fe, la humildad de la fe que abre nuestros ojos: la humildad que convierte al teólogo en colaborador de la verdad. De este modo no se dedicará a hablar de sí mismo; al contrario, interiormente purificado por la obediencia a la verdad, llegará a hacer que la Verdad misma, el Señor, pueda hablar a través del teólogo y de la teología. Al mismo tiempo, logrará que, por su medio, la verdad pueda ser llevada al mundo.

Por otra parte, la obediencia a la verdad no significa renuncia a la búsqueda y al esfuerzo del pensar; por el contrario, la inquietud del pensamien-

to, que indudablemente nunca podrá quedar aplacada del todo en la vida de los creyentes, dado que también ellos están en un camino de búsqueda y profundización de la Verdad, será sin embargo una inquietud que los acompañe y los estimule en la peregrinación del pensamiento hacia Dios, y así resultará fecunda.

Por tanto, deseo que vuestra reflexión sobre estos temas logre volver a poner de relieve los auténticos principios y el significado sólido de la verdadera teología, a fin de que percibamos y comprendamos cada vez mejor las respuestas que la Palabra de Dios nos da y sin las cuales no podemos vivir de una manera sabia y justa, porque sólo así se abre el horizonte universal, infinito, de la verdad.

Así pues, mi agradecimiento por vuestro compromiso y vuestra obra en la Comisión teológica internacional durante este quinquenio es al mismo tiempo un deseo cordial de éxito en el trabajo futuro de este importante organismo al servicio de la Sede apostólica y de toda la Iglesia. A la vez que renuevo la expresión de mis sentimientos de satisfacción, afecto y alegría por este encuentro, invoco del Señor, por intercesión de la Virgen santísima, abundantes luces celestiales sobre vuestro trabajo, y de corazón os imparto una bendición apostólica especial, que extendiendo a vuestros seres queridos.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
en el homenaje a la Inmaculada en
la Plaza de España***

Solemnidad de la Inmaculada Concepción Virgen María. Lunes, 8 de diciembre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Hace casi tres meses, tuve la alegría de ir en peregrinación a Lourdes, con ocasión del 150° aniversario de la histórica aparición de la Virgen María a santa Bernardita. Las celebraciones de este singular aniversario se concluyen precisamente hoy, solemnidad de la Inmaculada Concepción, porque la “hermosa Señora” -como la llamaba Bernardita-, mostrándose a ella por última vez en la gruta de Massabielle, reveló su nombre diciendo: “Yo soy la Inmaculada Concepción”. Lo dijo en el idioma local, y la pequeña vidente refirió a su párroco esa expresión, para ella desconocida e incomprensible.

“Inmaculada Concepción”: también nosotros repetimos hoy con conmovión ese nombre misterioso. Lo repetimos aquí, al pie de este monumento en el corazón de Roma; e innumerables hermanos y hermanas nuestros hacen lo mismo en otros muchos lugares del mundo, santuarios y capillas, así como en las casas de familias cristianas. Donde hay una comunidad católica, allí se venera hoy a la Virgen con este nombre estupendo y maravilloso: Inmaculada Concepción.

Ciertamente, la convicción sobre la inmaculada concepción de María existía ya muchos siglos antes de las apariciones de Lourdes, pero estas llegaron como un sello celestial después de que mi venerado predecesor, el beato Pío IX, definiera el dogma, el 8 de diciembre de 1854. En la fiesta de hoy, tan arraigada en el pueblo cristiano, esta expresión brota del corazón y aflora a los labios como el nombre de nuestra Madre celestial. Como un hijo alza los ojos al rostro de su mamá y, viéndolo sonriente, olvida todo miedo y todo dolor, así nosotros, volviendo la mirada a María, reconocemos en ella la “sonrisa de Dios”, el reflejo inmaculado de la luz divina; encontramos en ella nueva esperanza incluso en medio de los problemas y los dramas del mundo.

Es tradición que el Papa se una al homenaje que rinde la ciudad trayendo a María una cesta de rosas. Estas flores indican nuestro amor y nuestra devoción: el amor y la devoción del Papa, de la Iglesia de Roma y de los habitantes de esta ciudad, que se sienten espiritualmente hijos de la Virgen María. Simbólicamente, las rosas pueden expresar cuanto de bello y de bueno hemos realizado durante el año, porque en esta cita ya tradicional quisiéramos ofrecerlo todo a nuestra Madre, convencidos de que nada podríamos haber hecho sin su protección y sin las gracias que diariamente nos obtiene de Dios. Pero -como suele decirse- no hay

rosa sin espinas, y en los tallos de estas estupendas rosas blancas tampoco faltan las espinas, que para nosotros representan las dificultades, los sufrimientos, los males que han marcado y marcan también la vida de las personas y de nuestras comunidades. A la Madre se presentan las alegrías, pero se le confían también las preocupaciones, seguros de encontrar en ella fortaleza para no abatirse y apoyo para seguir adelante.

¡Oh Virgen Inmaculada, en este momento quisiera confiarte especialmente a los “pequeños” de nuestra ciudad: ante todo a los niños, y especialmente a los que están gravemente enfermos; a los muchachos pobres y a los que sufren las consecuencias de situaciones familiares duras! Vela sobre ellos y haz que sientan, en el afecto y la ayuda de quienes están a su lado, el calor del amor de Dios.

Te encomiendo, oh María, a los ancianos solos, a los enfermos, a los inmigrantes que encuentran dificultad para integrarse, a las familias que luchan por cuadrar sus cuentas y a las personas que no encuentran trabajo o que han perdido un puesto de trabajo indispensable para seguir adelante. Enséñanos, María, a ser solidarios con quienes pasan dificultades, a colmar las desigualdades sociales cada vez más grandes; ayúdanos a cultivar un sentido más vivo del bien común, del respeto a lo que es público; impúlsanos

a sentir la ciudad -y de modo especial nuestra ciudad de Roma- como patrimonio de todos, y a hacer cada uno, con conciencia y empeño, nuestra parte para construir una sociedad más justa y solidaria.

¡Oh Madre Inmaculada, que eres para todos signo de segura esperanza y de consuelo, haz que nos dejemos atraer por tu pureza inmaculada! Tu belleza -*Tota pulchra*, cantamos hoy- nos garantiza que es posible la victoria del amor; más aún, que es cierta; nos asegura que la gracia es más fuerte que el pecado y que, por tanto, es posible el rescate de cualquier esclavitud. Sí, ¡oh María!, tu nos ayudas a creer con más confianza en el bien, a apostar por la gratuidad, por el servicio, por la no violencia, por la fuerza de la verdad; nos estimulas a permanecer despiertos, a no caer en la tentación de evasiones fáciles, a afrontar con valor y responsabilidad la realidad, con sus problemas. Así lo hiciste tú, joven llamada a arriesgarlo todo por la Palabra del Señor.

Sé madre amorosa para nuestros jóvenes, para que tengan el valor de ser “centinelas de la mañana”, y da esta virtud a todos los cristianos para que sean alma del mundo en esta época no fácil de la historia.

Virgen Inmaculada, Madre de Dios y Madre nuestra, *Salus Populi Romani*, ruega por nosotros.

***Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a los peregrinos de la Baja Austria
que regalaron el árbol de Navidad
para la Plaza de San Pedro***

Sala de las Bendiciones. Viernes, 12 de diciembre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Os saludo cordialmente -Grüß Gott- a todos vosotros, que habéis venido a traer como regalo al Santo Padre y a la Iglesia el árbol de Navidad que, juntamente con el belén, adornará durante el próximo período navideño la plaza de San Pedro. Doy la bienvenida en particular al gobernador regional de la Baja Austria, doctor Erwin Pröll, al que agradezco las amables palabras que me ha dirigido también en nombre de todos los presentes.

Saludo, asimismo, al obispo de Sankt Pölten, monseñor Klaus Küng -también a usted le doy cordialmente las gracias por sus conmovedoras palabras-, y en representación de la delegación y de todos los huéspedes de la Baja Austria, al señor Johann Seper, alcalde del ayuntamiento de Gutenstein, en cuyo territorio ha crecido este magnífico árbol, el más alto en la historia de los árboles navideños de la plaza de San Pedro. Mi saludo particular va, igualmente, a los jóvenes cantores de Altenburg y a los músicos de Ziersdorf, que con su interpretación musical han dado a nuestro encuentro un tono festivo y, por decirlo

así, son mensajeros de la rica cultura de vuestro país y de sus múltiples tradiciones. ¡Gracias de corazón! Donde está Austria, hay música; lo podemos experimentar también hoy de una forma admirable.

El regalo que viene de los bosques de vuestro hermoso país -del que forman parte también otros abetos que habéis traído para dar al palacio apostólico y a varios ambientes del Vaticano, entre ellos, mi despacho, un clima navideño me trae a la mente el recuerdo de la visita que realicé el año pasado a vuestra patria. En esa ocasión visité uno de los grandes conventos que caracterizan a vuestro país y que atestiguan su historia profundamente cristiana. Todos los fieles deben comprometerse para que también en el futuro este testimonio de Cristo siga vivo a fin de dar a los hombres apoyo y orientación en su vida o -como dijo usted, señor gobernador regional, de una forma muy concreta- un apoyo que los sostenga para seguir adelante.

En las próximas semanas, el árbol de Navidad será motivo de alegría para los romanos y para los numerosos peregrinos que vendrán de todo el mundo a la ciudad eterna con ocasión de la festividad del Nacimiento de Cristo. Desde la ventana de mi oficina, también yo podré contemplar con gozo siempre renovado el árbol colocado cerca del belén. También tendré la ocasión de ir hasta el lugar, rezar ante el Niño Jesús y alegrarme con la luz del árbol y su

belleza. Su forma en punta, su color verde y las luces de sus ramas son símbolos de vida. Además, nos remiten al misterio de la Nochebuena. Cristo, el Hijo de Dios, trae al mundo oscuro, frío y no redimido, al que viene a nacer, una nueva esperanza y un nuevo esplendor. Si el hombre se deja tocar e iluminar por el esplendor de la verdad viva que es Cristo, experimentará una paz interior en su corazón y será constructor de paz en una sociedad que tiene mucha nostalgia de reconciliación y redención.

Queridos amigos, una vez más, un sincero “Que Dios os recompense” por este hermoso regalo. También manifiesto mi agradecimiento a todos los colaboradores que no pueden estar presentes hoy, a los patrocinadores y a todos los que se han encargado de transportar el árbol. El Señor os recompense por la disponibilidad con que habéis contribuido generosamente a la entrega del árbol. Ya desde hoy os expreso mi felicitación por una fiesta de Navidad llena de gracia y os pido que la transmitáis a vuestras familias y a vuestros compatriotas. Os aseguro mi oración por vuestras familias y por vuestro hermoso país, y os encomiendo a todos a la intercesión de María, patrona de Austria, y de san Leopoldo, patrono de la región, que ahora, como hermosa escultura, podrá sentirse “en casa” también en mi apartamento. El Señor proteja a vuestra región y bendiga a toda Austria.

*Discurso del Papa, Benedicto XVI,
a la Curia Romana ante la
Navidad*

La alegría, compendio de todos los dones

Señores cardenales, venerados hermanos en el episcopado y en el presbiterado, queridos hermanos y hermanas:

La Natividad del Señor está a las puertas. Toda familia siente la necesidad de reunirse para disfrutar del ambiente único e irrepetible que esta fiesta es capaz de crear. También la familia de la Curia Romana se reúne esta mañana, siguiendo una bonita costumbre gracias a la cual tenemos la alegría de encontrarnos y de intercambiar las felicitaciones en este clima espiritual especial. Vaya a cada uno de vosotros mi cordial saludo, lleno de gratitud por la apreciada colaboración prestada al ministerio del Sucesor de Pedro. Agradezco vivamente al Cardenal Decano Angelo Sodano que se haya hecho intérprete, mediante la voz de un ángel, de los sentimientos de todos los aquí presentes y también de quienes están trabajando en los diferentes departamentos, con inclusión de las representaciones pontificias. Aludía al principio al ambiente especial de la Navidad. Me gusta pensar que sea una suerte de prolongación de la misteriosa alegría y de la íntima exultación que invadió a la Sagrada Familia, a los ángeles y a los pastores de Belén en la noche en

que Jesús vio la luz. Lo definiría «el ambiente de la gracia», pensando en la expresión de San Pablo en su *Carta a Tito*: «Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus» (cf. Tt 2, 11). Afirma el Apóstol que la gracia de Dios se ha manifestado «a todos los hombres». Diríase que en ello se trasluce también la misión de la Iglesia y, en especial, la del Sucesor de Pedro y sus colaboradores: contribuir a que la gracia de Dios, del Redentor, se haga cada vez más visible a todos y a todos traiga la salvación.

El año que está a punto de concluir ha sido rico en miradas retrospectivas hacia fechas determinantes en la historia reciente de la Iglesia, pero también en acontecimientos capaces de orientar nuestro camino futuro. Hace cincuenta años moría el papa Pío XII, y Juan XXIII era elegido Pontífice. Han pasado cuarenta años desde la publicación de la Encíclica *Humanae vitae*, y treinta desde la muerte de su autor, el papa Pablo VI. Como el mensaje que tales acontecimientos llevan consigo ha sido recordado y meditado de muchas maneras a lo largo del año, no es mi intención volver a examinarlo en este momento. Pero la mirada de la memoria también se ha fijado más atrás, más allá de los acontecimientos del siglo pasado, y al hacerlo nos ha remitido precisamente al futuro: la tarde del 28 de junio, a la presencia del Patriarca Ecuménico Bartolomé I de Constantinopla y de representantes de muchas otras Iglesias y Comunidades eclesia-

les, tuvimos ocasión de inaugurar en la basílica de San Pablo Extramuros el Año Paulino, en conmemoración del nacimiento del Apóstol de las Gentes, acaecido hace dos mil años. Para nosotros, Pablo no es una figura del pasado, pues sigue hablándonos a través de sus cartas. Y quien con él entabla diálogo se ve por él llevado hacia Cristo crucificado y resucitado. El Año Paulino es un año de peregrinación no sólo en el sentido de un camino exterior hacia los lugares paulinos, sino también -y principalmente- en el de una peregrinación del corazón, junto con Pablo, hacia Jesucristo. En definitiva, Pablo nos enseña también que la Iglesia es Cuerpo de Cristo, que la Cabeza y el Cuerpo son inseparables y que no puede haber amor a Cristo sin amor a su Iglesia y a su comunidad viviente.

La Jornada Mundial de la Juventud y el Sínodo de los Obispos

Tres acontecimientos concretos del año que está terminando centran de forma especial nuestra atención. Ante todo, la Jornada Mundial de la Juventud celebrada en Australia, una gran fiesta de la fe que ha reunido a más de doscientos mil jóvenes del mundo entero y los ha acercado no sólo en lo exterior -en sentido geográfico-, sino también interiormente, gracias a su compartición de la alegría de ser cristianos. Ha habido, además, dos viajes -uno a los Estados Unidos y otro a Francia- en los que la Iglesia se ha hecho visible al mundo y para el mundo

como una fuerza espiritual que señala caminos de vida y que, mediante el testimonio de la fe, trae luz al mundo. Han sido, en efecto, jornadas que han irradiado luminosidad, confianza en el valor de la vida y en el compromiso a favor del bien. Por último, hay que recordar el Sínodo de los Obispos, en el que pastores procedentes de todo el mundo se han reunido alrededor de la Palabra de Dios que había sido elevada en medio de ellos; alrededor de la Palabra de Dios, cuya gran manifestación se halla en la Sagrada Escritura. Lo que en la vida diaria damos ya demasiado por descontado, hemos vuelto a captarlo en su sublimidad: el hecho de que Dios hable, de que Dios responda a nuestras preguntas. De que él, si bien con palabras humanas, nos hable personalmente y nosotros podamos escucharlo y, escuchándolo, aprender a conocerlo y a comprenderlo. De que entre en nuestra vida y la forje y podamos salir de ella para penetrar en la amplitud de su misericordia. Así nos hemos percatado nuevamente de que Dios, a través de esta Palabra suya, se dirige a cada uno de nosotros, habla al corazón de cada uno, de modo que, si nuestro corazón despierta y nuestro oído interior se abre, cada uno de nosotros puede aprender a oír la palabra que precisamente a él se dirige. Pero si oímos a Dios hablar de tan personal manera a cada uno de nosotros, comprendemos también que su Palabra está presente para que nos acerquemos unos a otros, para que encontremos la forma de salir del ámbito de lo puramente personal.

Esta Palabra forjó una historia común y quiere seguir haciéndolo. Y nos hemos percatado de nuevo de que, precisamente por ser la Palabra tan personal, sólo podemos comprenderla de manera justa y total en el «nosotros» de la comunidad instituida por Dios, bien conscientes en todo momento de que jamás podremos agotarla, pues siempre tiene algo nuevo que decir a cada generación. Hemos comprendido que los escritos bíblicos fueron sin duda alguna redactados en épocas determinadas y constituyen por lo tanto, desde ese punto de vista, un libro procedente del pasado. Pero hemos visto que su mensaje no permanece anclado en el pasado ni puede encerrarse en él: Dios, en el fondo, habla siempre en presente, y sólo escucharemos la Biblia en plenitud cuando descubramos este «presente» de Dios que ahora nos llama.

Por último, importaba experimentar que en la Iglesia hoy también es Pentecostés, es decir, que ella habla muchas lenguas, y esto no sólo en el sentido exterior de que en ella están representadas todos los grandes idiomas del mundo, sino en un sentido aún más profundo, toda vez que en ella están presentes las múltiples formas de la experiencia de Dios y del mundo, la riqueza de las culturas, y sólo así se hace patente la amplitud de la existencia humana y, partiendo de ésta, la amplitud de la Palabra de Dios. Pero hemos aprendido también que Pentecostés sigue «de camino» y está aún incompleto: existe una multitud de lenguas que aguardan

todavía la Palabra de Dios contenida en la Biblia. También resultaron emocionantes los numerosos testimonios de fieles laicos de todas las regiones del mundo que no sólo viven la Palabra de Dios, sino que también padecen por ella. Una aportación muy valiosa fue el discurso de un rabí acerca de las Sagradas Escrituras de Israel, que son también, precisamente, las nuestras. Un momento importante para el Sínodo, o más bien para el camino de toda la Iglesia, fue aquél en el que el Patriarca Bartolomé, a la luz de la tradición ortodoxa, nos abrió el acceso, mediante un análisis penetrante, a la Palabra de Dios. Ahora hacemos votos por que las experiencias y adquisiciones del Sínodo influyan eficazmente en la vida de la Iglesia: en la relación personal con las Sagradas Escrituras; en su interpretación en la liturgia y en la catequesis, así como en la investigación científica, de manera que la Biblia no se quede en Palabra del pasado, sino que su vitalidad y su actualidad se vean leídas y abiertas en toda la amplitud de dimensiones de sus significados.

Presencia perceptible de la Iglesia

De la presencia de la Palabra de Dios, del propio Dios en la hora actual de la historia, se ha tratado también en los viajes pastorales de este año, cuyo sentido auténtico sólo puede ser el de estar al servicio de dicha presencia. Se trata de ocasiones en las que la Iglesia se hace perceptible públicamente, y con ella la fe y por consiguiente, como

mínimo, la cuestión acerca de Dios. Esta manifestación pública de la fe implica ya a cuantos se esfuerzan por comprender el momento presente y las fuerzas que en él actúan. Especialmente un fenómeno como el de las Jornadas Mundiales de la Juventud se convierte cada vez más en objeto de análisis en el que se intenta comprender esta especie de -valga la palabra- cultura juvenil. Nunca había asistido Australia a la llegada de tantas personas procedentes de todos los continentes como durante la Jornada Mundial de la Juventud; ni siquiera con ocasión de los Juegos Olímpicos. Y si previamente se había manifestado el temor de que la aparición masiva de jóvenes pudiera acarrear algún trastorno de orden público, paralizar el tránsito, obstaculizar la vida diaria, provocar violencia y fomentar el consumo de drogas, todo ello se ha demostrado infundado. Ha sido una fiesta de la alegría, una alegría que al final ha contagiado incluso a los más reacios, por lo que, al final, nadie se ha sentido molestado. Las jornadas se convirtieron en fiesta para todos; más aún, sólo entonces se cayó en la cuenta de lo que es en realidad una fiesta: un acontecimiento en el que todos están, por así decirlo, fuera de sí, más allá de sí mismos y, precisamente por ello, consigo y con los demás. ¿De qué naturaleza es, pues, lo que acontece en una Jornada Mundial de la Juventud? ¿Qué fuerzas actúan en ella? Hay análisis en boga que tienden a considerar estas jornadas como una variante de la actual cultura juvenil, como una espe-

cie de festival de rock modificado en sentido eclesial, con el Papa como estrella. Con fe o sin ella, estos festivales serían siempre, en el fondo, lo mismo, y con esta conclusión se piensa poder desechar la cuestión acerca de Dios. Tampoco faltan voces católicas que van en la misma dirección, juzgándolo todo como un gran espectáculo, incluso bonito, pero poco significativo en lo que atañe a la cuestión acerca de la fe y de la presencia del Evangelio en nuestro tiempo. Según esta opinión, se trata de momentos de éxtasis festivo intrascendentes, que no inciden con mayor profundidad en la vida.

Con ello, sin embargo, la peculiaridad de esas jornadas y el carácter especial de su alegría, de su fuerza generadora de comunión, no hallan explicación alguna. Importa, ante todo, tener en cuenta que las Jornadas Mundiales de la Juventud no consisten tan sólo en esa única semana en la que se hacen públicamente visibles para el mundo. Hay un largo camino externo e interno que lleva hasta ellas. La cruz, acompañada por la imagen de la Madre del Señor, peregrina de un país a otro. La fe necesita, a su manera, ver y tocar. El encuentro con la cruz, una cruz que es tocada y llevada, se convierte en encuentro interior con aquél que en la cruz murió por nosotros. El encuentro con la cruz despierta en lo más íntimo de los jóvenes la memoria de ese Dios que quiso hacerse hombre y sufrir con nosotros. Y vemos a la mujer que él nos dio como Madre. Las jornadas so-

lemnes son sólo la culminación de un largo camino con el que unos salen al encuentro de los demás y todos juntos al encuentro de Cristo. No es casual que en Australia el Vía crucis a través de la ciudad se convirtiera en el acto culminante de las jornadas; un acto que sintetizaba, una vez más, todo lo acaecido en años anteriores y que señalaba a aquél que a todos nos reúne: a ese Dios que nos ama hasta la cruz. De ahí que el Papa no sea la estrella alrededor de la cual todo gira. Él es, absoluta y únicamente, Vicario. Remite al Otro que está entre nosotros. Por último, la liturgia solemne es el centro de todo porque en ella acontece lo que nosotros no podemos realizar y, sin embargo, siempre esperamos. Él está presente. Él penetra entre nosotros. El cielo se rasga, y al hacerlo ilumina la tierra. Esto es lo que hace dichosa y abierta la vida y une a unos con otros en una alegría que no puede compararse al éxtasis de un festival de rock. Dijo en una ocasión Friedrich Nietzsche: «No consiste la habilidad en organizar una fiesta, sino en hallar personas capaces de alegrarse en ella». Según la Escritura, la alegría es fruto del Espíritu Santo (cf. Ga 5, 22): un fruto abundantemente perceptible durante las jornadas de Sídney. Si un largo camino precede a las Jornadas Mundiales de la Juventud, de éstas también se deriva un camino sucesivo. Se forman amistades que animan a abrazar un estilo de vida diferente y que lo sustentan desde dentro. Y es que no es el último objetivo de las Jornadas el de fomentar tales amistades

y hacer que surjan en el mundo lugares de vida en la fe que sean, al mismo tiempo, lugares de esperanza y de caridad vivida.

Las cuatro dimensiones del Espíritu Santo

La alegría como fruto del Espíritu Santo: llegamos así el tema central de Sídney, que era, precisamente, el Espíritu Santo. En este análisis retrospectivo quisiera aludir, una vez más y de forma sintética, a la orientación implícita en dicho tema. Si tenemos en cuenta el testimonio de la Escritura y de la Tradición, reconocemos fácilmente cuatro dimensiones en el tema «Espíritu Santo».

Hay en primer lugar la afirmación que encontramos desde el inicio del relato de la creación; en ella se habla del Espíritu creador que aletea por encima de las aguas, crea el mundo y lo renueva continuamente. La fe en el Espíritu creador es un contenido esencial del Credo cristiano. El dato de que la materia lleva en sí una estructura matemática, que está llena de espíritu, es el fundamento en el que se basan las ciencias modernas de la naturaleza. Sólo porque está estructurada de manera inteligente, puede nuestro espíritu interpretar la materia y remodelarla activamente. El hecho de que esta estructura inteligente proceda del propio Espíritu creador que también nos dio el espíritu a nosotros implica al mismo tiempo una tarea y una responsa-

bilidad. En la fe acerca de la creación estriba el fundamento último de nuestra responsabilidad para con la tierra. No es ésta una mera propiedad nuestra que podamos explotar de acuerdo con nuestros intereses y deseos. Se trata, en cambio, de un don del Creador, que trazó sus ordenamientos intrínsecos y dio con ello las señales de orientación a las que debemos atenernos como administradores de su creación. El hecho de que la tierra y el cosmos reflejen al Espíritu creador significa también que sus estructuras racionales -que, más allá del orden matemático, se vuelven casi palpables en el experimento-, también llevan en sí una orientación ética. El Espíritu que los forjó es más que matemática: es el Bien en persona que, mediante el lenguaje de la creación, nos indica el camino de la vida recta.

Como la fe en el Creador forma parte esencial del Credo cristiano, la Iglesia no puede ni debe limitarse a transmitir a sus fieles tan sólo el mensaje de la salvación. Tiene una responsabilidad para con la creación, responsabilidad que debe hacer valer también en la esfera pública. Y al hacerlo no debe defender tan sólo la tierra, el agua y el aire como dones de la creación pertenecientes a todos. Tiene también que proteger al hombre contra la destrucción de sí mismo. Es preciso que exista algo parecido a una ecología del hombre rectamente concebida. Cuando la Iglesia habla de la naturaleza del ser humano como hombre y mujer y pide que se respete este orden de la creación,

no invoca una metafísica superada, ya que se trata de la fe en el Creador y de la escucha del lenguaje de la creación, cuyo desprecio sería una autodestrucción del hombre y, por ende, una destrucción de la propia obra de Dios. Lo que a menudo se expresa y entiende con el término *gender* («género en la acepción de sexo», en inglés en el original, N.d.T.) desemboca, en última instancia, en la autoemancipación del hombre respecto a la creación y al Creador. El hombre quiere hacerse él solo y determinar siempre y exclusivamente él solo lo que le concierne. Pero, al hacerlo, vive contra la verdad, vive contra el Espíritu creador. Las selvas tropicales merecen, desde luego, nuestra protección, pero no la merece menos el hombre como criatura en la que está grabado un mensaje que, lejos de contradecir nuestra libertad, es condición para ésta. Grandes teólogos de la Escolástica calificaron el matrimonio -es decir el vínculo para toda la vida entre hombre y mujer- como sacramento de la creación que el mismo Creador instituyó y que Cristo, sin modificar el mensaje de la creación, acogió sucesivamente en la historia de la salvación como sacramento de la Nueva Alianza. Forma parte del anuncio que la Iglesia debe transmitir el testimonio a favor del Espíritu creador presente en la naturaleza considerada en su totalidad y, de especial manera, en la naturaleza del hombre, creado a imagen de Dios. Partiendo de esta perspectiva debería releerse la Encíclica *Humanae vitae*, documento en el que la intención del

papa, Pablo VI, era defender el amor contra la sexualidad concebida como consumo, el futuro contra la pretensión exclusiva del presente y la naturaleza humana contra su manipulación.

Sólo añadiré ya algún que otro apunte sobre las demás dimensiones de la pneumatología. Si es verdad que el Espíritu creador se manifiesta, ante todo, en la grandeza silenciosa del universo, en su estructura inteligente, la fe, además de ello, nos dice algo inesperado: que ese Espíritu habla, por así decirlo, también con palabras humanas; que ha entrado en la historia y que, como fuerza forjadora de historia, es también un Espíritu hablante, o mejor dicho es Palabra que sale a nuestro encuentro en los escritos del Antiguo y del Nuevo Testamento. Lo que esto significa para nosotros, lo expresó magníficamente San Ambrosio en una de sus cartas: «Incluso ahora, mientras leo las divinas Escrituras, Dios pasea por el Paraíso» (Ep. 49, 3). Leyendo la Escritura, hoy también podemos nosotros caminar por el jardín del Paraíso y encontrarnos con Dios que por él pasea: entre el tema de la Jornada Mundial de la Juventud de Australia y el del Sínodo de los Obispos existe una honda relación interior. Los dos temas «Espíritu Santo» y «Palabra de Dios» van de la mano. Pero leyendo la Escritura aprendemos también que Cristo y el Espíritu Santo son inseparables uno de otro. Si Pablo afirma con síntesis desconcertante que «el Señor es el Espíritu» (2 Co 3, 17), en el trasfondo de esta formulación no

aparece tan sólo la unidad trinitaria entre el Hijo y el Espíritu Santo, sino, por encima de todo, su unidad en relación con la historia de la salvación: con la pasión y resurrección de Cristo quedan rasgados los velos del sentido puramente literal y se hace visible la presencia del Dios que está hablando. Al leer la Escritura junto con Cristo, aprendemos a percibir en las palabras humanas la voz del Espíritu Santo y descubrimos la unidad de la Biblia.

Hemos llegado así a la tercera dimensión de la pneumatología, que consiste precisamente en la inseparabilidad de Cristo y del Espíritu Santo. Ésta se manifiesta tal vez de la manera más hermosa en el relato de Juan sobre la primera aparición del Resucitado a los discípulos: el Señor sopla sobre éstos y, al hacerlo, les da el Espíritu Santo. El Espíritu Santo es el aliento de Cristo. Y al igual que el aliento de Dios había transformado, la mañana de la creación, el polvo del suelo en el hombre viviente, así el aliento de Cristo nos acoge en la comunión ontológica con el Hijo, haciendo de nosotros una nueva creación. De ahí que sea el Espíritu Santo quien nos impulse a decir con el Hijo: «¡Abbá, Padre!» (cf. Jn 20, 22; Rm 8, 15).

Por eso surge espontáneamente, como cuarta dimensión, la conexión entre Espíritu e Iglesia. Pablo, en *Primera Corintios* 12 y en *Romanos* 12, representó a la Iglesia como Cuerpo de Cristo y, por ende, como organismo

del Espíritu Santo en el que los dones de éste funden a los individuos en una unidad viviente. El Espíritu Santo es el Espíritu del Cuerpo de Cristo. En la totalidad de este Cuerpo hallamos nuestra tarea, vivimos unos al servicio y en dependencia de otros, viviendo en profundidad de aquél que por todos nosotros vivió y padeció y que por medio de su Espíritu nos atrae hacia sí, a la unidad de todos los hijos de Dios. «¿Quieres vivir tú también del Espíritu de Cristo? Permanece, pues, en el Cuerpo de Cristo», dice Agustín a este respecto (Tr. in Jo. 26, 13).

Así, en el tema «Espíritu Santo», que orientó las jornadas de Australia y, de forma menos manifiesta, también las semanas del Sínodo, se hace visible la fe cristiana en toda su amplitud; una amplitud que, de la responsabilidad por la creación y por la existencia del hombre en sintonía con la creación, conduce, a través de los temas de la Escritura y de la historia de la salvación, hasta Cristo y desde él a la comunidad viviente de la Iglesia en sus órdenes y responsabilidades y en su extensión y libertad, que halla expresión tanto en la multiplicidad de los carismas como en la imagen pentecostal de la multitud de las lenguas y culturas.

La alegría forma parte integrante de la fiesta. Se puede organizar la fiesta, pero no la alegría. Ésta sólo puede regalarse, y efectivamente nos ha sido regalada en abundancia: por eso estamos agradecidos. Al igual que Pablo califica

la alegría como fruto del Espíritu Santo, así también Juan, en su Evangelio, relaciona estrechamente el Espíritu y la alegría. El Espíritu Santo nos da la alegría. Y es él la alegría. La alegría es el don que compendia todos los demás dones. Es expresión de la felicidad, de un estado de armonía consigo mismo, lo que sólo puede derivarse de una situación de armonía con Dios y con su creación. Forma parte de la naturaleza de la alegría su irradiación, su necesidad de comunicarse. El espíritu misionero de la Iglesia no es más que el impulso de comunicar la alegría que se nos ha dado. Que esté siempre viva en nosotros y por consiguiente se

irradie hacia el mundo en sus tribulaciones: tal es mi deseo al final de este año. Junto con mi agradecimiento sincero por toda vuestra labor y acción, deseo también para todos vosotros que esa alegría que de Dios procede se nos otorgue copiosamente también en el nuevo año.

Encomiendo mis votos a la intercesión de la Virgen María, Mater divinæ gratiæ, pidiéndole poder vivir las fiestas navideñas con alegría y en la paz del Señor. Con estos sentimientos, imparto cordialmente a todos vosotros y a la gran familia de la Curia Romana la bendición apostólica.

HOMILÍAS

Homilía del Papa, Benedicto XVI, en la celebración de las primeras Vísperas del I Domingo de Adviento

*Basilica de San Pedro. Sábado, 29 de
noviembre de 2008*

Queridos hermanos y hermanas:

Con esta liturgia vespertina iniciamos el itinerario de un nuevo año litúrgico, entrando en el primero de los tiempos que lo componen: el Adviento. En la lectura bíblica que acabamos de escuchar, tomada de la *primera carta a los Tesalonicenses*, el apóstol

san Pablo *usa* precisamente esta palabra: “venida”, que en griego se dice *parusia* y en latín *adventus* (1 Ts 5, 23). Según la traducción común de este texto, san Pablo exhorta a los cristianos de Tesalónica a ser irrepreensibles “*hasta* la venida” del Señor. Pero el texto original dice: “*en* la venida” (*en te parusia*), como si la venida del Señor no fuera un punto futuro del tiempo, sino un lugar espiritual en el que debemos caminar en el presente, durante la espera, y dentro del cual precisamente debemos conservarnos irrepreensibles en todas las dimensiones personales.

En efecto, es precisamente esto lo que vivimos en la liturgia: al celebrar los tiempos litúrgicos, actualizamos de tal modo el misterio -en este caso la venida del Señor- que, por decirlo así, podemos “caminar en ella” hacia su plena realización, hasta el fin de los tiempos, pero aprovechando ya su virtud santificadora, dado que los últimos tiempos ya han comenzado con la muerte y la resurrección de Cristo.

La palabra que resume este estado particular, en el que se espera algo que debe manifestarse, pero que al mismo tiempo se vislumbra y se gusta por anticipado, es “esperanza”. El Adviento es, por excelencia, el tiempo espiritual de la esperanza, y en él la Iglesia entera está llamada a convertirse en esperanza para ella y para el mundo. Todo el organismo espiritual del Cuerpo místico asume, por decirlo así, el “color” de la esperanza. Todo el pueblo de Dios se pone de nuevo en camino atraído por este misterio: nuestro Dios es “el Dios que viene” y nos invita a salir a su encuentro.

¿De qué modo? Ante todo en la forma universal de la esperanza y la espera que es la oración, la cual encuentra su expresión eminente en los Salmos, palabras humanas en las que Dios mismo puso y pone continuamente la invocación de su venida en los labios y en el corazón de los creyentes. Por eso, reflexionemos unos momentos sobre los dos Salmos que acabamos de rezar y que son consecutivos también en el

Libro bíblico: el 141 y el 142, según la numeración judía.

“Señor, te estoy llamando, ven de prisa; escucha mi voz cuando te llamo. Suba mi oración como incienso en tu presencia, el alzar de mis manos como ofrenda de la tarde” (*Sal* 141, 1-2). Así comienza el primer salmo de las primeras Vísperas de la primera semana del Salterio: palabras que, al inicio del Adviento, adquieren un nuevo “color”, porque el Espíritu Santo siempre las hace resonar nuevamente en nosotros, en la Iglesia que está en camino entre el tiempo de Dios y el tiempo de los hombres.

“Señor, (...) ven de prisa” (v. 1). Es el grito de una persona que se siente en grave peligro, pero también es el grito de la Iglesia en medio de las múltiples asechanzas que la rodean, que amenazan su santidad, la integridad irreprochable de la que habla el apóstol san Pablo y que, en cambio, debe conservarse hasta la venida del Señor. Y en esta invocación resuena también el grito de todos los justos, de todos los que quieren resistir al mal, a las seducciones de un bienestar inicuo, de placeres que ofenden la dignidad humana y la condición de los pobres.

Al inicio del Adviento, la liturgia de la Iglesia hace suyo de nuevo este grito, y lo eleva a Dios “como incienso” (v. 2). En efecto, el ofrecimiento vespertino del incienso es símbolo de

la oración que elevan los corazones dirigidos a Dios, al Altísimo, así como “el alzar de las manos como ofrenda de la tarde” (v. 2). En la Iglesia ya no se ofrecen sacrificios materiales, como acontecía también en el templo de Jerusalén, sino que se eleva la ofrenda espiritual de la oración, en unión con la de Jesucristo, que es al mismo tiempo Sacrificio y Sacerdote de la Alianza nueva y eterna. En el grito del Cuerpo místico reconocemos la voz misma de su Cabeza: el Hijo de Dios, que tomó sobre sí nuestras pruebas y nuestras tentaciones, para darnos la gracia de su victoria.

Esta identificación de Cristo con el salmista es particularmente evidente en el segundo Salmo (142). Aquí, cada palabra, cada invocación hace pensar en Jesús, en su pasión, de modo especial en su oración al Padre en Getsemaní. En su primera venida, con la encarnación, el Hijo de Dios quiso compartir plenamente nuestra condición humana. Naturalmente, no compartió el pecado, pero, por nuestra salvación, sufrió todas sus consecuencias. Al rezar el Salmo 142, la Iglesia revive cada vez la gracia de esta compasión, de esta “venida” del Hijo de Dios en la angustia humana hasta tocar fondo.

Así, el grito de esperanza del Adviento expresa, desde el inicio y del modo más fuerte, toda la gravedad de nuestro estado, nuestra extrema necesidad de salvación. Es como de-

cir: esperamos al Señor no como una hermosa decoración para un mundo ya salvado, sino como único camino de liberación de un peligro mortal. Y nosotros sabemos que él mismo, el Liberador, tuvo que sufrir y morir para hacernos salir de esta prisión (cf. v. 8).

En pocas palabras, estos dos Salmos nos previenen de cualquier tentación de evasión y de fuga de la realidad; nos preservan de una falsa esperanza, que tal vez quisiera entrar en el Adviento e ir hacia la Navidad olvidando nuestra dramática existencia personal y colectiva. En efecto, una esperanza fiable, no engañosa, no puede menos de ser una esperanza “pascual”, como nos recuerda cada sábado por la tarde el cántico de la carta a los Filipenses, con el que alabamos a Cristo encarnado, crucificado, resucitado y Señor universal.

A él dirijamos nuestra mirada y nuestro corazón, en unión espiritual con la Virgen María, Nuestra Señora del Adviento. Pongamos nuestra mano en la suya y entremos con alegría en este nuevo tiempo de gracia que Dios regala a su Iglesia, para el bien de toda la humanidad. Como María, y con su ayuda materna, seamos dóciles a la acción del Espíritu Santo, para que el Dios de la paz nos santifique plenamente, y la Iglesia se convierta en signo e instrumento de esperanza para todos los hombres.

Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Visita Pastoral a la Basílica
de San Lorenzo Extramuros con
ocasión del 1750º Aniversario del
martirio de Santo Diácono***

I Domingo de Adviento, 30 de noviembre de 2008

Queridos hermanos y hermanas:

Con este primer domingo de Adviento entramos en el tiempo de cuatro semanas con que inicia un nuevo año litúrgico y que nos prepara inmediatamente para la fiesta de la Navidad, memoria de la encarnación de Cristo en la historia. Pero el mensaje espiritual de Adviento es más profundo y ya nos proyecta hacia la vuelta gloriosa del Señor, al final de nuestra historia. *Adventus* es palabra latina que podría traducirse por “llegada”, “venida”, “presencia”. En el lenguaje del mundo antiguo era un término técnico que indicaba la llegada de un funcionario, en particular la visita de reyes o emperadores a las provincias, pero también podía utilizarse para la aparición de una divinidad, que salía de su morada oculta y así manifestaba su poder divino: su presencia se celebraba solemnemente en el culto.

Los cristianos, al adoptar el término “Adviento”, quisieron expresar la relación especial que los unía a Cristo crucificado y resucitado. Él es el Rey que, al entrar en esta pobre provincia llamada tierra, nos ha hecho el don de

su visita y, después de su resurrección y ascensión al cielo, ha querido permanecer siempre con nosotros: percibimos su misteriosa presencia en la asamblea litúrgica.

En efecto, al celebrar la Eucaristía, proclamamos que él no se ha retirado del mundo y no nos ha dejado solos, y, aunque no lo podamos ver y tocar como sucede con las realidades materiales y sensibles, siempre está *con* nosotros y *entre* nosotros; más aún, está *en* nosotros, porque puede atraer a sí y comunicar su vida a todo creyente que le abra el corazón. Por tanto, Adviento significa hacer memoria de la primera venida del Señor en la carne, pensando ya en su vuelta definitiva; y, al mismo tiempo, significa reconocer que Cristo presente en medio de nosotros se hace nuestro compañero de viaje en la vida de la Iglesia, que celebra su misterio.

Esta certeza, queridos hermanos y hermanas, alimentada por la escucha de la Palabra de Dios, debería ayudarnos a ver el mundo de una manera diversa, a interpretar cada uno de los acontecimientos de la vida y de la historia como palabras que Dios nos dirige, como signos de su amor que nos garantizan su cercanía en todas las situaciones; en particular, esta certeza debería prepararnos para acogerlo cuando “de nuevo venga con gloria para juzgar a vivos y muertos, y su reino no tendrá fin”, como repetiremos dentro de poco en el *Credo*. En esta perspectiva, el Adviento es para todos los cristianos un tiempo

de espera y de esperanza, un tiempo privilegiado de escucha y de reflexión, con tal de que se dejen guiar por la liturgia, que invita a salir al encuentro del Señor que viene.

“¡Ven, Señor Jesús!”: esta ferviente invocación de la comunidad cristiana de los orígenes debe ser también, queridos amigos, nuestra aspiración constante, la aspiración de la Iglesia de todas las épocas, que anhela y se prepara para el encuentro con su Señor. “¡Ven hoy, Señor!”; ilumínanos, danos la paz, ayúdanos a vencer la violencia. ¡Ven, Señor! rezamos precisamente en estas semanas. “Señor, ¡que brille tu rostro y nos salve!”: hemos rezado así, hace unos instantes, con las palabras del salmo responsorial. Y el profeta Isaías, en la primera lectura, nos ha revelado que el rostro de nuestro Salvador es el de un padre tierno y misericordioso, que cuida de nosotros en todas las circunstancias, porque somos obra de sus manos: “Tú, Señor, eres nuestro padre, tu nombre de siempre es “Nuestro redentor”” (Is 63,16).

Nuestro Dios es un padre dispuesto a perdonar a los pecadores arrepentidos y a acoger a los que confían en su misericordia (cf. Is 64, 4). Nos habíamos alejado de él a causa del pecado, cayendo bajo el dominio de la muerte, pero él ha tenido piedad de nosotros y por su iniciativa, sin ningún mérito de nuestra parte, decidió salir a nuestro encuentro, enviando a su Hijo único como nuestro Redentor. Ante un mis-

terio de amor tan grande brota espontáneamente nuestro agradecimiento, y nuestra invocación se hace más confiada: “Muéstranos, Señor, hoy, en nuestro tiempo, en todas las partes del mundo, tu misericordia; haz que sintamos tu presencia y danos tu salvación” (cf. *Aleluya*).

Queridos hermanos y hermanas, el pensamiento de la presencia de Cristo y de su venida cierta al final de los tiempos es muy significativo en vuestra basílica, junto al monumental cementerio del Verano, donde descansan, en espera de la resurrección, muchos de nuestros queridos difuntos. ¡Cuántas veces, en este templo, se celebran liturgias fúnebres! ¡Cuántas veces resuenan, llenas de consuelo, las palabras de la liturgia: “En Cristo, tu Hijo, nuestro salvador, brilla la esperanza de nuestra feliz resurrección, y aunque la certeza de morir nos entristece, nos consuela la promesa de la futura inmortalidad”! (cf. *Prefacio de difuntos*, I).

Pero vuestra monumental basílica, que nos lleva a pensar en la primitiva, que el emperador Constantino mandó construir y que después se transformó hasta asumir su fisonomía actual, habla sobre todo del glorioso martirio de san Lorenzo, archidiacono del Papa, san Sixto II, y su fiduciario en la administración de los bienes de la comunidad. Hoy he venido a celebrar la santa Eucaristía para unirme a vosotros al rendirle homenaje en una circunstancia muy singular, con ocasión del Año

jubilar laurentino, proclamado para conmemorar el 1750° aniversario del nacimiento al cielo del santo diácono.

La historia nos confirma cuán glorioso es el nombre de este santo, ante cuyo sepulcro estamos reunidos. Su solicitud por los pobres, el generoso servicio que prestó a la Iglesia de Roma en el ámbito de la ayuda y de la caridad, y su fidelidad al Papa, que lo impulsó a querer seguirlo en la suprema prueba del martirio y el testimonio heroico de la sangre, que dio sólo pocos días después, son hechos universalmente conocidos.

San León Magno, en una hermosa homilía, comenta así el atroz martirio de este “ilustre héroe”: “Las llamas no pudieron vencer la caridad de Cristo; y el fuego que lo quemaba por fuera era más débil del que ardía dentro de él”. Y añade: “El Señor quiso exaltar hasta tal punto su nombre glorioso en todo el mundo que, desde Oriente hasta Occidente, en el resplandor vivísimo de la luz irradiada por los más grandes diáconos, la misma gloria que recibió Jerusalén por Esteban tocó también a Roma por los méritos de Lorenzo” (*Homilía 85, 4: PL 54, 486*).

Este año se conmemora el 50° aniversario de la muerte del siervo de Dios Papa, Pío XII, y esto nos trae a la memoria un acontecimiento particularmente dramático en la historia plurisecular de vuestra basílica, que tuvo lugar durante la segunda guerra

mundial, cuando, exactamente el 19 de julio de 1943, un violento bombardeo causó gravísimos daños al edificio y a todo el barrio, sembrando muerte y destrucción. Jamás podrá borrarse de la memoria de la historia el gesto generoso realizado en aquella ocasión por mi venerado predecesor, que corrió inmediatamente a socorrer y consolar a la población duramente afectada, entre los escombros aún humeantes.

Además, no olvido que esta misma basílica conserva las urnas de otras dos grandes personalidades; en efecto, en el hipogeo están expuestos a la veneración de los fieles los restos mortales del beato Pío IX, mientras que en el atrio se halla la tumba de Alcide De Gasperi, guía sabio y equilibrado de Italia en los difíciles años de la reconstrucción posbélica y, al mismo tiempo, insigne estadista capaz de mirar a Europa con una amplia visión cristiana.

Mientras nos hallamos reunidos aquí en oración, me complace saludaros con afecto a todos vosotros, en particular al cardenal vicario, al monseñor vicegerente, que es también abad comendatario de la basílica, al obispo auxiliar del sector norte y a vuestro párroco, padre Bruno Mustacchio, al que agradezco las amables palabras que me ha dirigido al inicio de la celebración litúrgica.

Saludo al ministro general de la Orden de los Frailes Menores Capuchinos y a los hermanos de la comunidad

que prestan su servicio con celo y dedicación, acogiendo a los numerosos peregrinos, ayudando con caridad a los pobres y testimoniando la esperanza en Cristo resucitado a quienes van a visitar el cementerio del Verano. Os aseguro mi aprecio y, sobre todo, mi recuerdo en la oración. Saludo, asimismo, a los diversos grupos comprometidos en la animación de la catequesis, de la liturgia y de la caridad; a los miembros de los dos coros polifónicos; y a la Tercera Orden Franciscana local y regional. También me ha complacido saber que, desde hace algunos años, se encuentra aquí el “laboratorio misionero diocesano” para formar a las comunidades parroquiales en la conciencia misionera, y me uno de buen grado a vosotros deseando que esta iniciativa de nuestra diócesis contribuya a suscitar una valiente acción pastoral misionera, que lleve el anuncio del amor misericordioso de Dios a todos los rincones de Roma, implicando principalmente a los jóvenes y a las familias.

Por último, extendiendo mi saludo a los habitantes del barrio, especialmente a los ancianos, a los enfermos, a las personas solas y en dificultades. Los recuerdo a todos y cada uno en esta santa misa.

Queridos hermanos y hermanas, en este inicio del Adviento, el mejor mensaje que recibimos de san Lorenzo es el de la santidad. Nos repite que la santidad, es decir, el salir al encuentro de Cristo que viene continuamente a visi-

tarnos, no pasa de moda; más aún, con el paso del tiempo resplandece de modo luminoso y manifiesta la perenne tensión del hombre hacia Dios. Por tanto, que esta celebración jubilar sea para vuestra comunidad parroquial ocasión para renovar vuestra adhesión a Cristo, para profundizar aún más vuestro sentido de pertenencia a su Cuerpo místico, que es la Iglesia, y para vivir un compromiso constante de evangelización a través de la caridad. Que san Lorenzo, testigo heroico de Cristo crucificado y resucitado, sea para cada uno ejemplo de dócil adhesión a la voluntad divina, a fin de que, como el apóstol san Pablo recordaba a los Corintios, también nosotros vivamos de modo que seamos “irreprensibles” en el día del Señor (cf. *1 Co* 1, 7-9).

Prepararnos para la venida de Cristo es también la exhortación que nos dirige el evangelio de hoy: “¡Velad!”, nos dice Jesús en la breve parábola del dueño de casa que se va de viaje y no se sabe cuándo volverá (cf. *Mc* 13, 33-37). Velar significa seguir al Señor, elegir lo que Cristo eligió, amar lo que él amó, conformar la propia vida a la suya. Velar implica pasar cada instante de nuestro tiempo en el horizonte de su amor, sin dejarse abatir por las dificultades inevitables y los problemas diarios. Así hizo san Lorenzo y así debemos hacer nosotros. Pidamos al Señor que nos conceda su gracia, para que el Adviento sea para todos un estímulo a caminar en esta dirección. Que nos guíen y nos acompañen con su in-

tercesión María, la humilde Virgen de Nazaret, elegida por Dios para ser la Madre del Redentor; san Andrés, cuya fiesta celebramos hoy; y san Lorenzo, ejemplo de intrépida fidelidad cristiana hasta el martirio. Amén.

***Homilía del Papa, Benedicto XVI,
en la Misa de Nochebuena,
Solemnidad de la Natividad del
Señor***

*Basilica Vaticana. 25 de diciembre de
2008*

Queridos hermanos y hermanas

«¿Quién como el Señor, Dios nuestro, que se eleva en su trono y se abaja para mirar al cielo y a la tierra?». Así canta Israel en uno de sus Salmos (113 [112],5s), en el que exalta al mismo tiempo la grandeza de Dios y su benévola cercanía a los hombres. Dios reside en lo alto, pero se inclina hacia abajo... Dios es inmensamente grande e inconmensurablemente por encima de nosotros. Esta es la primera experiencia del hombre. La distancia parece infinita. El Creador del universo, el que guía todo, está muy lejos de nosotros: así parece inicialmente. Pero luego viene la experiencia sorprendente: Aquél que no tiene igual, que «se eleva en su trono», mira hacia abajo, se inclina hacia abajo. Él nos ve y me ve. Este mirar hacia abajo es más que una mirada desde lo alto. El

mirar de Dios es un obrar. El hecho que Él me ve, me mira, me transforma a mí y al mundo que me rodea. Así, el Salmo prosigue inmediatamente: «Levanta del polvo al desvalido...». Con su mirar hacia abajo, Él me levanta, me toma benévolamente de la mano y me ayuda a subir, precisamente yo, de abajo hacia arriba. «Dios se inclina». Esta es una palabra profética. En la noche de Belén, esta palabra ha adquirido un sentido completamente nuevo. El inclinarse de Dios ha asumido un realismo inaudito y antes inimaginable. Él se inclina: viene abajo, precisamente Él, como un niño, incluso hasta la miseria del establo, símbolo toda necesidad y estado de abandono de los hombres. Dios baja realmente. Se hace un niño y pone en la condición de dependencia total propia de un ser humano recién nacido. El Creador que tiene todo en sus manos, del que todos nosotros dependemos, se hace pequeño y necesitado del amor humano. Dios está en el establo. En el antiguo Testamento el templo fue considerado algo así como el escabel de Dios; el arca sagrada como el lugar en que Él, de modo misterioso, estaba presente entre los hombres. Así se sabía que sobre el templo, oculta-mente, estaba la nube de la gloria de Dios. Ahora, está sobre el establo. Dios está en la nube de la miseria de un niño sin posada: qué nube impenetrable y, no obstante, nube de la gloria. En efecto, ¿de qué otro modo podría aparecer más grande y más

pura su predilección por el hombre, su preocupación por él? La nube del ocultación, de la pobreza del niño totalmente necesitado de amor, es al mismo tiempo la nube de la gloria. Porque nada puede ser más sublime, más grande, que el amor que se inclina de este modo, que desciende, que se hace dependiente. La gloria del verdadero Dios se hace visible cuando se abren los ojos del corazón ante del establo de Belén.

El relato de la Natividad según San Lucas, que acabamos de escuchar en el pasaje evangélico, nos dice que Dios, en primer lugar, ha levantado un poco el velo que lo ocultaba ante personas de muy baja condición, ante personas que en la gran sociedad eran más bien despreciadas: ante los pastores que velaban sus rebaños en los campos de las cercanías de Belén. Lucas nos dice que estas personas «velaban». Podemos sentirnos así atraídos de nuevo por un motivo central del mensaje de Jesús, en el que, repetidamente y con urgencia creciente hasta el Huerto de los Olivos, aparece la invitación a la vigilancia, a permanecer despiertos para percibir la llegada de Dios y estar preparados para ella. Por tanto, también aquí la palabra significa quizás algo más que el simple estar materialmente despiertos durante la noche. Fueron realmente personas en alerta, en las que estaba vivo el sentido de Dios y de su cercanía. Personas que estaban a la espera de Dios y que no se resignaban a su aparente lejanía

de su vida cotidiana. A un corazón vigilante se le puede dirigir el mensaje de la gran alegría: en esta noche os ha nacido el Salvador. Sólo el corazón vigilante es capaz de creer en el mensaje. Sólo el corazón vigilante puede infundir el ánimo de encaminarse para encontrar a Dios en las condiciones de un niño en el establo. Roguemos en esta hora al Señor que nos ayude también a nosotros a convertirnos en personas vigilantes.

San Lucas nos cuenta, además, que los pastores mismos estaban «envueltos» en la gloria de Dios, en la nube de luz, que se encontraron en el íntimo resplandor de esta gloria. Envueltos por la nube santa escucharon el canto de alabanza de los ángeles: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama». Y, ¿quiénes son estos hombres de su benevolencia sino los pequeños, los vigilantes, los que están a la espera, que esperan en la bondad de Dios y lo buscan mirando hacia Él desde lejos?

En los Padres de la Iglesia se puede encontrar un comentario sorprendente sobre el canto con el que los ángeles saludan al Redentor. Hasta aquel momento –dicen los Padres– los ángeles conocían a Dios en la grandeza del universo, en la lógica y la belleza del cosmos que provienen de Él y que lo reflejan. Habían escuchado, por decirlo así, el canto de alabanza callado de la creación y lo habían transformado en música del cielo. Pero ahora había

ocurrido algo nuevo, incluso sobrecolector para ellos. Aquél de quien habla el universo, el Dios que sustenta todo y lo tiene en su mano, Él mismo había entrado en la historia de los hombres, se había hecho uno que actúa y que sufre en la historia. De la gozosa turbación suscitada por este acontecimiento inconcebible, de esta segunda y nueva manera en que Dios ha manifestado –dicen los Padres– surgió un canto nuevo, una estrofa que el Evangelio de Navidad ha conservado para nosotros: «Gloria a Dios en el cielo, y en la tierra paz a los hombres que Dios ama». Tal vez podemos decir que, según la estructura de la poesía judía, este doble versículo, en sus dos partes, dice en el fondo lo mismo, pero desde un punto de vista diferente. La gloria de Dios está en lo más alto de los cielos, pero esta altura de Dios se encuentra ahora en el establo: lo que era bajo se ha hecho sublime. Su gloria está en la tierra, es la gloria de la humildad y del amor. Y también: la gloria de Dios es la paz. Donde está Él, allí hay paz. Él está donde los hombres no pretenden hacer autónomamente de la tierra el paraíso, sirviéndose para ello de la violencia. Él está con las personas del corazón vigilante; con los humildes y con los que corresponden a su elevación, a la elevación de la humildad y el amor. A éstos da su paz, porque por medio de ellos entre la paz en este mundo.

El teólogo medieval Guillermo de S. Thierry dijo una vez: Dios ha visto

que su grandeza –a partir de Adán– provocaba resistencia; que el hombre se siente limitado en su ser él mismo y amenazado en su libertad. Por lo tanto, Dios ha elegido una nueva vía. Se ha hecho un niño. Se ha hecho dependiente y débil, necesitado de nuestro amor. Ahora –dice ese Dios que se ha hecho niño– ya no podéis tener miedo de mí, ya sólo podéis amarme.

Con estos pensamientos nos acercamos en esta noche al Niño de Belén, a ese Dios que ha querido hacerse niño por nosotros. En cada niño hay un reverbero del niño de Belén. Cada niño reclama nuestro amor. Pensemos por tanto en esta noche de modo particular también en aquellos niños a los que se les niega el amor de los padres. A los niños de la calle que no tienen el don de un hogar doméstico. A los niños que son utilizados brutalmente como soldados y convertidos en instrumentos de violencia, en lugar de poder ser portadores de reconciliación y de paz. A los niños heridos en lo más profundo del alma por medio de la industria de la pornografía y todas las otras formas abominables de abuso. El Niño de Belén es un nuevo llamamiento que se nos dirige a hacer todo lo posible con el fin de que termine la tribulación de estos niños; a hacer todo lo posible para que la luz de Belén toque el corazón de los hombres. Solamente a través de la conversión de los corazones, so-

lamente por un cambio en lo íntimo del hombre se puede superar la causa de todo este mal, se puede vencer el poder del maligno. Sólo si los hombres cambian, cambia el mundo y, para cambiar, los hombres necesitan la luz que viene de Dios, de esa luz que de modo tan inesperado ha entrado en nuestra noche.

Y hablando del Niño de Belén pensemos también en el pueblo que lleva el nombre de Belén; pensemos en aquel país en el que Jesús ha vivido y que tanto ha amado. Y roguemos para que allí se haga la paz. Que cesen el odio y la violencia. Que se abra el camino de la comprensión recíproca, se produzca una apertura de los corazones que abra las fronteras. Qué venga la paz que cantaron los ángeles en aquella noche.

En el Salmo 96 [95] Israel, y con él la Iglesia, alaban la grandeza de Dios que se manifiesta en la creación. Todas las criaturas están llamadas a unirse a este canto de alabanza, y en él se encuentra también una invitación: «Aclamen los árboles del bosque delante del Señor, que ya llega», (12s.). La Iglesia lee también este Salmo como una profecía y, a la vez, como una tarea. La venida de Dios en Belén fue silenciosa. Solamente los pastores que velaban fueron envueltos por unos momentos en el esplendor luminoso de su llegada y pudieron escuchar una parte de aquel canto nuevo nacido de la

maravilla y de la alegría de los ángeles por la llegada de Dios. Este venir silencioso de la gloria de Dios continúa a través de los siglos. Donde hay fe, donde su palabra se anuncia y se escucha, Dios reúne a los hombres y se entrega a ellos en su Cuerpo, los transforma en su Cuerpo. Él «viene». Y, así, el corazón de los hombres se despierta. El canto nuevo de los ángeles se convierte en canto de los hombres que, a lo largo de los siglos y de manera siempre nueva, cantan la llegada de Dios como niño y, se alegran desde lo más profundo de su ser. Y los árboles del bosque van hacia Él y exultan. El árbol en la Plaza de san Pedro habla de Él, quiere transmitir su esplendor y decir: Sí, Él ha venido y los árboles del bosque lo aclaman. Los árboles en las ciudades y en las casas deberían ser algo más que una costumbre festiva: ellos señalan a Aquél que es la razón de nuestra alegría, al Dios que viene, el Dios que por nosotros se ha hecho niño. El canto de alabanza, en lo más profundo, habla en fin de Aquél que es el árbol de la vida mismo reencontrado. En la fe en Él, recibimos la vida. En el sacramento de la Eucaristía, Él se nos da, da una vida que llega hasta la eternidad. En estos momentos, nosotros nos sumamos al canto de alabanza de la creación, y nuestra alabanza es al mismo tiempo una plegaria: Sí, Señor, haz vernos algo del esplendor de tu gloria. Y da la paz en la tierra. Haznos hombres y mujeres de tu paz. Amén.

MENSAJES

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
con ocasión del Congreso
Internacional sobre el tema “El
Vaticano II en el pontificado de Juan
Pablo II”***

Al padre Marco Tasca, Ministro general de los Frailes Menores Conventuales y gran canciller de la Facultad teológica pontificia “San Buenaventura” Seraphicum

He sabido con alegría que esa *Facultad teológica pontificia*, juntamente con el *Instituto de documentación y de estudio del pontificado de Juan Pablo II*, ha organizado un congreso internacional sobre el tema: “El Vaticano II en el pontificado de Juan Pablo II”. Con esta iniciativa, la *Facultad teológica* ha querido llevar a cabo, entre otras cosas, una reflexión profunda sobre la situación actual de la Iglesia con vistas a la celebración del VIII centenario de la Regla que san Francisco presentó al Papa, Inocencio III, en el año 1209, recibiendo de palabra su aprobación. El *Instituto de documentación y de estudio*, con este importante acontecimiento científico, se ha propuesto celebrar el 30° aniversario de la elevación de Karol Wojtyła a la Sede de Pedro, con el fin de dar a conocer mejor la enseñanza del gran Pontífice y su amor a la Iglesia en el contexto histórico y teológico del Concilio, por el que tanto se interesó.

Al dirigirle, querido ministro general, mi saludo cordial, le ruego que se

haga intérprete con sus hermanos conventuales, con los profesores del Ateneo, con el director y los miembros del Instituto y con todos los participantes en el congreso, de los sentimientos de afecto paterno que albergo por cada uno de ellos.

No puedo menos de alegrarme por la elección de un tema que une dos asuntos de un interés muy singular para mí: por una parte, el concilio Vaticano II, en el que tuve el honor de participar como experto; y, por otra, la figura de mi amado predecesor, Juan Pablo II, que dio a ese Concilio una significativa contribución personal como padre conciliar, convirtiéndose después, por voluntad divina, en su ejecutor principal durante los años de su pontificado. En este contexto, siento el deber de recordar también que el Concilio brotó del gran corazón del Papa, Juan XXIII, de cuya elección a la Cátedra de Pedro se conmemora precisamente hoy, 28 de octubre, el quincuagésimo aniversario.

He dicho que el Concilio brotó del corazón de Juan XXIII, pero sería más exacto decir que, en última instancia, como todos los grandes acontecimientos de la historia de la Iglesia, brotó del corazón de Dios, de su voluntad salvífica: “Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna” (*Jn 3, 16*). Hacer accesible al hombre de hoy la salvación

divina fue para el Papa, Juan XXIII, el motivo fundamental de la convocación del Concilio, y esta fue la perspectiva con la que trabajaron los padres. Precisamente por eso “los documentos conciliares -como recordé el 20 de abril de 2005, al día siguiente de mi elección como Pontífice-, no han perdido su actualidad con el paso de los años; al contrario, sus enseñanzas se revelan particularmente pertinentes ante las nuevas instancias de la Iglesia y de la actual sociedad globalizada” (*Mensaje al final de la santa misa por la Iglesia universal*, n. 3: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 22 de abril de 2005, p. 6).

Juan Pablo II acogió prácticamente en cada uno de sus documentos, y sobre todo en sus opciones y en su comportamiento como Pontífice, las instancias fundamentales del concilio ecuménico Vaticano II, convirtiéndose así en su intérprete cualificado y en su testigo coherente. Su preocupación constante fue dar a conocer a todos las ventajas que podían derivar de la acogida de la visión conciliar, no sólo para el bien de la Iglesia sino también para el de la sociedad civil y de las personas que actúan en ella: “Hemos *contraído una deuda con el Espíritu Santo* -dijo en el *Angelus* del 6 de octubre de 1985, refiriéndose al Sínodo extraordinario de los obispos que estaba a punto de celebrarse precisamente para reflexionar sobre la respuesta dada por la Iglesia durante los veinte años que habían pasado desde la conclusión del Vaticano

II-, *hemos contraído una deuda con el Espíritu de Cristo*. En efecto, este es el Espíritu que habla a las Iglesias (cf. *Ap 2, 7*): durante el Concilio y por medio de él, su palabra se ha hecho especialmente expresiva y decisiva para la Iglesia” (n. 2: *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 13 de octubre de 1985, p. 2).

En verdad, todos somos deudores de este extraordinario acontecimiento eclesial. La múltiple herencia doctrinal que encontramos en sus constituciones dogmáticas, en sus declaraciones y en sus decretos, nos estimula todavía a profundizar en la palabra del Señor para aplicarla al hoy de la Iglesia, teniendo muy presentes las numerosas necesidades de los hombres y de las mujeres del mundo contemporáneo, sumamente necesitado de conocer y experimentar la luz de la esperanza cristiana. El Sínodo de los obispos recién concluido centró en estas necesidades sus provechosas y ricas reflexiones, reafirmando el deseo expresado ya en la constitución *Dei Verbum*: “Que, por la lectura y estudio de los libros sagrados, “se difunda y brille la Palabra de Dios” (2 Ts 3, 1); que el tesoro de la Revelación encomendado a la Iglesia vaya llenando el corazón de los hombres” (n. 26), llevándoles la salvación de Dios y con ella la felicidad auténtica.

Es un compromiso que me complace confiaros de modo particular a vosotros, queridos profesores de la Facultad teológica pontificia, que venera al doc-

tor seráfico, san Buenaventura, como su patrono celestial. En la riqueza de su pensamiento puede ofrecernos claves de lectura todavía actuales, con las cuales acercarnos a los documentos conciliares para buscar en ellos respuestas satisfactorias a los numerosos interrogantes de nuestro tiempo. El anhelo de salvación de la humanidad que animaba a los padres conciliares, orientando su esfuerzo por buscar soluciones para los numerosos problemas actuales, no era menos vivo en el corazón de san Buenaventura ante las esperanzas y las angustias de los hombres de su tiempo.

Por otra parte, puesto que los interrogantes de fondo que el hombre lleva en su corazón no cambian con el paso del tiempo, también las respuestas elaboradas por el Doctor seráfico siguen siendo sustancialmente válidas aún hoy. En particular, sigue siendo válido el *Itinerarium mentis in Deum*, que san Buenaventura compuso en el año 1259. Este libro, pequeño pero valioso, aun guiando a las alturas de la teología mística, habla también a todos los cristianos de lo que es esencial en su vida. La meta última de todas nuestras actividades debe ser nuestra comunión con el Dios vivo. Así, también para los padres del concilio Vaticano II el objetivo último de todos los elementos de la renovación de la Iglesia fue guiar hacia el Dios vivo, que se reveló en Jesucristo.

Estoy seguro de que la *Facultad teológica pontificia San Buenaventura* y el

Instituto de documentación y de estudio del pontificado de Juan Pablo II seguirán desarrollando su reflexión sobre los textos conciliares, valiéndose también de las aportaciones maduradas en este congreso. En este sentido, aseguro el apoyo de mi oración y, como prenda de las luces celestiales para un trabajo rico en frutos, le imparto a usted, reverendísimo ministro general, a los relatores del congreso y a cuantos participan en él, así como a la *Fundación Juan Pablo II*, que ha contribuido generosamente a su realización, la bendición apostólica.

Vaticano, 28 de octubre de 2008

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
con ocasión de la XIII Sesión
Pública de las Academias Pontificias***

*Al venerado hermano Monseñor
Gianfranco Ravasi, Presidente del Consejo pontificio para la cultura*

Me complace enviarle a usted y al Consejo de coordinación de las Academias pontificias mi cordial saludo con ocasión de la sesión pública anual, cita tradicional para dar relieve a las actividades promovidas con empeño y generosa dedicación por cada una de las Academias, y momento de encuentro y de comunión entre diversas Instituciones animadas por un objetivo común: servir a la persona humana, para que resalten su esplendor y sus responsabili-

dades, su armonía y su misión. Extiendo mi saludo a los señores cardenales, a los obispos, a los sacerdotes, a los señores embajadores y a los representantes de cada Academia pontificia reunidos para este acto solemne y familiar.

Para esta decimotercera sesión pública de las Academias pontificias, la insigne Academia pontificia de Bellas Artes y Letras de los Virtuosos en el Panteón, que este año organiza el acontecimiento, ha elegido como tema: “Universalidad de la belleza: estética y ética en confrontación”. Se trata de un tema muy significativo para profundizar la relación, o mejor, el diálogo entre estética y ética, entre belleza y actuar humano, diálogo tan necesario como quizás olvidado o eludido.

No sólo el actual debate cultural y artístico, sino también la realidad cotidiana nos vuelven a proponer la necesidad y la urgencia de un renovado diálogo entre estética y ética, entre belleza, verdad y bondad. Efectivamente, en diversos niveles emerge dramáticamente la separación, e incluso la contraposición, entre las dos dimensiones: la de la búsqueda de la belleza, aunque comprendida reductivamente como forma exterior, como apariencia que se ha de perseguir a toda costa, y la de la verdad y la bondad de las acciones que se llevan a cabo para realizar un fin.

De hecho, una búsqueda de la belleza que fuese extraña o separada de la búsqueda humana de la verdad y de

la bondad se transformaría, como por desgracia sucede, en mero estetismo, y, sobre todo para los más jóvenes, en un itinerario que desemboca en lo efímero, en la apariencia banal y superficial, o incluso en una fuga hacia paraísos artificiales, que enmascaran y esconden el vacío y la inconsistencia interior. Ciertamente, esta búsqueda aparente y superficial no tendría una inspiración universal, sino que inevitablemente resultaría del todo subjetiva, si no incluso individualista, para terminar quizás incluso en la incomunicabilidad.

Muchas veces he puesto de relieve la necesidad y el compromiso de un ensanchamiento de los horizontes de la razón, y, desde esta perspectiva, es necesario volver a comprender también la íntima conexión que une la búsqueda de la belleza con la búsqueda de la verdad y de la bondad. Una razón que quisiera despojarse de la belleza resultaría disminuida, como también una belleza privada de razón se reduciría a una máscara vacía e ilusoria.

En el encuentro con el clero de la diócesis de Bressanone, el pasado 6 de agosto, dialogando precisamente sobre la relación entre belleza y razón, hice notar que debemos aspirar a una razón de mayor amplitud, en la que el corazón y la razón se encuentren, en la que la belleza y la verdad se toquen. Aunque este compromiso corresponde a todos, vale aún más para el creyente, para el discípulo de Cristo, llamado por el Señor a “dar razón” a todos de la belle-

za y de la verdad de su propia fe. Nos lo recuerda el *Evangelio de san Mateo*, en el que leemos la exhortación dirigida por Jesús a sus discípulos: “Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (*Mt* 5, 16). Conviene notar que en el texto griego se habla de *kalà erga*, de obras bellas y buenas al mismo tiempo, porque la belleza de las obras manifiesta y expresa, en una síntesis excelente, la bondad y la verdad profundas del gesto, como también la coherencia y la santidad de quien lo realiza. La belleza de las obras, de la que habla el Evangelio, nos remite a otra belleza, verdad y bondad, que sólo en Dios tienen su perfección y su fuente última.

Así pues, nuestro testimonio debe alimentarse de esta belleza, nuestro anuncio del Evangelio debe percibirse en su belleza y novedad; y por ello es necesario saber comunicar con el lenguaje de las imágenes y de los símbolos. Nuestra misión diaria debe convertirse en transparencia elocuente de la belleza del amor de Dios para que llegue de modo eficaz a nuestros contemporáneos, a menudo distraídos y absorbidos por un clima cultural no siempre propenso a acoger una belleza en plena armonía con la verdad y la bondad, pero deseosos y nostálgicos de una belleza auténtica, no superficial y efímera.

Esto se ha puesto de manifiesto también durante el reciente Sínodo de los

obispos, convocado para reflexionar sobre el tema: “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”. Diversas intervenciones pusieron de relieve el valor perenne de un “testimonio de la belleza” para anunciar el Evangelio, subrayando la importancia de saber leer y escrutar la belleza de las obras de arte, inspiradas por la fe y promovidas por los creyentes, para descubrir en ellas un itinerario singular que acerca a Dios y a su Palabra.

En el *Mensaje* conclusivo, dirigido por los Padres sinodales a todos los creyentes, se reafirma la bondad y la eficacia de la *via pulchritudinis*, uno de los posibles itinerarios, quizá el más atractivo y fascinante, para comprender y alcanzar a Dios. En el mismo documento se recuerda la *Carta a los artistas* de mi venerado predecesor el siervo de Dios Juan Pablo II, que invitaba a reflexionar sobre el íntimo y fecundo diálogo entre la Sagrada Escritura y las diversas formas artísticas, del que han brotado innumerables obras maestras.

En esta ocasión os sugiero que volváis a tomar esta *Carta*, a los diez años de su publicación, para hacerla objeto de una renovada reflexión sobre el arte, sobre la creatividad de los artistas, así como sobre el fecundo y a la vez problemático diálogo entre los artistas y la fe cristiana, vivida en la comunidad de los creyentes. Me dirijo particularmente a vosotros, queridos académicos y artistas, porque vuestra tarea, vuestra misión consiste precisamente en susci-

tar la admiración y el deseo de lo bello, formar la sensibilidad de las personas y alimentar la pasión por todo aquello que es expresión auténtica del genio humano y reflejo de la Belleza divina.

Queridos hermanos y hermanas, el premio de las Academias pontificias, instituido por mi venerado predecesor el Papa, Juan Pablo II, tiene una finalidad peculiar: suscitar nuevos talentos en los diversos campos del saber y animar la tarea de jóvenes estudiosos, artistas e instituciones que dedican su actividad a la promoción del humanismo cristiano. Así pues, acogiendo la propuesta formulada por el Consejo de coordinación de las Academias pontificias, en esta solemne sesión pública me alegra en verdad que se asigne el premio de las Academias pontificias al doctor Daniele Piccini, que se ha distinguido tanto por su compromiso en el estudio crítico de la poesía y de la literatura -particularmente en la italiana de los orígenes y del Renacimiento- como por su militancia activa en el campo poético, expresada en algunas antologías significativas.

También me complace que, como signo de aprecio y aliento, se entregue una medalla del pontificado al doctor Giulio Catelli, joven pintor, por su investigación artística, apreciada ya por la crítica de arte; así como a la fundación Stauròs italiana, Onlus, por la realización del Museo de arte sacro contemporáneo y por la organización de la Bienal de arte sacro, cita ya tradi-

cional para los artistas comprometidos en el sector del arte sacro.

Por último, manifiesto a todos los académicos, y especialmente a los miembros de la insigne Academia pontificia de Bellas Artes y Letras de los Virtuosos en el Panteón, mi vivo aprecio por la actividad realizada, y expreso el deseo de un compromiso apasionado y creativo, sobre todo en el campo artístico, para promover en las culturas contemporáneas un nuevo humanismo cristiano, que recorra con claridad y decisión el camino de la belleza auténtica. Con estos sentimientos, os encomiendo a cada uno de vosotros, así como vuestra valiosa obra de estudio e investigación creativa, a la protección materna de la Virgen María, a la que con toda la Iglesia invocamos como *Tota pulchra*, la Toda hermosa, y de corazón le imparto a usted, señor presidente, y a todos los presentes una especial bendición apostólica.

Vaticano, 24 de noviembre de 2008

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
a su Santidad Bartolomé I,
Patriarca de Constantinopla con
motivo de la fiesta de San Andrés***

A Su Santidad, Bartolomé I, Arzobispo de Constantinopla Patriarca ecuménico

“Gracia a vosotros y paz de parte de Dios, nuestro Padre” (Ga 1, 3)

Con profunda alegría dirijo estas palabras de san Pablo a Su Santidad, al Santo Sínodo y a todo el clero ortodoxo, así como a los fieles reunidos para la fiesta de san Andrés, el hermano de san Pedro y, como él, gran apóstol y mártir por Cristo. Me complace ser representado en esta festiva ocasión por una delegación encabezada por mi venerado hermano, el cardenal Walter Kasper, presidente del Consejo pontificio para la promoción de la unidad de los cristianos, a quien he encomendado este mensaje de saludo. Mis oraciones se unen a las vuestras para pedir al Señor el bienestar y la unidad de los discípulos de Cristo en todo el mundo.

Doy gracias a Dios que nos ha permitido fortalecer los vínculos de amor mutuo entre nosotros, apoyados por la oración y por un contacto fraterno cada vez más regular. Durante el año que está a punto de terminar, hemos sido bendecidos tres veces por la presencia de Su Santidad en Roma: con ocasión de su lección magistral en el Pontificio Instituto Oriental, que tiene el honor de contarle entre sus alumnos; en la inauguración del Año paulino, en la fiesta de san Pedro y san Pablo, patronos de Roma; y en la XII Asamblea general ordinaria del Sínodo de los obispos de la Iglesia católica, celebrada en octubre sobre el tema: “La Palabra de Dios en la vida y en la misión de la Iglesia”, cuando usted pronunció un discurso con reflexiones muy profundas.

Como signo de nuestra creciente comunión y cercanía espiritual, la Iglesia

católica, por su parte, estuvo representada en las celebraciones del Año paulino presididas por Su Santidad, que incluyeron un simposio y una peregrinación a los lugares paulinos en Asia menor. Estas experiencias de encuentro y de oración común contribuyen a aumentar nuestro compromiso de alcanzar la meta de nuestro camino ecuménico.

Con este mismo espíritu, Su Santidad me ha informado del resultado positivo de la *Synaxis* de los primados y representantes de las Iglesias ortodoxas, que tuvo lugar recientemente en El Fanar. Los signos de esperanza que han surgido de las relaciones entre los ortodoxos y el compromiso ecuménico han sido acogidos con alegría. Confío y pido a Dios que estos pasos tengan un efecto constructivo en el diálogo teológico oficial entre las Iglesias ortodoxas y la Iglesia católica, y lleven a una solución de las dificultades que se han encontrado en las dos últimas sesiones. Como Su Santidad señaló en su discurso al Sínodo de los obispos de la Iglesia católica, la Comisión mixta internacional para el diálogo teológico entre católicos y ortodoxos está afrontando ahora una cuestión crucial que, una vez resuelta, nos acercaría más a la comunión plena.

En esta fiesta de san Andrés, reflexionamos con alegría y damos gracias porque las relaciones entre nosotros están entrando de manera progresiva en niveles cada vez más profundos, a la vez que renovamos nuestro compromiso en el

camino de oración y de diálogo. Confiamos en que nuestro camino común apresurará la llegada del día bendito en que alabaremos juntos a Dios en una celebración común de la Eucaristía. La vida interior de nuestras Iglesias y los desafíos del mundo moderno exigen urgentemente este testimonio de unidad entre los discípulos de Cristo.

Con estos sentimientos fraternos, envío a Su Santidad mi saludo cordial en el Señor, que nos asegura su gracia y su paz.

Vaticano, 26 de noviembre de 2008

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
por la muerte de su Santidad
Alexis II, Patriarca de Moscú y de
todas las Rusias***

Al Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa

He recibido con profunda conmoción la triste noticia de la muerte de Su Santidad Alexis II, Patriarca de Moscú y de todas las Rusias, y con afecto fraterno deseo enviar al Santo Sínodo y a todos los miembros de la Iglesia ortodoxa rusa mi más sincero pésame, asegurando mi cercanía espiritual en este momento de gran tristeza. Elevo súplicas al Señor para que acoja en su reino de paz y de alegría eterna a este incansable ministro suyo, y consuele y conforte a todos los que lloran por la dolorosa pérdida. Recordando el

compromiso común en el camino de la comprensión mutua y la colaboración entre ortodoxos y católicos, me complace recordar los esfuerzos que el difunto Patriarca realizó para el renacimiento de la Iglesia, después de la dura opresión ideológica, que causó el martirio de tantos testigos de la fe cristiana. Recuerdo también el buen combate en favor de la defensa de los valores humanos y evangélicos que libró de modo especial en el continente europeo, deseando que su compromiso produzca frutos de paz y de auténtico progreso humano, social y espiritual. Que en la dolorosa hora de la despedida, mientras sus restos mortales se entregan a la tierra en espera de la resurrección, el recuerdo de este servidor del Evangelio de Cristo sea un apoyo para quienes experimentan el dolor de la pérdida y un estímulo para cuantos recogen su herencia en la dirección de esa veneranda Iglesia ortodoxa rusa. Con afecto fraterno en el Señor resucitado.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la celebración de la Jornada
Mundial de la Paz***

Ciudad del Vaticano. 1 enero 2009

**COMBATIR LA POBREZA,
CONSTRUIR LA PAZ**

1. TAMBIÉN EN ESTE AÑO NUEVO que comienza, deseo hacer

llegar a todos mis mejores deseos de paz, e invitar con este Mensaje a reflexionar sobre el tema: *Combatir la pobreza, construir la paz*. Mi venerado predecesor, Juan Pablo II, en el Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 1993, subrayó ya las repercusiones negativas que la situación de pobreza de poblaciones enteras acaba teniendo sobre la paz. En efecto, la pobreza se encuentra frecuentemente entre los factores que favorecen o agravan los conflictos, incluidas la contiendas armadas. Estas últimas alimentan a su vez trágicas situaciones de penuria. « Se constata y se hace cada vez más grave en el mundo —escribió Juan Pablo II— otra sería amenaza para la paz: muchas personas, es más, poblaciones enteras viven hoy en condiciones de extrema pobreza. La desigualdad entre ricos y pobres se ha hecho más evidente, incluso en las naciones más desarrolladas económicamente. Se trata de un problema que se plantea a la conciencia de la humanidad, puesto que las condiciones en que se encuentra un gran número de personas son tales que ofenden su dignidad innata y comprometen, por consiguiente, el auténtico y armónico progreso de la comunidad mundial ».¹

2. En este cuadro, combatir la pobreza implica *considerar atentamente el fenómeno complejo de la globalización*. Esta consideración es importante ya desde el punto de vista metodológico, pues invita a tener en cuenta el fruto de las investigaciones realizadas por los economistas y sociólogos sobre tantos

aspectos de la pobreza. Pero la referencia a la globalización debería abarcar también la dimensión espiritual y moral, instando a mirar a los pobres desde la perspectiva de que todos comparten un único proyecto divino, el de la vocación de construir una sola familia en la que todos —personas, pueblos y naciones— se comporten siguiendo los principios de fraternidad y responsabilidad.

En dicha perspectiva, se ha de tener una visión amplia y articulada de la pobreza. Si ésta fuese únicamente material, las ciencias sociales, que nos ayudan a medir los fenómenos basándose sobre todo en datos de tipo cuantitativo, serían suficientes para iluminar sus principales características. Sin embargo, sabemos que hay pobreza inmaterial, que no son consecuencia directa y automática de carencias materiales. Por ejemplo, en las sociedades ricas y desarrolladas existen fenómenos de *pobreza relacional, moral y espiritual*: se trata de personas desorientadas interiormente, aquejadas por formas diversas de malestar a pesar de su bienestar económico. Pienso, por una parte, en el llamado « subdesarrollo moral »² y, por otra, en las consecuencias negativas del « superdesarrollo ».³ Tampoco olvido que, en las sociedades definidas como « pobres », el crecimiento económico se ve frecuentemente entorpecido por *impedimentos culturales*, que no permiten utilizar adecuadamente los recursos. De todos modos, es verdad que cualquier forma de pobreza no asumida

libremente tiene su raíz en la falta de respeto por la dignidad trascendente de la persona humana. Cuando no se considera al hombre en su vocación integral, y no se respetan las exigencias de una verdadera « ecología humana », ⁴ se desencadenan también dinámicas perversas de pobreza, como se pone claramente de manifiesto en algunos aspectos en los cuales me detendré brevemente.

Pobreza e implicaciones morales

3. La pobreza se pone a menudo en relación con el *crecimiento demográfico*. Consiguientemente, se están llevando a cabo campañas para reducir la natalidad en el ámbito internacional, incluso con métodos que no respetan la dignidad de la mujer ni el derecho de los cónyuges a elegir responsablemente el número de hijos ⁵ y, lo que es más grave aún, frecuentemente ni siquiera respetan el derecho a la vida. El exterminio de millones de niños no nacidos en nombre de la lucha contra la pobreza es, en realidad, la eliminación de los seres humanos más pobres. A esto se opone el hecho de que, en 1981, aproximadamente el 40 % de la población mundial estaba por debajo del umbral de la pobreza absoluta, mientras que hoy este porcentaje se ha reducido sustancialmente a la mitad y numerosas poblaciones, caracterizadas, por lo demás, por un notable incremento demográfico, han salido de la pobreza. El dato apenas mencionado muestra claramente que habría recursos para resolver el

problema de la indigencia, incluso con un crecimiento de la población. Tampoco hay que olvidar que, desde el final de la Segunda Guerra Mundial hasta hoy, la población de la tierra ha crecido en cuatro mil millones y, en buena parte, este fenómeno se produce en países que han aparecido recientemente en el escenario internacional como nuevas potencias económicas, y han obtenido un rápido desarrollo precisamente gracias al elevado número de sus habitantes. Además, entre las naciones más avanzadas, las que tienen un mayor índice de natalidad disfrutan de mejor potencial para el desarrollo. En otros términos, la población se está confirmando como una riqueza y no como un factor de pobreza.

4. Otro aspecto que preocupa son las *enfermedades pandémicas*, como por ejemplo, la malaria, la tuberculosis y el sida que, en la medida en que afectan a los sectores productivos de la población, tienen una gran influencia en el deterioro de las condiciones generales del País. Los intentos de frenar las consecuencias de estas enfermedades en la población no siempre logran resultados significativos. Además, los países aquejados de dichas pandemias, a la hora de contrarrestarlas, sufren los chantajes de quienes condicionan las ayudas económicas a la puesta en práctica de políticas contrarias a la vida. Es difícil combatir sobre todo el sida, causa dramática de pobreza, si no se afrontan los problemas morales con los que está relacionada la difusión del vi-

rus. Es preciso, ante todo, emprender campañas que eduquen especialmente a los jóvenes a una sexualidad plenamente concorde con la dignidad de la persona; hay iniciativas en este sentido que ya han dado resultados significativos, haciendo disminuir la propagación del virus. Además, se requiere también que se pongan a disposición de las naciones pobres las medicinas y tratamientos necesarios; esto exige fomentar decididamente la investigación médica y las innovaciones terapéuticas, y aplicar con flexibilidad, cuando sea necesario, las reglas internacionales sobre la propiedad intelectual, con el fin de garantizar a todos la necesaria atención sanitaria de base.

5. Un tercer aspecto en que se ha de poner atención en los programas de lucha contra la pobreza, y que muestra su intrínseca dimensión moral, es la *pobreza de los niños*. Cuando la pobreza afecta a una familia, los niños son las víctimas más vulnerables: casi la mitad de quienes viven en la pobreza absoluta son niños. Considerar la pobreza poniéndose de parte de los niños impulsa a estimar como prioritarios los objetivos que los conciernen más directamente como, por ejemplo, el cuidado de las madres, la tarea educativa, el acceso a las vacunas, a las curas médicas y al agua potable, la salvaguardia del medio ambiente y, sobre todo, el compromiso en la defensa de la familia y de la estabilidad de las relaciones en su interior. Cuando la familia se debilita, los daños recaen inevitablemente sobre

los niños. Donde no se tutela la dignidad de la mujer y de la madre, los más afectados son principalmente los hijos.

6. Un cuarto aspecto que merece particular atención desde el punto de vista moral es la *relación entre el desarme y el desarrollo*. Es preocupante la magnitud global del gasto militar en la actualidad. Como ya he tenido ocasión de subrayar, « los ingentes recursos materiales y humanos empleados en gastos militares y en armamentos se sustraen a los proyectos de desarrollo de los pueblos, especialmente de los más pobres y necesitados de ayuda. Y esto va contra lo que afirma la misma *Carta de las Naciones Unidas*, que compromete a la comunidad internacional, y a los Estados en particular, a “promover el establecimiento y el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacional con el mínimo dispendio de los recursos humanos y económicos mundiales en armamentos” (art. 26) ».⁶

Este estado de cosas, en vez de facilitar, entorpece seriamente la consecución de los grandes objetivos de desarrollo de la comunidad internacional. Además, un incremento excesivo del gasto militar corre el riesgo de acelerar la carrera de armamentos, que provoca bolsas de subdesarrollo y de desesperación, transformándose así, paradójicamente, en factor de inestabilidad, tensión y conflictos. Como afirmó sabiamente mi venerado Predecesor Pablo VI, « el desarrollo es el nuevo nombre de la paz ».⁷ Por tanto, los Estados es-

tán llamados a una seria reflexión sobre los motivos más profundos de los conflictos, a menudo avivados por la injusticia, y a afrontarlos con una valiente autocrítica. Si se alcanzara una mejora de las relaciones, sería posible reducir los gastos en armamentos. Los recursos ahorrados se podrían destinar a proyectos de desarrollo de las personas y de los pueblos más pobres y necesitados: los esfuerzos prodigados en este sentido son un compromiso por la paz dentro de la familia humana.

7. Un quinto aspecto de la lucha contra la pobreza material se refiere a la *actual crisis alimentaria*, que pone en peligro la satisfacción de las necesidades básicas. Esta crisis se caracteriza no tanto por la insuficiencia de alimentos, sino por las dificultades para obtenerlos y por fenómenos especulativos y, por tanto, por la falta de un entramado de instituciones políticas y económicas capaces de afrontar las necesidades y emergencias. La malnutrición puede provocar también graves daños psicofísicos a la población, privando a las personas de la energía necesaria para salir, sin una ayuda especial, de su estado de pobreza. Esto contribuye a ampliar la magnitud de las desigualdades, provocando reacciones que pueden llegar a ser violentas. Todos los datos sobre el crecimiento de la pobreza relativa en los últimos decenios indican un aumento de la diferencia entre ricos y pobres. Sin duda, las causas principales de este fenómeno son, por una parte, el cambio tecnológico, cuyos beneficios

se concentran en el nivel más alto de la distribución de la renta y, por otra, la evolución de los precios de los productos industriales, que aumentan mucho más rápidamente que los precios de los productos agrícolas y de las materias primas que poseen los países más pobres. Resulta así que la mayor parte de la población de los países más pobres sufre una doble marginación, beneficios más bajos y precios más altos.

Lucha contra la pobreza y solidaridad global

8. Una de las vías maestras para construir la paz es una globalización que tienda a los intereses de la gran familia humana.⁸ Sin embargo, para guiar la globalización se necesita una fuerte *solidaridad global*,⁹ tanto entre países ricos y países pobres, como dentro de cada país, aunque sea rico. Es preciso un « código ético común », ¹⁰ cuyas normas no sean sólo fruto de acuerdos, sino que estén arraigadas en la ley natural inscrita por el Creador en la conciencia de todo ser humano (cf. *Rm 2,14-15*). Cada uno de nosotros ¿no siente acaso en lo recóndito de su conciencia la llamada a dar su propia contribución al bien común y a la paz social? La globalización abate ciertas barreras, pero esto no significa que no se puedan construir otras nuevas; acerca los pueblos, pero la proximidad en el espacio y en el tiempo no crea de suyo las condiciones para una comunión verdadera y una auténtica paz. La marginación de los pobres del planeta sólo

puede encontrar instrumentos válidos de emancipación en la globalización si todo hombre se siente personalmente herido por las injusticias que hay en el mundo y por las violaciones de los derechos humanos vinculadas a ellas. La Iglesia, que es « signo e instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de todo el género humano », ¹¹ continuará ofreciendo su aportación para que se superen las injusticias e incomprendiones, y se llegue a construir un mundo más pacífico y solidario.

9. En el campo del *comercio internacional* y de las *transacciones financieras*, se están produciendo procesos que permiten integrar positivamente las economías, contribuyendo a la mejora de las condiciones generales; pero existen también procesos en sentido opuesto, que dividen y marginan a los pueblos, creando peligrosas premisas para conflictos y guerras. En los decenios sucesivos a la Segunda Guerra Mundial, el comercio internacional de bienes y servicios ha crecido con extraordinaria rapidez, con un dinamismo sin precedentes en la historia. Gran parte del comercio mundial se ha centrado en los países de antigua industrialización, a los que se han añadido de modo significativo muchos países emergentes, que han adquirido una cierta relevancia. Sin embargo, hay otros países de renta baja que siguen estando gravemente marginados respecto a los flujos comerciales. Su crecimiento se ha resentido por la rápida disminución de los precios de las materias primas registrada

en las últimas décadas, que constituyen la casi totalidad de sus exportaciones. En estos países, la mayoría africanos, la dependencia de las exportaciones de las materias primas sigue siendo un fuerte factor de riesgo. Quisiera renovar un llamamiento para que todos los países tengan las mismas posibilidades de acceso al mercado mundial, evitando exclusiones y marginaciones

10. Se puede hacer una reflexión parecida sobre las finanzas, que atañe a uno de los aspectos principales del fenómeno de la globalización, gracias al desarrollo de la electrónica y a las políticas de liberalización de los flujos de dinero entre los diversos países. La función objetivamente más importante de las finanzas, el sostener a largo plazo la posibilidad de inversiones y, por tanto, el desarrollo, se manifiesta hoy muy frágil: se resiente de los efectos negativos de un sistema de intercambios financieros –en el plano nacional y global– basado en una lógica a muy corto plazo, que busca el incremento del valor de las actividades financieras y se concentra en la gestión técnica de las diversas formas de riesgo. La reciente crisis demuestra también que la actividad financiera está guiada a veces por criterios meramente autoreferenciales, sin consideración del bien común a largo plazo. La reducción de los objetivos de los operadores financieros globales a un brevísimo plazo de tiempo reduce la capacidad de las finanzas para desempeñar su función de puente entre el presente y el futuro, con vistas a soste-

ner la creación de nuevas oportunidades de producción y de trabajo a largo plazo. Una finanza restringida al corto o cortísimo plazo llega a ser peligrosa para todos, también para quien logra beneficiarse de ella durante las fases de euforia financiera.¹²

11. De todo esto se desprende que la lucha contra la pobreza requiere una cooperación tanto en el plano económico como en el jurídico que permita a la comunidad internacional, y en particular a los países pobres, descubrir y poner en práctica soluciones coordinadas para afrontar dichos problemas, estableciendo un marco jurídico eficaz para la economía. Exige también incentivos para crear instituciones eficientes y participativas, así como ayudas para luchar contra la criminalidad y promover una cultura de la legalidad. Por otro lado, es innegable que las políticas marcadamente asistencialistas están en el origen de muchos fracasos en la ayuda a los países pobres. Parece que, actualmente, el verdadero proyecto a medio y largo plazo sea el invertir en la formación de las personas y en desarrollar de manera integrada una cultura de la iniciativa. Si bien las actividades económicas necesitan un contexto favorable para su desarrollo, esto no significa que se deba distraer la atención de los problemas del beneficio. Aunque se haya subrayado oportunamente que el aumento de la renta *per capita* no puede ser el fin absoluto de la acción político-económica, no se ha de olvidar, sin embargo, que ésta repre-

senta un instrumento importante para alcanzar el objetivo de la lucha contra el hambre y la pobreza absoluta. Desde este punto de vista, no hay que hacerse ilusiones pensando que una política de pura redistribución de la riqueza existente resuelva el problema de manera definitiva. En efecto, el valor de la riqueza en una economía moderna depende de manera determinante de la capacidad de crear rédito presente y futuro. Por eso, la creación de valor resulta un vínculo ineludible, que se debe tener cuenta si se quiere luchar de modo eficaz y duradero contra la pobreza material.

12. Finalmente, situar a los pobres en el primer puesto comporta que se les dé un espacio adecuado para una *correcta lógica económica* por parte de los agentes del mercado internacional, una *correcta lógica política* por parte de los responsables institucionales y una *correcta lógica participativa* capaz de valorizar la sociedad civil local e internacional. Los organismos internacionales mismos reconocen hoy la valía y la ventaja de las iniciativas económicas de la sociedad civil o de las administraciones locales para promover la emancipación y la inclusión en la sociedad de las capas de población que a menudo se encuentran por debajo del umbral de la pobreza extrema y a las que, al mismo tiempo, difícilmente pueden llegar las ayudas oficiales. La historia del desarrollo económico del siglo XX enseña cómo buenas políticas de desarrollo se han confiado a la responsabilidad de

los hombres y a la creación de sinergias positivas entre mercados, sociedad civil y Estados. En particular, la sociedad civil asume un papel crucial en el proceso de desarrollo, ya que el desarrollo es esencialmente un fenómeno cultural y la cultura nace y se desarrolla en el ámbito de la sociedad civil.

13. Como ya afirmó mi venerado Predecesor, Juan Pablo II, la globalización « se presenta con una marcada nota de ambivalencia »¹³ y, por tanto, ha de ser regida con prudente sabiduría.¹⁴ De esta sabiduría, forma parte el tener en cuenta en primer lugar las exigencias de los pobres de la tierra, superando el escándalo de la desproporción existente entre los problemas de la pobreza y las medidas que los hombres adoptan para afrontarlos. La desproporción es de orden cultural y político, así como espiritual y moral. En efecto, se limita a menudo a las causas superficiales e instrumentales de la pobreza, sin referirse a las que están en el corazón humano, como la avidez y la estrechez de miras. Los problemas del desarrollo, de las ayudas y de la cooperación internacional se afrontan a veces como meras cuestiones técnicas, que se agotan en establecer estructuras, poner a punto acuerdos sobre precios y cuotas, en asignar subvenciones anónimas, sin que las personas se involucren verdaderamente. En cambio, la lucha contra la pobreza necesita hombres mujeres que vivan en profundidad la fraternidad y sean capaces de acompañar a las personas, familias y comunidades en el camino de un auténtico desarrollo humano.

Conclusión

14. En la Encíclica *Centesimus annus*, Juan Pablo II advirtió sobre la necesidad de « abandonar una mentalidad que considera a los pobres –personas y pueblos– como un fardo o como molestos e importunos, ávidos de consumir lo que los otros han producido ». « Los pobres –escribe– exigen el derecho de participar y gozar de los bienes materiales y de hacer fructificar su capacidad de trabajo, creando así un mundo más justo y más próspero para todos ».¹⁵ En el mundo global actual, aparece con mayor claridad que solamente se construye la paz si se asegura la posibilidad de un crecimiento razonable. En efecto, las tergiversaciones de los sistemas injustos antes o después pasan factura a todos. Por tanto, únicamente la necesidad puede inducir a construir una casa dorada, pero rodeada del desierto o la degradación. Por sí sola, la globalización es incapaz de construir la paz, más aún, genera en muchos casos divisiones y conflictos. La globalización pone de manifiesto más bien una necesidad: la de estar orientada hacia un objetivo de profunda solidaridad, que tienda al bien de todos y cada uno. En este sentido, hay que verla como una ocasión propicia para realizar algo importante en la lucha contra la pobreza y para poner a disposición de la justicia y la paz recursos hasta ahora impensables.

15. La Doctrina Social de la Iglesia se ha interesado siempre por los pobres. En tiempos de la Encíclica

Rerum novarum, éstos eran sobre todo los obreros de la nueva sociedad industrial; en el magisterio social de Pío XI, Pío XII, Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II se han detectado nuevas pobreza a medida que el horizonte de la cuestión social se ampliaba, hasta adquirir dimensiones mundiales.¹⁶ Esta ampliación de la cuestión social hacia la globalidad hay que considerarla no sólo en el sentido de una extensión cuantitativa, sino también como una profundización cualitativa en el hombre y en las necesidades de la familia humana. Por eso la Iglesia, a la vez que sigue con atención los actuales fenómenos de la globalización y su incidencia en las pobreza humanas, señala nuevos aspectos de la cuestión social, no sólo en extensión, sino también en profundidad, en cuanto conciernen a la identidad del hombre y su relación con Dios. Son principios de la doctrina social que tienden a clarificar las relaciones entre pobreza y globalización, y a orientar la acción hacia la construcción de la paz. Entre estos principios conviene recordar aquí, de modo particular, el « amor preferencial por los pobres », ¹⁷ a la luz del primado de la caridad, atestiguado por toda la tradición cristiana, comenzando por la de la Iglesia primitiva (cf. *Hch* 4,32-36; *1 Co* 16,1; *2 Co* 8-9; *Ga* 2,10).

«Que se ciña cada cual a la parte que le corresponde », escribía León XIII en 1891, añadiendo: « Por lo que respecta a la Iglesia, nunca ni bajo ningún aspecto regateará su esfuerzo ». ¹⁸ Esta convicción acompaña también hoy el quehacer de la Iglesia para con los pobres, en los cuales contempla a Cristo, ¹⁹ sintiendo cómo resuena en su corazón el mandato del Príncipe de la paz a los Apóstoles: « *Vos date illis manducare* – dadles vosotros de comer » (*Lc* 9,13). Así pues, fiel a esta exhortación de su Señor, la comunidad cristiana no dejará de asegurar a toda la familia humana su apoyo a las iniciativas de una solidaridad creativa, no sólo para distribuir lo superfluo, sino cambiando « sobre todo los estilos de vida, los modelos de producción y de consumo, las estructuras consolidadas de poder que rigen hoy la sociedad ». ²⁰ Por consiguiente, dirijo al comienzo de un año nuevo una calurosa invitación a cada discípulo de Cristo, así como a toda persona de buena voluntad, para que ensanche su corazón hacia las necesidades de los pobres, haciendo cuanto le sea concretamente posible para salir a su encuentro. En efecto, sigue siendo incontestablemente verdadero el axioma según el cual « combatir la pobreza es construir la paz ».

Vaticano, 8 de diciembre de 2008

NOTAS:

1 *Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 1993*, 1.

2 Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio*, 19.

3 Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 28.

- 4 Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 38.
- 5 Cf. Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio*, 37; Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 25.
- 6 Carta al Cardenal Renato Rafael Martino con ocasión del Seminario Internacional organizado por el Consejo Pontificio para la Justicia y la Paz sobre el tema “Desarme, desarrollo y paz. Perspectivas para un desarme integral” (10 abril 2008): *L’Osservatore Romano*, ed. en lengua española (18 abril 2008), p. 3.
- 7 Carta enc. *Populorum progressio*, 87.
- 8 Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 58.
- 9 Juan Pablo II, *Discurso a las asociaciones cristianas de trabajadores italianos* (27 abril 2002), n. 4: *L’Osservatore Romano*, ed. en lengua española (10 mayo 2002), p. 10.
- 10 Juan Pablo II, *Discurso a la Asamblea plenaria de la Academia Pontificia de Ciencias sociales* (27 abril 2001), n. 4: *L’Osservatore Romano*, ed. en lengua española (11 mayo 2001), p. 4.
- 11 Concilio Vaticano II, Const. dogm. *Lumen gentium*, 1.
- 12 Cf. Consejo Pontificio para la Justicia y la Paz, *Compendio de la Doctrina social de la Iglesia*, 368.
- 13 Cf. *ibíd.*, 356.
- 14 *Discurso a empresarios y sindicatos de trabajadores* (2 mayo 2000), n. 3: *L’Osservatore Romano*, ed. en lengua española (5 mayo 2000), p. 7.
- 15 N. 28.
- 16 Cf. Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio*, 3.
- 17 Juan Pablo II, Carta enc. *Sollicitudo rei socialis*, 42; Cf. Id. Carta enc. *Centesimus annus*, 57.
- 18 León XIII, Carta enc. *Rerum novarum*, 41.
- 19 Cf. Juan Pablo II, Carta enc. *Centesimus annus*, 58.
- 20 *Ibíd.*

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
para la 95ª Jornada Mundial del
emigrante y del refugiado***

18 de enero de 2009

***San Pablo migrante, Apóstol de los
pueblos***

Queridos hermanos y hermanas:

Este año, el Mensaje para la Jornada Mundial del Emigrante y el Refugiado

tiene por tema «San Pablo migrante, ‘Apóstol de los pueblos’», y toma como punto de partida la feliz coincidencia del Año Jubilar que he convocado en honor del Apóstol con ocasión del bimilenario de su nacimiento. En efecto, la predicación y la obra de mediación entre las diversas culturas y el Evangelio, que realizó san Pablo «emigrante por vocación», constituyen un punto de referencia significativo también para quienes se encuentran implicados en el movimiento migratorio contemporáneo.

Saulo, nacido en una familia de judíos que habían emigrado de Tarso de Cilicia, fue educado en la lengua y en la cultura judía y helenística, valorando el contexto cultural romano. Después de su encuentro con Cristo, que tuvo lugar en el camino de Damasco (cf. *Ga* 1, 13-16), sin renegar de sus «tradiciones» y albergando estima y gratitud hacia el judaísmo y hacia la Ley (cf. *Rm* 9, 1-5; 10, 1; *2 Co* 11, 22; *Ga* 1, 13-14; *Flp* 3, 3-6), sin vacilaciones ni retractaciones, se dedicó a la nueva misión con valentía y entusiasmo, dócil al mandato del Señor: «Yo te enviaré lejos, a los gentiles» (*Hch* 22, 21). Su existencia cambió radicalmente (cf. *Flp* 3, 7-11): para él, Jesús se convirtió en la razón de ser y el motivo inspirador de su compromiso apostólico al servicio del Evangelio. De perseguidor de los cristianos se transformó en apóstol de Cristo.

Guiado por el Espíritu Santo, se prodigó sin reservas para que se anunciara a todos, sin distinción de nacionalidad ni de cultura, el Evangelio, que es «fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree: del judío primeramente y también del griego» (*Rm* 1, 16). En sus viajes apostólicos, a pesar de repetidas oposiciones, proclamaba primero el Evangelio en las sinagogas, dirigiéndose ante todo a sus compatriotas en la diáspora (cf. *Hch* 18, 4-6). Si éstos lo rechazaban, se volvía a los paganos, convirtiéndose en auténtico «misionero de los emigrantes», emigrante él mismo y embajador itinerante de Jesucristo, para invitar a cada per-

sona a ser, en el Hijo de Dios, «nueva criatura» (*2 Co* 5, 17).

La proclamación del *kerygma* lo impulsó a atravesar los mares del Cercano Oriente y recorrer los caminos de Europa, hasta llegar a Roma. Partió de Antioquía, donde se anunció el Evangelio a poblaciones que no pertenecían al judaísmo y donde a los discípulos de Jesús por primera vez se les llamó «cristianos» (cf. *Hch* 11, 20. 26). Su vida y su predicación estuvieron totalmente orientadas a hacer que Jesús fuera conocido y amado por todos, porque en él todos los pueblos están llamados a convertirse en un solo pueblo.

También en la actualidad, en la era de la globalización, ésta es la misión de la Iglesia y de todos los bautizados, una misión que con atenta solicitud pastoral se dirige también al variado universo de los emigrantes -estudiantes fuera de su país, inmigrantes, refugiados, prófugos, desplazados-, incluyendo los que son víctimas de las esclavitudes modernas, como por ejemplo en la trata de seres humanos. También hoy es preciso proponer el mensaje de la salvación con la misma actitud del Apóstol de los gentiles, teniendo en cuenta las diversas situaciones sociales y culturales, y las dificultades particulares de cada uno como consecuencia de su condición de emigrante e itinerante. Formulo el deseo de que cada comunidad cristiana tenga el mismo fervor apostólico de san Pablo, el cual, con tal de anunciar a todos el amor salvífico del Padre (cf. *Rm* 8, 15-16; *Ga* 4, 6) a fin de «ganar

para Cristo al mayor número posible» (1 Co 9, 19) se hizo «débil con los débiles..., todo a todos, para salvar a toda costa a algunos» (1 Co 9, 22). Que su ejemplo nos sirva de estímulo también a nosotros para que seamos solidarios con estos hermanos y hermanas nuestros, y promovamos, en todas las partes del mundo y con todos los medios posibles, la convivencia pacífica entre las diversas etnias, culturas y religiones.

Pero, ¿cuál fue el secreto del Apóstol de los gentiles? El celo misionero y la pasión del luchador, que lo caracterizaron, brotaban del hecho de que él, «conquistado por Cristo» (Flp 3, 12), permaneció tan íntimamente unido a él que se sintió partícipe de su misma vida, a través de «la comunión en sus padecimientos» (Flp 3, 10; cf. también Rm 8, 17; 2 Co 4, 8-12; Col 1, 24). Aquí está la fuente del celo apostólico de san Pablo, el cual narra: «Aquél que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelarme a mí a su Hijo, para que lo anunciara entre los gentiles» (Ga 1, 15-16; cf. también Rm 15, 15-16). Se sintió «crucificado con Cristo» hasta el punto de poder afirmar: «Ya no vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí» (Ga 2, 20). Y ninguna dificultad le impidió proseguir su valiente acción evangelizadora en ciudades cosmopolitas como Roma y Corinto, que en aquel tiempo estaban pobladas por un mosaico de etnias y culturas.

Al leer los Hechos de los Apóstoles y las Cartas que san Pablo dirige a varios

destinatarios, se aprecia un modelo de Iglesia no exclusiva, sino abierta a todos, formada por creyentes sin distinción de cultura y de raza, pues todo bautizado es miembro vivo del único Cuerpo de Cristo. Desde esta perspectiva, cobra un relieve singular la solidaridad fraterna, que se traduce en gestos diarios de comunión, de participación y de solicitud gozosa por los demás. Sin embargo, como enseña también san Pablo, no es posible realizar esta dimensión de acogida fraterna recíproca sin estar dispuestos a la escucha y a la acogida de la Palabra predicada y practicada (cf. 1 Ts 1, 6), Palabra que impulsa a todos a la imitación de Cristo (cf. Ef 5, 1-2) imitando al Apóstol (cf. 1 Co 11, 1). Por tanto, cuanto más unida a Cristo está la comunidad, tanto más solicita se muestra con el prójimo, evitando juzgarlo, despreciarlo o escandalizarlo, y abriéndose a la acogida recíproca (cf. Rm 14, 1-3; 15, 7). Los creyentes, configurados con Cristo, se sienten en Él «hermanos» del mismo Padre (cf. Rm 8, 14-16; Ga 3, 26; 4, 6). Este tesoro de fraternidad los hace «practicar la hospitalidad» (Rm 12, 13), que es hija primogénita del *agapé* (cf. 1 Tm 3, 2; 5, 10; Tt 1, 8; Flm 17).

Así, se realiza la promesa del Señor: «Yo os acogeré y seré para vosotros padre, y vosotros seréis para mí hijos e hijas» (2 Co 6, 17-18). Si somos conscientes de esto, ¿cómo no hacernos cargo de las personas que se encuentran en penurias o en condiciones difíciles, especialmente entre los refugiados y los prófugos? ¿Cómo no salir al encuentro de las necesidades

de quienes, de hecho, son más débiles e indefensos, marcados por precariedad e inseguridad, marginados, a menudo excluidos de la sociedad? A ellos es preciso prestar una atención prioritaria, pues, parafraseando un conocido texto paulino, «Dios eligió lo necio del mundo para confundir a los sabios, (...), lo plebeyo y despreciable del mundo, y lo que no es, para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios» (1 Co 1, 27-29).

Queridos hermanos y hermanas, la Jornada Mundial del Emigrante y del Refugiado, que se celebrará el día 18 de enero de 2009, ha de ser para todos un estímulo a vivir en plenitud el amor fraterno sin distinciones de ningún tipo y sin discriminaciones, con la convicción de que nuestro prójimo es cualquiera que tiene necesidad de nosotros y a quien podemos ayudar (cf. *Deus caritas est*, 15). Que la enseñanza y el ejemplo de san Pablo, humilde y gran Apóstol y emigrante, evangelizador de pueblos y culturas, nos impulse a comprender que el ejercicio de la caridad constituye el culmen y la síntesis de toda la vida cristiana. Como sabemos bien, el mandamiento del amor se alimenta cuando los discípulos de Cristo participan unidos en la mesa de la Eucaristía que es, por excelencia, el Sacramento de la fraternidad y del amor. Y, del mismo modo que Jesús en el Cenáculo unió el mandamiento nuevo del amor fraterno al don de la Eucaristía, así sus «amigos», siguiendo las huellas de Cristo, que se hizo «siervo» de la humanidad, y sostenidos por su gracia, no pueden menos de dedicarse

al servicio recíproco, ayudándose unos a otros según lo que recomienda el mismo san Pablo: «Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo» (Ga 6, 2). Sólo de este modo crece el amor entre los creyentes y el amor a todos (cf. 1 Ts 3, 12).

Queridos hermanos y hermanas, no nos cansemos de proclamar y testimoniar esta «Buena Nueva» con entusiasmo, sin miedo y sin escatimar esfuerzos. En el amor está condensado todo el mensaje evangélico, y los auténticos discípulos de Cristo se reconocen por su amor mutuo y por acoger a todos. Que nos obtenga este don el Apóstol san Pablo y especialmente María, Madre de la acogida y del amor. A la vez que invoque la protección divina sobre todos los que están comprometidos en ayudar a los emigrantes y, más en general, en el vasto mundo de la emigración, aseguro un constante recuerdo en la oración por cada uno e imparto con afecto a todos la Bendición Apostólica.

***Mensaje del Papa, Benedicto XVI,
con motivo de la Navidad y
Bendición URBI ET ORBI***

«Apparuit gratia Dei Salvatoris nostri omnibus hominibus» (Tt 2,11).

Queridos hermanos y hermanas, renueve el alegre anuncio de la Natividad de Cristo con las palabras del apóstol

tol San Pablo: Sí, hoy «ha aparecido la gracia de Dios, que trae la salvación para todos los hombres».

Ha aparecido. Esto es lo que la Iglesia celebra hoy. La gracia de Dios, rica de bondad y de ternura, ya no está escondida, sino que «ha aparecido», se ha manifestado en la carne, ha mostrado su rostro. ¿Dónde? En Belén. ¿Cuándo? Bajo César Augusto durante el primer censo, al que se refiere también el evangelista San Lucas. Y ¿quién la revela? Un recién nacido, el Hijo de la Virgen María. En Él ha aparecido la gracia de Dios, nuestro Salvador. Por eso ese Niño se llama *Jehoshua*, Jesús, que significa «Dios salva».

La gracia de Dios ha aparecido. Por eso la Navidad es fiesta de luz. No una luz total, como la que inunda todo en pleno día, sino una claridad que se hace en la noche y se difunde desde un punto preciso del universo: desde la gruta de Belén, donde el Niño divino ha «venido a la luz». En realidad, es Él la luz misma que se propaga, como representan bien tantos cuadros de la Natividad. Él es la luz que, apareciendo, disipa la bruma, desplaza las tinieblas y nos permite entender el sentido y el valor de nuestra existencia y de la historia. Cada belén es una invitación simple y elocuente a abrir el corazón y la mente al misterio de la vida. Es un encuentro con la Vida inmortal, que se ha hecho mortal en la escena mística de la Navidad; una escena que podemos admirar también aquí, en esta plaza, así

como en innumerables iglesias y capillas de todo el mundo, y en cada casa donde el nombre de Jesús es adorado.

La gracia de Dios ha aparecido *a todos los hombres*. Sí, Jesús, el rostro de Dios que salva, no se ha manifestado sólo para unos pocos, para algunos, sino para todos. Es cierto que pocas personas lo han encontrado en la humilde y destartalada demora de Belén, pero Él ha venido para todos: judíos y paganos, ricos y pobres, cercanos y lejanos, creyentes y no creyentes..., todos.

La gracia sobrenatural, por voluntad de Dios, está destinada a toda criatura. Pero hace falta que el ser humano la acoja, que diga su «sí» como María, para que el corazón sea iluminado por un rayo de esa luz divina. Aquella noche eran María y José los que esperaban al Verbo encarnado para acogerlo con amor, y los pastores, que velaban junto a los rebaños (cf. *Lc 2,1-20*). Una pequeña comunidad, pues, que acudió a adorar al Niño Jesús; una pequeña comunidad que representa a la Iglesia y a todos los hombres de buena voluntad. También hoy, quienes en su vida lo esperan y lo buscan, encuentran al Dios que se ha hecho nuestro hermano por amor; todos los que en su corazón tienden hacia Dios desean conocer su rostro y contribuir a la llegada de su Reino. Jesús mismo lo dice en su predicación: estos son los pobres de espíritu, los afligidos, los humildes, los hambrientos de justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los

que trabajan por la paz, los perseguidos por la causa de la justicia (cf. *Mt* 5,3-10). Éstos son los que reconocen en Jesús el rostro de Dios y se ponen en camino, como a los pastores de Belén, renovados en su corazón por la alegría de su amor.

Hermanos y hermanas que me escucháis, el anuncio de esperanza que constituye el corazón del mensaje de la Navidad está destinado *a todos los hombres*. Jesús ha nacido para todos y, como María lo ofreció en Belén a los pastores, en este día la Iglesia lo presenta a toda la humanidad, para que en cada persona y situación se sienta el poder de la gracia salvadora de Dios, la única que puede transformar el mal en bien, y cambiar el corazón del hombre y hacerlo un «oasis» de paz.

Que sientan el poder de la gracia salvadora de Dios tantas poblaciones que todavía viven en tinieblas y en sombras de muerte (cf. *Lc* 1,79). Que la luz divina de Belén se difunda en Tierra Santa, donde el horizonte parece volverse a oscurecer para israelíes y palestinos; se propague en Líbano, en Irak y en todo el Medio Oriente. Que haga fructificar los esfuerzos de quienes no se resignan a la lógica perversa del enfrentamiento y la violencia, y prefieren en cambio la vía del diálogo y la negociación para resolver las tensiones internas de cada País y encontrar soluciones justas y duraderas a los conflictos que afectan a la región. A esta Luz que transforma y renueva anhelan los habitantes de Zim-

babwe, en África, atrapado durante demasiado tiempo por la tenaza de una crisis política y social, que desgraciadamente sigue agravándose, así como los hombres y mujeres de la República Democrática del Congo, especialmente en la atormentada región de Kivu, de Darfur, en Sudán, y de Somalia, cuyas interminables tribulaciones son una trágica consecuencia de la falta de estabilidad y de paz. Esta Luz la esperan sobre todo los niños de estos y de todos los Países en dificultad, para que se devuelva la esperanza a su porvenir.

Donde se atropella la dignidad y los derechos de la persona humana; donde los egoísmos personales o de grupo prevalecen sobre el bien común; donde se corre el riesgo de habituarse al odio fratricida y a la explotación del hombre por el hombre; donde las luchas intestinas dividen grupos y etnias y laceran la convivencia; donde el terrorismo sigue golpeando; donde falta lo necesario para vivir; donde se mira con desconfianza un futuro que se está haciendo cada vez más incierto, incluso en las Naciones del bienestar: que en todos estos casos brille la Luz de la Navidad y anime a todos a hacer su propia parte, con espíritu de auténtica solidaridad. Si cada uno piensa sólo en sus propios intereses, el mundo se encamina a la ruina.

Queridos hermanos y hermanas, hoy «ha aparecido la gracia de Dios, el Salvador» (cf. *Tt* 2,11) en este mundo nuestro, con sus capacidades y sus

debilidades, sus progresos y sus crisis, con sus esperanzas y sus angustias. Hoy resplandece la luz de Jesucristo, Hijo del Altísimo e hijo de la Virgen María, «Dios de Dios, Luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero... que por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo». Lo adoramos hoy en todos los rincones de la tierra, envuelto en pañales y acostado en un pesebre. Lo adoramos en silencio mientras Él, todavía niño, parece decirnos para nuestro consuelo: No temáis, «no hay otro Dios fuera de mí» (Is 45,22). Venid a mí, hombres y mujeres, pueblos y naciones; venid a mí,

no temáis. He venido al mundo para traer el amor del Padre, para mostraros la vía de la paz.

Vayamos, pues, hermanos. Apresurémonos como los pastores en la noche de Belén. Dios ha venido a nuestro encuentro y nos ha mostrado su rostro, rico de gracia y de misericordia. Que su venida no sea en vano. Busquemos a Jesús, dejémonos atraer por su luz que disipa la tristeza y el miedo del corazón del hombre; acerquémonos con confianza; postrémonos con humildad para adorarlo. Feliz Navidad a todos.

SANTA SEDE**CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE****Instrucción Dignitas Personae sobre algunas cuestiones de Bioética****INTRODUCCIÓN**

1. A cada ser humano, desde la concepción hasta la muerte natural, se le debe reconocer la dignidad de persona. Este principio fundamental, que expresa *un gran "sí" a la vida humana*, debe ocupar un lugar central en la reflexión ética sobre la investigación biomédica, que reviste una importancia siempre mayor en el mundo de hoy. El Magisterio de la Iglesia ya ha intervenido varias veces, para aclarar y solucionar problemas morales relativos a este campo. De particular relevancia en esta materia ha sido la Instrucción *Donum vite*.¹ La celebración de los veinte años de su publicación ofrece una buena oportunidad para poner al día tal documento.

La enseñanza de dicha Instrucción conserva intacto su valor tanto por los principios que allí se recuerdan como por los juicios morales expresados. Sin embargo, las nuevas tecnologías biomédicas, introducidas en este ámbito delicado de la vida del ser humano y de la familia, provocan ulteriores interrogantes, en particular, dentro del sector de la investigación sobre los embriones humanos, del uso para fi-

nes terapéuticos de las células troncales (o células madre), y en otros campos de la medicina experimental. Esto ha planteado nuevas preguntas que requieren una respuesta. La rapidez de los progresos científicos y la difusión que se les da en los medios de comunicación social provocan esperanza y perplejidad en sectores cada vez más vastos de la opinión pública. Para reglamentar jurídicamente los problemas que van surgiendo a menudo se apela a los cuerpos legislativos e incluso a la consulta popular.

Estas razones han llevado a la Congregación para la Doctrina de la Fe a publicar *una nueva Instrucción de naturaleza doctrinal*, que afronta algunos problemas recientes a la luz de los criterios enunciados en la Instrucción *Donum vite* y reexamina otros temas ya tratados que necesitan más aclaraciones.

2. En la realización de esta tarea se han tenido siempre presentes los aspectos científicos correspondientes, aprovechando los estudios llevados a cabo por la Pontificia Academia para la Vida y las aportaciones de un gran número de expertos, para confrontarlos con

los principios de la antropología cristiana. Las Encíclicas *Veritatis splendor*² y *Evangelium vitae*³ de Juan Pablo II, y otras intervenciones del Magisterio, ofrecen indicaciones claras acerca del método y del contenido para el examen de los problemas considerados.

En el variado panorama filosófico y científico actual es posible constatar de hecho una amplia y calificada presencia de científicos y filósofos que, en el espíritu del *juramento de Hipócrates*, ven en la ciencia médica un servicio a la fragilidad del hombre, para curar las enfermedades, aliviar el sufrimiento y extender los cuidados necesarios de modo equitativo a toda la humanidad. Pero no faltan representantes de los campos de la filosofía y de la ciencia que consideran el creciente desarrollo de las tecnologías biomédicas desde un punto de vista sustancialmente eugénico.

3. Al proponer principios y juicios morales para la investigación biomédica sobre la vida humana, la Iglesia Católica se vale *de la razón y de la fe*, contribuyendo así a elaborar una visión integral del hombre y de su vocación, capaz de acoger todo lo bueno que surge de las obras humanas y de las tradiciones culturales y religiosas, que frecuentemente muestran una gran reverencia por la vida.

El Magisterio quiere ofrecer una palabra de estímulo y confianza a la perspectiva cultural que ve *la ciencia como*

un precioso servicio al bien integral de la vida y dignidad de cada ser humano. La Iglesia, por tanto, mira con esperanza la investigación científica, deseando que sean muchos los cristianos que contribuyan al progreso de la biomedicina y testimonien su fe en ese ámbito. Además, desea que los resultados de esta investigación se pongan también a disposición de quienes trabajan en las áreas más pobres y azotadas por las enfermedades, para afrontar las necesidades más urgentes y dramáticas desde el punto de vista humanitario. En fin, quiere estar presente junto a cada persona que sufre en el cuerpo y en el espíritu, para ofrecerle no solamente consuelo, sino también luz y esperanza. Luz y esperanza que dan sentido también a los momentos de enfermedad y a la experiencia de la muerte, que pertenecen de hecho a la vida humana y caracterizan su historia, abriéndola al misterio de la Resurrección. La mirada de la Iglesia, en efecto, está llena de confianza, porque «la vida vencerá: ésta es para nosotros una esperanza segura. Sí, la vida vencerá, puesto que la verdad, el bien, la alegría y el verdadero progreso están de parte de la vida. Y de parte de la vida está también Dios, que ama la vida y la da con generosidad».⁴

La presente Instrucción se dirige a los fieles cristianos y a todos los que buscan la verdad.⁵ Comprende tres partes: la primera recuerda algunos aspectos antropológicos, teológicos y éticos de importancia fundamental; la segunda afronta nuevos problemas relativos a la

procreación; la tercera parte examina algunas nuevas propuestas terapéuticas que implican la manipulación del embrión o del patrimonio genético humano.

PRIMERA PARTE:

ASPECTOS ANTROPOLÓGICOS, TEOLÓGICOS Y ÉTICOS DE LA VIDA Y LA PROCREACIÓN HUMANA

4. En las últimas décadas las ciencias médicas han avanzado considerablemente en el conocimiento de la vida humana y de los estadios iniciales de su existencia. Se han llegado a conocer mejor las estructuras biológicas del hombre y el proceso de su generación. Estos avances son ciertamente positivos, y merecen apoyo, cuando sirven para superar o corregir patologías y ayudan a restablecer el desarrollo normal de los procesos generativos. Son en cambio negativos, y por tanto no se pueden aprobar, cuando implican la supresión de seres humanos, se valen de medios que lesionan la dignidad de la persona, o se adoptan para finalidades contrarias al bien integral del hombre.

El cuerpo de un ser humano, desde los primeros estadios de su existencia, no se puede reducir al conjunto de sus células. El cuerpo embrionario se desarrolla progresivamente según un “programa” bien definido y con un fin propio, que se manifiesta con el nacimiento de cada niño.

Conviene aquí recordar el *criterio ético fundamental* expresado en la Instrucción *Donum vite* para valorar las cuestiones morales en relación a las intervenciones sobre el embrión humano: «El fruto de la generación humana desde el primer momento de su existencia, es decir, desde la constitución del cigoto, exige el respeto incondicionado, que es moralmente debido al ser humano en su totalidad corporal y espiritual. El ser humano debe ser respetado y tratado como persona desde el instante de su concepción y, por eso, a partir de ese mismo momento se le deben reconocer los derechos de la persona, principalmente el derecho inviolable de todo ser humano inocente a la vida».⁶

5. Esta afirmación de carácter ético, que la misma razón puede reconocer como verdadera y conforme a la ley moral natural, debería estar en los fundamentos de todo orden jurídico.⁷ Presupone, en efecto, una *verdad de carácter ontológico*, en virtud de cuanto la mencionada Instrucción ha puesto en evidencia acerca de la continuidad del desarrollo del ser humano, teniendo en cuenta los sólidos aportes del campo científico.

Si la Instrucción *Donum vite* no definió que el embrión es una persona, lo hizo para no pronunciarse explícitamente sobre una cuestión de índole filosófica. Sin embargo, puso de relieve que existe un nexo intrínseco entre la dimensión ontológica y el valor espe-

cífico de todo ser humano. Aunque la presencia de un alma espiritual no se puede reconocer a partir de la observación de ningún dato experimental, las mismas conclusiones de la ciencia sobre el embrión humano ofrecen «una indicación preciosa para discernir racionalmente una presencia personal desde este primer surgir de la vida humana: ¿cómo un individuo humano podría no ser persona humana?». ⁸ En efecto, la realidad del ser humano, a través de toda su vida, antes y después del nacimiento, no permite que se le atribuya ni un cambio de naturaleza ni una gradación de valor moral, pues muestra una *plena cualificación antropológica y ética*. El embrión humano, por lo tanto, tiene desde el principio la dignidad propia de la persona.

6. El respeto de esa dignidad concierne a todos los seres humanos, porque cada uno lleva inscrito en sí mismo, de manera indeleble, su propia dignidad y valor. *El origen de la vida humana*, por otro lado, *tiene su auténtico contexto en el matrimonio y la familia*, donde es generada por medio de un acto que expresa el amor recíproco entre el hombre y la mujer. Una procreación verdaderamente responsable para con quien ha de nacer «es fruto del matrimonio». ⁹

El matrimonio, presente en todos los tiempos y culturas, «es una sabia institución del Creador para realizar en la humanidad su designio de amor. Los esposos, mediante su recíproca

donación personal, propia y exclusiva de ellos, tienden a la comunión de sus seres en orden a un mutuo perfeccionamiento personal, para colaborar con Dios en la generación y en la educación de nuevas vidas». ¹⁰ En la fecundidad del amor conyugal el hombre y la mujer «ponen de manifiesto que en el origen de su vida matrimonial hay un “sí” genuino que se pronuncia y se vive realmente en la reciprocidad, permaneciendo siempre abierto a la vida... La ley natural, que está en la base del reconocimiento de la verdadera igualdad entre personas y pueblos, debe reconocerse como la fuente en la que se ha de inspirar también la relación entre los esposos en su responsabilidad al engendrar nuevos hijos. La transmisión de la vida está inscrita en la naturaleza, y sus leyes siguen siendo norma no escrita a la que todos deben remitirse». ¹¹

7. La Iglesia tiene la convicción de que la *fe* no sólo acoge y respeta lo que es humano, sino que también lo purifica, lo eleva y lo perfecciona. Dios, después de haber creado al hombre a su imagen y semejanza (cf. *Gn* 1,26), ha calificado su criatura como «muy buena» (*Gn* 1,31), para más tarde asumirla en el Hijo (cf. *Jn* 1,14). El Hijo de Dios, en el misterio de la Encarnación, confirmó la dignidad del cuerpo y del alma que constituyen el ser humano. Cristo no desdeñó la corporeidad humana, sino que reveló plenamente su

sentido y valor: «En realidad, el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado».¹²

Convirtiéndose en uno de nosotros, el Hijo hace posible que podamos convertirnos en «hijos de Dios» (Jn 1,12) y «partícipes de la naturaleza divina» (2 Pe 1,4). Esta nueva dimensión no contrasta con la dignidad de la criatura, que todos los hombres pueden reconocer por medio de la razón, sino que la eleva a un horizonte de vida más alto, que es el propio de Dios, y permite reflexionar más adecuadamente sobre la vida humana y los actos que le dan existencia.¹³

A la luz de estos datos de fe, adquiere mayor énfasis y queda más reforzado el respeto que según la razón se le debe al individuo humano: por eso no hay contraposición entre la afirmación de la dignidad de la vida humana y el reconocimiento de su carácter sagrado. «Los diversos modos con que Dios cuida del mundo y del hombre, no sólo no se excluyen entre sí, sino que se sostienen y se compenetran recíprocamente. Todos tienen su origen y confluyen en el eterno designio sabio y amoroso con el que Dios predestina a los hombres “a reproducir la imagen de su Hijo” (Rm 8, 29)».¹⁴

8. A partir del conjunto de estas dos dimensiones, *la humana y la divina*, se entiende mejor el por qué del valor inviolable del hombre: él *posee una vocación eterna y está llamado a compartir el amor trinitario del Dios vivo*.

Este valor se aplica indistintamente a todos. Sólo por el hecho de existir, cada hombre tiene que ser plenamente respetado. Hay que excluir la introducción de criterios de discriminación de la dignidad humana basados en el desarrollo biológico, psíquico, cultural o en el estado de salud del individuo. En cada fase de la existencia del hombre, creado a imagen de Dios, se refleja, «el rostro de su Hijo unigénito... Este amor ilimitado y casi incomprensible de Dios al hombre revela hasta qué punto la persona humana es digna de ser amada por sí misma, independientemente de cualquier otra consideración: inteligencia, belleza, salud, juventud, integridad, etc. En definitiva, la vida humana siempre es un bien, puesto que “es manifestación de Dios en el mundo, signo de su presencia, resplandor de su gloria” (*Evangelium vitae*, 34)».¹⁵

9. Las dimensiones natural y sobrenatural de la vida humana permiten también comprender mejor en qué sentido *los actos que conceden al ser humano la existencia*, en los que el hombre y la mujer se entregan mutuamente, *son un reflejo del amor trinitario*. «Dios, que es amor y vida, ha inscrito en el varón y en la mujer la llamada a una especial participación en su misterio de comunión personal y en su obra de Creador y de Padre».¹⁶

El matrimonio cristiano «hunde sus raíces en el complemento natural que existe entre el hombre y la mujer y se

alimenta mediante la voluntad personal de los esposos de compartir su proyecto de vida, lo que tienen y lo que son; por esto tal comunión es el fruto y el signo de una exigencia profundamente humana. Pero, en Cristo Señor, Dios asume esta exigencia humana, la confirma, la purifica y la eleva, llevándola a la perfección con el sacramento del matrimonio: el Espíritu Santo infundido en la celebración sacramental ofrece a los esposos cristianos el don de una comunión nueva de amor, que es imagen viva y real de la singularísima unidad que hace de la Iglesia el indivisible Cuerpo místico del Señor Jesús».¹⁷

10. Juzgando desde el punto de vista ético algunos resultados de las recientes investigaciones de la medicina sobre el hombre y sus orígenes, la Iglesia no interviene en el ámbito de la ciencia médica como tal, sino invita a los interesados a actuar con responsabilidad ética y social. Ella les recuerda que el valor ético de la ciencia biomédica se mide en referencia tanto al *respeto incondicional debido a cada ser humano*, en todos los momentos de su existencia, como a la *tutela de la especificidad de los actos personales que transmiten la vida*. La intervención del Magisterio es parte de su misión de *promover la formación de las conciencias*, enseñando auténticamente la verdad que es Cristo y, al mismo tiempo, declarando y confirmando con autoridad los principios del orden moral que emanan de la misma naturaleza humana.¹⁸

SEGUNDA PARTE:

NUEVOS PROBLEMAS RELATIVOS A LA PROCREACIÓN

11. A la luz de los principios que se acaban de recordar conviene examinar ahora algunos problemas relativos a la procreación, que han aflorado y han sido mejor delineados en los años siguientes a la publicación de la Instrucción *Donum vitae*.

Las técnicas de ayuda a la fertilidad

12. Con referencia al *tratamiento de la infertilidad*, las nuevas técnicas médicas tienen que respetar tres bienes fundamentales: a) el derecho a la vida y a la integridad física de cada ser humano desde la concepción hasta la muerte natural; b) la unidad del matrimonio, que implica el respeto recíproco del derecho de los cónyuges a convertirse en padre y madre solamente el uno a través del otro;¹⁹ c) los valores específicamente humanos de la sexualidad, que «exigen que la procreación de una persona humana sea querida como el fruto del acto conyugal específico del amor entre los esposos».²⁰ Las técnicas que se presentan como una ayuda para la procreación «no deben rechazarse por el hecho de ser artificiales; como tales testimonian las posibilidades de la medicina, pero deben ser valoradas moralmente por su relación con la dignidad de la persona humana, llamada a corresponder

a la vocación divina, al don del amor y al don de la vida».²¹

A la luz de este criterio hay que excluir todas las técnicas de fecundación artificial heteróloga²² y las técnicas de fecundación artificial homóloga²³ que sustituyen el acto conyugal. Son en cambio admisibles las técnicas que se configuran como *una ayuda al acto conyugal y a su fecundidad*. La Instrucción *Donum vite* se expresa en este modo: «El médico está al servicio de la persona y de la procreación humana: no le corresponde la facultad de disponer o decidir sobre ellas. El acto médico es respetuoso de la dignidad de las personas cuando se dirige a ayudar al acto conyugal, ya sea para facilitar su realización, o para que el acto normalmente realizado consiga su fin».²⁴ Y, a propósito de la inseminación artificial homóloga, dice: «La inseminación artificial homóloga dentro del matrimonio no se puede admitir, salvo en el caso en que el medio técnico no sustituya al acto conyugal, sino que sea una facilitación y una ayuda para que aquél alcance su finalidad natural».²⁵

13. Son ciertamente lícitas las intervenciones que tienen por finalidad remover los obstáculos que impiden la fertilidad natural, como por ejemplo el tratamiento hormonal de la infertilidad de origen gonádico, el tratamiento quirúrgico de una endometriosis, la desobstrucción de las trompas o bien la restauración microquirúrgica de su perviedad. Todas estas técnicas pue-

den ser consideradas como *auténticas terapias*, en la medida en que, una vez superada la causa de la infertilidad, los esposos pueden realizar actos conyugales con un resultado procreador, sin que el médico tenga que interferir directamente en el acto conyugal. Ninguna de estas técnicas reemplaza el acto conyugal, que es el único digno de una procreación realmente responsable.

Para responder a las expectativas de tantos matrimonios estériles, deseosos de tener un hijo, habría que alentar, promover y facilitar con oportunas medidas legislativas el *procedimiento de adopción* de los numerosos niños huérfanos, siempre necesitados de un hogar doméstico para su adecuado desarrollo humano. Finalmente, hay que observar que merecen ser estimuladas las investigaciones e inversiones dedicadas a la *prevención de la esterilidad*.

Fecundación *in vitro* y eliminación voluntaria de embriones

14. La Instrucción *Donum vite* puso en evidencia que la fecundación *in vitro* comporta muy frecuentemente la eliminación voluntaria de embriones.²⁶ Algunos han pensado que ese hecho se debía al uso de una técnica aún parcialmente imperfecta. En cambio, la experiencia posterior ha demostrado que todas las técnicas de fecundación *in vitro* se desarrollan de hecho como si el embrión humano fuera un simple cúmulo de células que se usan, se seleccionan y se descartan.

Es verdad que alrededor de un tercio de las mujeres que recurren a la procreación artificial llegan a tener un niño. Sin embargo, hay que notar que, considerando la relación entre el número total de embriones producidos y el de los efectivamente nacidos, *el número de embriones sacrificados es altísimo*.²⁷ Los especialistas de las técnicas de fecundación *in vitro* aceptan estas pérdidas como el precio que hay que pagar para conseguir resultados positivos. En realidad es extremadamente preocupante que la investigación en este campo se dirija sobre todo a conseguir mejores resultados en términos de porcentaje de niños nacidos respecto al número de mujeres que inician el tratamiento, pero no parece efectivamente interesada en el derecho a la vida de cada embrión.

15. Se objeta a menudo que, la mayoría de las veces, las pérdidas de embriones serían preterintencionales, o que incluso se producirían contra la voluntad de padres y médicos. Se afirma que se trataría de riesgos no muy diferentes de los relacionados con el proceso natural de generación, y que querer transmitir la vida sin correr ningún riesgo llevaría de hecho a abstenerse de hacerlo. Pero si es verdad que en el ámbito de la procreación *in vitro* no todas las pérdidas de embriones tienen la misma relación con la voluntad de los sujetos interesados, también lo es que en muchos casos el abandono, la destrucción o las pérdidas de embriones son previstas e intencionales.

Los embriones defectuosos, producidos *in vitro*, son directamente descartados. Son cada vez más frecuentes los casos de parejas no estériles que recurren a las técnicas de procreación artificial con el único objetivo de poder hacer una selección genética de sus hijos. En muchos países, es praxis común estimular el ciclo femenino en orden a obtener un alto número de óvulos que son fecundados. Entre los embriones obtenidos, un cierto número es transferido al seno materno, mientras los demás se congelan para posibles intervenciones reproductivas futuras. El fin de la transferencia múltiple es asegurar, dentro de lo posible, la implantación de al menos un embrión. El medio empleado para lograr este objetivo es la utilización de un número mayor de embriones con respecto al hijo deseado, previendo que algunos se pierdan y que, en todo caso, se evite un embarazo múltiple. De este modo la técnica de la transferencia múltiple lleva de hecho a un *trato puramente instrumental de los embriones*. Impresiona el hecho de que tanto la deontología profesional más elemental como las autoridades sanitarias jamás admitirían en ningún otro ámbito de la medicina una técnica con una tasa global tan alta de resultados negativos y fatales. En realidad, las técnicas de fecundación *in vitro* se aceptan porque existe la presuposición de que el embrión no merece pleno respeto cuando está en competición con un deseo que hay que satisfacer.

Esta triste realidad, a menudo silenciada, es del todo deplorable, en cuánto

«las distintas técnicas de reproducción artificial, que parecerían puestas al servicio de la vida y que son practicadas no pocas veces con esta intención, en realidad dan pie a nuevos atentados contra la vida».²⁸

16. La Iglesia, además, considera que es éticamente inaceptable la *disociación de la procreación del contexto integralmente personal del acto conyugal*:²⁹ la procreación humana es un acto personal de la pareja hombre-mujer, que no admite ningún tipo de delegación sustitutiva. La aceptación pasiva de la altísima tasa de pérdidas (abortos) producidas por las técnicas de fecundación *in vitro* demuestra con elocuencia que la substitución del acto conyugal con un procedimiento técnico —además de no estar en conformidad con el respeto debido a la procreación, que no se reduce a la dimensión reproductiva— contribuye a debilitar la conciencia del respeto que se le debe a cada ser humano. Por el contrario, la conciencia de tal respeto se ve favorecida por la intimidad de los esposos animada por el amor conyugal.

La Iglesia reconoce la legitimidad del deseo de un hijo, y comprende los sufrimientos de los cónyuges afligidos por el problema de la infertilidad. Sin embargo, ese deseo no puede ser antepuesto a la dignidad que posee cada vida humana hasta el punto de someterla a un dominio absoluto. El deseo de un hijo no puede justificar la “producción” del mismo, así como el deseo

de no tener un hijo ya concebido no puede justificar su abandono o destrucción.

En realidad, se tiene la impresión de que algunos investigadores, carentes de referencias éticas y conscientes de las potencialidades del progreso tecnológico, ceden a la lógica de satisfacer lo que cada cual desea subjetivamente³⁰, así como a la fuerte presión económica propia de este campo. Frente a la instrumentalización del ser humano en el estadio embrionario, hay que repetir que «el amor de Dios no hace diferencia entre el recién concebido, aún en el seno de su madre, y el niño o el joven o el hombre maduro o el anciano. No hace diferencia, porque en cada uno de ellos ve la huella de su imagen y semejanza... Por eso el Magisterio de la Iglesia ha proclamado constantemente el carácter sagrado e inviolable de toda vida humana, desde su concepción hasta su fin natural».³¹

La Inyección *intracitoplasmática de espermatozoides (ICSI)*

17. Entre las técnicas de fecundación artificial más recientes ha asumido progresivamente un particular relieve la **Inyección *intracitoplasmática de espermatozoides***.³² Por su eficacia, esta técnica es la más utilizada, y puede superar diversas formas de esterilidad masculina.³³

Como la fecundación *in vitro*, de la cual constituye una variante, la **Inyec-**

ción intracitoplasmática de espermatozoides es una técnica intrínsecamente ilícita, pues supone una *completa disociación entre la procreación y el acto conyugal*. En efecto, también la **Inyección intracitoplasmática de espermatozoides** «se realiza fuera del cuerpo de los cónyuges por medio de gestos de terceras personas, cuya competencia y actividad técnica determina el éxito de la intervención; confía la vida y la identidad del embrión al poder de los médicos y de los biólogos, e instaura un dominio de la técnica sobre el origen y sobre el destino de la persona humana. Una tal relación de dominio es en sí contraria a la dignidad y a la igualdad que debe ser común a padres e hijos. La concepción *in vitro* es el resultado de la acción técnica que antecede la fecundación; *ésta no es de hecho obtenida ni positivamente querida como la expresión y el fruto de un acto específico de la unión conyugal*». ³⁴

El congelamiento de embriones

18. Uno de los métodos utilizados para mejorar el grado de éxito de las técnicas de procreación *in vitro* es el aumento de los tratamientos sucesivos. Para no repetir la extracción de óvulos de la mujer, se procede a una única extracción múltiple, seguida por la crioconservación de una parte importante de los embriones producidos *in vitro*³⁵. Esto se hace previendo la posibilidad de un segundo ciclo de tratamiento, en el caso de que fracase el primero, o bien porque los padres podrían querer otro

embarazo. En ocasiones se procede además al congelamiento de los embriones destinados a la primera transferencia, porque la estimulación hormonal del ciclo femenino produce efectos que aconsejan esperar la normalización de las condiciones fisiológicas, antes de proceder al traslado de los embriones al seno materno.

La crioconservación *es incompatible con el respeto debido a los embriones humanos*: presupone su producción *in vitro*; los expone a graves riesgos de muerte o de daño a su integridad física, en cuanto un alto porcentaje no sobrevive al procedimiento de congelación y descongelación; los priva al menos temporalmente de la acogida y gestación materna; los pone en una situación susceptible de ulteriores ofensas y manipulaciones. ³⁶

La mayor parte de los embriones no utilizados quedan “huérfanos”. Sus padres no los solicitan, y a veces se pierden sus huellas. Eso explica la existencia de depósitos de millares de embriones congelados en casi todos los países donde se practica la fecundación *in vitro*.

19. En relación al gran número de *embriones congelados ya existentes*, se plantea la siguiente pregunta: ¿qué hacer con ellos? Algunos se interrogan al respecto ignorando el carácter ético de la cuestión, movidos únicamente por la necesidad de observar el precepto legal de vaciar cada cierto tiempo los depósi-

tos de los centros de crioconservación, que después se volverán a llenar. Otros, en cambio, son conscientes de que se ha cometido una grave injusticia, y se interrogan sobre el modo de cumplir el deber de repararla.

Son claramente inaceptables las propuestas de *utilizar tales embriones para la investigación* o para *usos terapéuticos*, porque implica tratarlos como simple “material biológico” y comportan su destrucción. Tampoco es admisible la propuesta de descongelar estos embriones y, sin reactivarlos, utilizarlos para la investigación como si fueran simples cadáveres.³⁷

También la propuesta de ponerlos a disposición de esposos estériles como “terapia” de infertilidad, no es éticamente aceptable por las mismas razones que hacen ilícita tanto la procreación artificial heteróloga como toda forma de maternidad subrogada³⁸; esta práctica implicaría además otros problemas de tipo médico, psicológico y jurídico.

Para dar la oportunidad de nacer a tantos seres humanos condenados a la destrucción, se ha planteado la idea de una “*adopción prenatal*”. Se trata de una propuesta basada en la loable intención de respetar y defender la vida humana que, sin embargo, presenta problemas éticos no diferentes de los ya mencionados.

En definitiva, es necesario constatar que los millares de embriones que

se encuentran en estado de abandono determinan una *situación de injusticia que es de hecho irreparable*. Por ello Juan Pablo II dirigió «una llamada a la conciencia de los responsables del mundo científico, y de modo particular a los médicos para que se detenga la producción de embriones humanos, teniendo en cuenta que no se vislumbra una salida moralmente lícita para el destino humano de los miles y miles de embriones “congelados”, que son y siguen siendo siempre titulares de los derechos esenciales y que, por tanto, hay que tutelar jurídicamente como personas humanas».³⁹

El congelamiento de óvulos

20. Para evitar los graves problemas éticos suscitados por la crioconservación de embriones, en el ámbito de las técnicas de fecundación *in vitro*, se ha presentado la propuesta de congelar los óvulos.⁴⁰ Cuando se han extraído un número congruo de óvulos, considerando que pueden darse ulteriores ciclos de procreación artificial, se prevé fecundar solamente los óvulos que serán trasladados a la madre, mientras los demás serían congelados para ser eventualmente fecundados y trasladados a la madre en caso de que el primer intento fracase.

Al respeto, hay que precisar que *la crioconservación de óvulos en orden al proceso de procreación artificial es moralmente inaceptable*.

La reducción embrionaria

21. Algunas técnicas usadas en la procreación artificial, sobre todo la transferencia de varios embriones al seno materno, han dado lugar a un aumento significativo del porcentaje de embarazos múltiples. Debido a esto, se ha ideado la llamada reducción embrionaria, que consiste en una intervención para reducir el número de embriones o fetos presentes en el seno materno mediante la directa supresión de algunos. La decisión de suprimir seres humanos que con anterioridad han sido intensamente deseados representa una paradoja, y a menudo comporta sufrimientos y sentimientos de culpa que pueden durar años.

Desde el punto de vista ético, *la reducción embrionaria es un aborto intencional selectivo*. Se trata, en efecto, de una eliminación deliberada y directa de uno o más seres humanos inocentes en la fase inicial de su existencia, y como tal constituye siempre un desorden moral grave.⁴¹

Los argumentos propuestos para justificar éticamente la reducción embrionaria a menudo se basan en analogías con catástrofes naturales o situaciones de emergencia en las que, a pesar de la buena voluntad, no es posible salvar a todas las personas implicadas. Estas analogías no pueden fundamentar en ningún modo un juicio moral positivo sobre una práctica directamente abortiva. Otras veces, se acude a principios

morales como el del mal menor o el del doble efecto, que aquí no tienen aplicación alguna. Nunca es lícito, en efecto, realizar de modo deliberado y directo una acción intrínsecamente ilícita, ni siquiera en vistas de un fin bueno: *el fin no justifica los medios*.

El diagnóstico preimplantatorio

22. El diagnóstico preimplantatorio es una forma de diagnóstico prenatal, vinculada a las técnicas de fecundación artificial, que prevé el diagnóstico genético de los embriones formados *in vitro*, antes de su traslado al seno materno. Se efectúa *con objeto de tener la seguridad de trasladar a la madre sólo embriones sin defectos o con un sexo determinado o con algunas cualidades particulares*.

En otros tipos de diagnóstico prenatal, la fase del diagnóstico está completamente separada de la fase de la eventual eliminación de embriones y los esposos son libres de acoger al niño enfermo. Al diagnóstico preimplantatorio, por el contrario, sigue ordinariamente la eliminación del embrión que ha sido designado como “sospechoso” de poseer defectos genéticos o cromosómicos, o de ser de un sexo no querido o de tener cualidades no deseadas. El diagnóstico preimplantatorio –siempre vinculado con la fecundación artificial, que ya de suyo es intrínsecamente ilícita– se ordena de hecho a una *selección cualitativa con la consecuente destrucción de embriones*, la

cual se configura como una práctica abortiva precoz. El diagnóstico preimplantatorio es por lo tanto expresión de aquella *mentalidad eugenésica* «que acepta el aborto selectivo para impedir el nacimiento de niños afectados por varios tipos de anomalías. Semejante mentalidad es ignominiosa y totalmente reprobable, porque pretende medir el valor de una vida humana siguiendo sólo parámetros de “normalidad” y de bienestar físico, abriendo así el camino a la legitimación incluso del infanticidio y de la eutanasia».⁴²

Tratando el embrión humano como simple “material de laboratorio”, se produce también *una alteración y una discriminación en lo que se refiere al concepto mismo de dignidad humana*. La dignidad pertenece de igual modo a cada ser humano individual y no depende del proyecto familiar, la condición social, la formación cultural o el estado de desarrollo físico. Si en otros tiempos, aun aceptando el concepto y las exigencias de la dignidad humana en general, se practicó la discriminación por motivos de raza, religión o condición social, hoy se asiste a una no menos grave e injusta discriminación que lleva a no reconocer el estatuto ético y jurídico de seres humanos afectados por graves patologías e incapacidades: se olvida así que las personas enfermas y minusválidas no son una especie de categoría aparte, porque la enfermedad y la incapacitación pertenecen a la condición humana y tocan a todos en primera persona, incluso cuando

no se tiene una experiencia directa de ello. Tal discriminación es inmoral y debería ser considerada jurídicamente inaceptable. De igual modo sería necesario eliminar las barreras culturales, económicas y sociales que socavan el pleno reconocimiento y la tutela de las personas minusválidas y enfermas.

Nuevas formas de intercepción y contragestación

23. Junto a los medios anticonceptivos propiamente dichos, que impiden la concepción después de un acto sexual, existen otros medios técnicos que actúan después de la fecundación, antes o después de la implantación en el útero del embrión ya constituido. Estas técnicas son *interceptivas* cuando interceptan el embrión antes de su anidación en el útero materno, y *contragestativas* cuando provocan la eliminación del embrión apenas implantado.

Para favorecer la difusión de los medios interceptivos⁴³ a veces se afirma que su mecanismo de acción aún no sería conocido suficientemente. Es verdad que no siempre se cuenta con un conocimiento completo del mecanismo de acción de los distintos fármacos usados, pero los estudios experimentales demuestran que en los medios interceptivos *está ciertamente presente el efecto de impedir la implantación*. Sin embargo, esto no significa que tales medios provocan un aborto cada vez que se usan, pues no siempre se da la fecundación después de una

relación sexual. Pero hay que notar que la intencionalidad abortiva generalmente está presente en la persona que quiere impedir la implantación de un embrión en el caso de que hubiese sido concebido y que, por tanto, pide o prescribe fármacos interceptivos.

Cuando hay un retraso menstrual, se recurre a veces a la contracepción⁴⁴, que es practicada habitualmente dentro de la primera o segunda semana después de la constatación del retraso. El objetivo declarado es hacer reaparecer la menstruación, pero en realidad se trata del *aborto de un embrión apenas anidado*.

Como se sabe, el aborto «es la eliminación deliberada y directa, como quiera que se realice, de un ser humano en la fase inicial de su existencia, que va de la concepción al nacimiento».⁴⁵ Por tanto, el uso de los medios de intercepción y contracepción forma parte del *pecado de aborto* y es gravemente inmoral. Además, en caso de que se alcance la certeza de haber realizado un aborto, se dan las graves consecuencias penales previstas en el derecho canónico.⁴⁶

TERCERA PARTE:

NUEVAS PROPUESTAS TERAPÉUTICAS QUE COMPORTAN LA MANIPULACIÓN DEL EMBRIÓN O DEL PATRIMONIO GENÉTICO HUMANO

24. Los conocimientos adquiridos en los últimos años han abierto nuevas perspectivas para la medicina regenerativa y para el tratamiento de las enfermedades de origen genético. En particular, ha suscitado un gran interés la *investigación sobre las células troncales embrionarias* en relación a las posibles aplicaciones terapéuticas futuras. Sin embargo éstas no han demostrado hasta hoy ningún resultado efectivo, a diferencia de la *investigación sobre las células troncales adultas*. Ya que algunos han creído que las metas terapéuticas eventualmente alcanzables a través de las células troncales embrionarias podrían justificar distintas formas de manipulación y destrucción de embriones humanos, han surgido una serie de cuestiones en el ámbito de la terapia génica, la clonación y la utilización de células troncales, sobre las que es necesario un atento discernimiento moral.

La terapia génica

25. Con el término *terapia génica* se entiende comúnmente la aplicación al hombre de las técnicas de ingeniería genética con una finalidad terapéutica, es decir, con el objetivo de curar enfermedades de origen genético, aunque recientemente se intenta aplicar la *terapia génica* a enfermedades no hereditarias, especialmente al cáncer.

En teoría, es posible aplicar la terapia génica en dos distintos niveles: el de las células somáticas y el de las células germinales. La *terapia génica somática*

se propone eliminar o reducir defectos genéticos presentes a nivel de células somáticas, es decir, de células no reproductivas, que componen los tejidos y los órganos del cuerpo. Se trata, en este caso, de intervenciones dirigidas a determinados campos celulares, con efectos limitados al solo individuo. La *terapia génica germinal* apunta en cambio a corregir defectos genéticos presentes en células de la línea germinal, de modo que los efectos terapéuticos conseguidos sobre el sujeto se transmitan a su eventual descendencia. Las intervenciones de terapia génica, tanto somática como germinal, pueden ser efectuadas *antes del nacimiento*, en cuyo caso se habla de terapia génica *in utero*, o *después del nacimiento*, sobre el niño o el adulto.

26. Para la valoración moral hay que tener presente estas distinciones. Las *intervenciones sobre células somáticas con finalidad estrictamente terapéutica son, en principio, moralmente lícitas*. Tales intervenciones quieren restablecer la normal configuración genética del sujeto, o bien contrarrestar los daños que derivan de la presencia de anomalías genéticas u otras patologías correlacionadas. Puesto que la terapia génica puede comportar riesgos significativos para el paciente, hay que observar el principio deontológico general según el cual, para realizar una intervención terapéutica, es necesario asegurar previamente que el sujeto tratado no sea expuesto a riesgos para su salud o su integridad física, que sean excesivos o

desproporcionados con respecto a la gravedad de la patología que se quiere curar. También se exige que el paciente, previamente informado, dé su consentimiento, o lo haga un legítimo representante suyo.

Distinta es la valoración moral de la *terapia génica germinal*. Cualquier modificación genética producida a las células germinales de un sujeto sería transmitida a su eventual descendencia. Ya que los riesgos vinculados a cada manipulación genética son significativos y todavía poco controlables, *en el estado actual de la investigación, no es moralmente admisible actuar de modo tal que los daños potenciales consiguientes se puedan difundir en la descendencia*. En la hipótesis de la aplicación de la terapia génica al embrión hay que añadir, además, que necesita ser realizada en un contexto técnico de fecundación *in vitro*, y por tanto es susceptible de todas las objeciones éticas relativas a tales procedimientos. Por estas razones hay que afirmar que, en el estado actual de la cuestión, la terapia génica germinal es moralmente ilícita en todas sus formas.

27. Una consideración específica merece la *hipótesis según la cual la ingeniería genética podría tener finalidades aplicativas distintas del objetivo terapéutico*. Algunos han imaginado que es posible utilizar las técnicas de ingeniería genética para realizar manipulaciones con el presunto fin de mejorar y potenciar la dotación genética. En

algunas de estas propuestas se manifiesta una cierta insatisfacción o hasta rechazo del valor del ser humano como criatura y persona finita. Dejando de lado las dificultades técnicas, con los riesgos reales y potenciales anejos a su realización, tales manipulaciones favorecen una mentalidad eugenésica e introducen indirectamente un estigma social en los que no poseen dotes particulares, mientras enfatizan otras cualidades que son apreciadas por determinadas culturas y sociedades, sin constituir de por sí lo que es específicamente humano. Esto contrasta con la verdad fundamental de la igualdad de todos los seres humanos, que se traduce en el principio de justicia, y cuya violación, a la larga, atenta contra la convivencia pacífica entre los hombres. Además, habría que preguntarse quién podría establecer que ciertas modificaciones son positivas y otras negativas, o cuáles deberían ser los límites de las peticiones individuales de una presunta mejora, puesto que no sería materialmente posible satisfacer los deseos de todos. Cada respuesta posible sería el resultado de criterios arbitrarios y discutibles. Todo esto lleva a concluir que la perspectiva de una manipulación genética con fines de mejoras individuales acabaría, tarde o temprano, por dañar el bien común, favoreciendo que la voluntad de algunos prevalezca sobre la libertad de otros. Finalmente hay que notar que en el intento de crear *un nuevo tipo de hombre* se advierte fácilmente una *cuestión ideológica*: el hombre pretende sustituir al Creador.

Al declarar este tipo de intervención como éticamente negativa, en cuanto implica un *injusto dominio del hombre sobre el hombre*, la Iglesia llama también la atención sobre la necesidad de volver a una perspectiva centrada en el cuidado de la persona y de educar para que la vida humana sea siempre acogida, en el cuadro de su concreta finitud histórica.

La clonación humana

28. Por clonación humana se entiende la reproducción asexual y agámica de la totalidad del organismo humano, con objeto de producir una o varias “copias” substancialmente idénticas, desde el punto de vista genético, al único progenitor.⁴⁷

La clonación se propone con dos objetivos fundamentales: *reproductivo*, es decir para conseguir el nacimiento de un niño clonado, y *terapéutico* o de investigación. La clonación reproductiva sería capaz en teoría de satisfacer algunas exigencias particulares, tales como, por ejemplo, el control de la evolución humana; la selección de seres humanos con cualidades superiores; la preselección del sexo de quienes han de nacer; la producción de un hijo que sea la “copia” de otro; la producción de un hijo por parte de una pareja afectada por formas de esterilidad no tratables de otro modo. La clonación terapéutica, en cambio, ha sido propuesta como instrumento de producción de células troncales

embrionarias con patrimonio genético predeterminado, para superar el problema del rechazo (inmunoincompatibilidad); está por tanto relacionada con la cuestión de la utilización de células troncales.

Los intentos de clonación han suscitado viva preocupación en el mundo entero. Muchos organismos nacionales e internacionales han expresado valoraciones negativas sobre la clonación humana, y en la mayoría de los países ha sido prohibida.

La clonación humana es intrínsecamente ilícita pues, llevando hasta el extremo el carácter inmoral de las técnicas de fecundación artificial, se propone *dar origen a un nuevo ser humano sin conexión con el acto de recíproca donación* entre dos cónyuges y, más radicalmente, *sin ningún vínculo con la sexualidad*. Tal circunstancia da lugar a abusos y a manipulaciones gravemente lesivas de la dignidad humana.⁴⁸

29. En caso de que la clonación tuviera un objetivo *reproductivo*, se impondría al sujeto clonado un patrimonio genético preordenado, sometiéndolo de hecho –como se ha dicho– a una forma de *esclavitud biológica* de la que difícilmente podría liberarse. El hecho de que una persona se arrogue el derecho de determinar arbitrariamente las características genéticas de otra persona, representa una *grave ofensa a la dignidad de esta última y a la igualdad fundamental entre los hombres*.

La particular relación que existe entre Dios y el hombre desde el primer momento de su existencia es la causa de la originalidad de cada persona humana, que obliga a respetar su singularidad e integridad, incluso aquella biológica y genética. Cada uno de nosotros encuentra en el otro a un ser humano que debe su existencia y sus características personales al amor de Dios, del cual sólo el amor entre los cónyuges constituye una mediación conforme al designio de nuestro Creador y Padre del Cielo.

30. Desde el punto de vista ético, la llamada clonación *terapéutica* es aún más grave. Producir embriones con el propósito de destruirlos, aunque sea para ayudar a los enfermos, es totalmente incompatible con la dignidad humana, porque reduce la existencia de un ser humano, incluso en estado embrionario, a la categoría de instrumento que se usa y destruye. Es *gravemente inmoral sacrificar una vida humana para finalidades terapéuticas*.

Las objeciones éticas puestas de relieve por muchos contra la clonación terapéutica y el uso de embriones humanos producidos *in vitro* han hecho que algunos científicos presentaran técnicas nuevas, que serían capaces de producir células troncales de tipo embrionario sin presuponer la destrucción de verdaderos embriones humanos.⁴⁹ Estas técnicas han suscitado muchos interrogantes científicos y éticos, sobre todo en relación al estatuto ontológico del

“producto” así conseguido. Mientras estas dudas no sean aclaradas, hay que tener en cuenta la siguiente afirmación de la Encíclica *Evangelium vitae*: «está en juego algo tan importante que, desde el punto de vista de la obligación moral, bastaría la sola probabilidad de encontrarse ante una persona para justificar la más rotunda prohibición de cualquier intervención destinada a eliminar un embrión humano.»⁵⁰

El uso terapéutico de las células troncales

31. Las células troncales o células madre son células indiferenciadas que poseen dos características fundamentales: a) la prolongada capacidad de multiplicarse sin diferenciarse; b) la capacidad de dar origen a células progenitoras de tránsito, de las que descienden células sumamente diferenciadas, por ejemplo, nerviosas, musculares o hemáticas.

Desde la verificación experimental de que las células troncales transplantadas a un tejido dañado tienden a favorecer la repoblación de células y la regeneración del tejido, se han abierto nuevas perspectivas para la medicina regenerativa, que han suscitado gran interés entre los investigadores de todo el mundo.

En el hombre, se han encontrado hasta ahora las siguientes fuentes de células troncales: el embrión en los primeros estadios de su desarrollo, el feto, la sangre

del cordón umbilical, varios tejidos del adulto (médula ósea, cordón umbilical, cerebro, mesénquima de varios órganos, etc.) y el líquido amniótico. Inicialmente, los estudios se concentraron en las *células troncales embrionarias*, ya que se creyó que sólo éstas poseían grandes potencialidades de multiplicación y diferenciación. Numerosos estudios han demostrado, en cambio, que también las *células troncales adultas* presentan una propia versatilidad. Aunque éstas no parecen tener la misma capacidad de renovación y plasticidad que las células troncales de origen embrionario, estudios y experimentaciones de alto nivel científico tienden a poner las células troncales adultas por encima de las embrionarias, en base a los resultados obtenidos. De hecho, los protocolos terapéuticos que se practican actualmente prevén la utilización de células troncales adultas, y por ello se han iniciado distintas líneas de investigación que abren nuevos y prometedores horizontes.

32. Para la valoración ética hay que considerar tanto los *métodos de recolección* de células troncales como los *riesgos de su utilización clínica o experimental*.

En lo que atañe a los métodos usados para la recolección de células troncales, éstos deben considerarse en relación a su origen. Se deben considerar lícitos los métodos que no procuran grave daño al sujeto del que se extraen. Esta condición se verifica generalmente en el caso de: a) extracción de células de

tejidos de un organismo adulto; b) de la sangre del cordón umbilical en el momento del parto; c) de los tejidos de fetos muertos de muerte natural. Por el contrario, la extracción de células troncales del embrión humano viviente causa inevitablemente su destrucción, resultando por consiguiente gravemente ilícita. En este caso «la investigación, prescindiendo de los resultados de utilidad terapéutica, no se pone verdaderamente al servicio de la humanidad, pues implica la supresión de vidas humanas que tienen igual dignidad que los demás individuos humanos y que los investigadores. La historia misma ha condenado en el pasado y condenará en el futuro esa ciencia, no sólo porque está privada de la luz de Dios, sino también porque está privada de humanidad.»⁵¹

El uso de células troncales embrionarias o de células diferenciadas derivadas de ellas, que han sido eventualmente provistas por otros investigadores mediante la supresión de embriones o que están disponibles en comercio, pone serios problemas desde el punto de vista de la cooperación al mal y del escándalo.⁵²

En relación a la utilización clínica de células troncales conseguidas a través de procedimientos lícitos no hay objeciones morales. Sin embargo, hay que respetar los criterios comunes de deontología médica. En este sentido, se debe proceder con gran rigor y prudencia, reduciendo al mínimo los riesgos potenciales para los pacientes, faci-

litando la confrontación mutua de los científicos y proporcionando información completa al público en general.

Es necesario alentar el impulso y el apoyo a la investigación sobre el uso de células troncales adultas, ya que no implica problemas éticos.⁵³

Los intentos de hibridación

33. Recientemente se han utilizado óvulos de animales para la reprogramación de los núcleos de las células somáticas humanas —generalmente llamada *clonación híbrida*— con el fin de extraer células troncales embrionarias de los embriones resultantes, sin tener que recurrir a la utilización de óvulos humanos.

Desde un punto de vista ético, tales procedimientos constituyen una ofensa a la dignidad del ser humano, debido a la *mezcla de elementos genéticos humanos y animales capaz de alterar la identidad específica del hombre*. El uso eventual de células troncales extraídas de esos embriones puede implicar, además, riesgos aún desconocidos para la salud, por la presencia de material genético animal en su citoplasma. Exponer conscientemente a un ser humano a estos riesgos es moral y deontológicamente inaceptable.

La utilización de “material biológico” humano de origen ilícito

34. Para la investigación científica y la producción de vacunas u otros pro-

ductos a veces se usan líneas celulares que son el resultado de intervenciones ilícitas contra la vida o la integridad física del ser humano. La conexión con la acción injusta puede ser inmediata o mediata, ya que generalmente se trata de células que se reproducen con facilidad y en abundancia. Este “material” a veces es puesto en comercio o distribuido gratuitamente a los centros de investigación por parte de los organismos estatales que por ley tienen esta tarea. Todo esto da lugar a *diferentes problemas éticos, sobre la cooperación al mal y el escándalo*. Por lo tanto, conviene enunciar los principios generales a partir de los cuales quienes actúan en recta conciencia puedan evaluar y resolver las situaciones en las que podrían quedar involucrados a causa de su actividad profesional.

Cabe señalar en primer lugar que la misma valoración moral del aborto «se debe aplicar también a las recientes formas de *intervención sobre los embriones humanos* que, aun buscando fines en sí mismos legítimos, comportan inevitablemente su destrucción. Es el caso de los *experimentos con embriones*, en creciente expansión en el campo de la investigación biomédica y legalmente admitida por algunos Estados... El uso de embriones o fetos humanos como objeto de experimentación constituye un delito en consideración a su dignidad de seres humanos, que tienen derecho al mismo respeto debido al niño ya nacido y a toda persona».⁵⁴ Estas formas de experimentación constituyen siempre un desorden moral grave.⁵⁵

35. Se configura un problema distinto cuando los investigadores usan un “material biológico” de origen ilícito, que ha sido producido fuera de su centro de investigación o que se encuentra en comercio. La Instrucción *Donum vitæ* ha formulado el principio general que debe ser observado en estos casos: «Los cadáveres de embriones o fetos humanos, voluntariamente abortados o no, deben ser respetados como los restos mortales de los demás seres humanos. En particular, no pueden ser objeto de mutilaciones o autopsia si no existe seguridad de su muerte y sin el consentimiento de los padres o de la madre. Se debe salvaguardar además la exigencia moral de que no haya habido complicidad alguna con el aborto voluntario, y de evitar el peligro de escándalo».⁵⁶

En ese sentido es *insuficiente el criterio de independencia formulado por algunos comités de ética*, según el cual sería éticamente lícita la utilización de “material biológico” de origen ilícito, a condición de que exista una separación clara entre los que producen, congelan y dan muerte a los embriones, y los investigadores que desarrollan la experimentación científica. El criterio de independencia no es suficiente para evitar una contradicción en la actitud de quienes dicen desaprobación a las injusticias cometidas por otros, pero al mismo tiempo aceptan para su trabajo el “material biológico” que otros obtienen mediante tales injusticias. Cuando el delito está respaldado por las leyes

que regulan el sistema sanitario y científico, es necesario distanciarse de los aspectos inicuos de esos sistemas, a fin de no dar la impresión de una cierta tolerancia o aceptación tácita de acciones gravemente injustas.⁵⁷ De lo contrario, se contribuiría a aumentar la indiferencia, o incluso la complacencia con que estas acciones se ven en algunos sectores médicos y políticos.

Se objeta a veces que consideraciones como las arriba expuestas parecen presuponer que los investigadores de recta conciencia deberían oponerse activamente a cualquier acción ilícita llevada a cabo en el campo médico, con lo que su responsabilidad ética se ampliaría de modo excesivo. El deber de evitar la cooperación al mal y el escándalo es en realidad parte de la actividad profesional ordinaria del médico. Ésta debe ser planteada correctamente y, a través de ella, se ha de dar testimonio del valor de la vida, oponiéndose también a las leyes gravemente injustas. Hay que precisar que el deber de rechazar el “material biológico” deriva de la *obligación de separarse*, en el ejercicio de la propia actividad de investigación, *de un marco legislativo gravemente injusto y de afirmar con claridad el valor de la vida humana*. Esto vale también en ausencia de cualquier conexión próxima de los investigadores con las acciones de los técnicos de la procreación artificial o con las de aquéllos que han procurado el aborto, e incluso cuando no haya un acuerdo previo con los centros de procreación artificial. Por eso el

mencionado criterio de independencia es necesario, pero puede ser éticamente insuficiente.

Por supuesto, dentro de este marco general existen *diferentes grados de responsabilidad*. Razones de particular gravedad podrían ser moralmente proporcionadas como para justificar el uso de ese “material biológico”. Así, por ejemplo, el peligro para la salud de los niños podría autorizar a sus padres a utilizar una vacuna elaborada con líneas celulares de origen ilícito, quedando en pie el deber de expresar su desacuerdo al respecto y de pedir que los sistemas sanitarios pongan a disposición otros tipos de vacunas. Por otro lado, debemos tener en cuenta que en las empresas que utilizan líneas celulares de origen ilícito no es idéntica la responsabilidad de quienes deciden la orientación de la producción y la de aquéllos que no tienen poder de decisión.

En el contexto de la urgente *movilización de las conciencias en favor de la vida*, debemos recordar a los profesionales de la salud que «su responsabilidad ha crecido hoy enormemente y encuentra su inspiración más profunda y su apoyo más fuerte precisamente en la intrínseca e imprescindible dimensión ética de la profesión sanitaria, como ya reconocía el antiguo y siempre actual *juramento de Hipócrates*, según el cual se exige a cada médico el compromiso de respetar absolutamente la vida humana y su carácter sagrado».⁵⁸

CONCLUSIÓN

36. A veces, se ha oído la acusación de que la enseñanza moral de la Iglesia contiene demasiadas prohibiciones. En realidad, esa enseñanza se funda en el reconocimiento y la promoción de los dones que el Creador ha concedido al hombre; dones como la vida, el conocimiento, la libertad y el amor. Un reconocimiento especial merece, por tanto, no sólo la actividad cognoscitiva del hombre, sino también aquélla de orden práctico, como el trabajo y la actividad tecnológica. Con estas últimas, en efecto, el hombre, participando en el poder creador de Dios, está llamado a transformar la creación, ordenando sus muchos recursos en favor de la dignidad y el bienestar integral de todos y cada uno de los hombres, y a ser también el custodio de su valor e intrínseca belleza.

Pero la historia de la humanidad ha sido testigo de cómo el hombre ha abusado y sigue abusando del poder y la capacidad que Dios le ha confiado, generando distintas *formas de injusta discriminación y opresión* de los más débiles e indefensos. Los ataques diarios contra la vida humana; la existencia de grandes zonas de pobreza en las que los hombres mueren de hambre y enfermedades, excluidos de recursos de orden teórico y práctico que otros países tienen a disposición con sobraabundancia; un desarrollo tecnológico e industrial que está poniendo en riesgo de colapso el ecosistema; la utiliza-

ción de la investigación científica en el campo de la física, la química y la biología con fines bélicos; las numerosas guerras que todavía hoy dividen pueblos y culturas. Éstos son, por desgracia, sólo algunos signos elocuentes de cómo el hombre puede hacer un mal uso de su capacidad y convertirse en el peor enemigo de sí mismo, perdiendo la conciencia de su alta y específica vocación a ser un colaborador en la obra creadora de Dios.

Paralelamente, la historia de la humanidad manifiesta un *progreso real en la comprensión y el reconocimiento del valor y la dignidad de cada persona*, fundamento de los derechos y de los imperativos éticos con los que se ha intentado y se intenta construir la sociedad humana. Pues bien, es precisamente en nombre de la promoción de la dignidad humana que se ha prohibido toda conducta y estilo de vida que perjudica esa dignidad. Así, por ejemplo, las prohibiciones jurídico-políticas, y no sólo éticas, contra las distintas formas de racismo y de esclavitud, la discriminación injusta y la marginación de las mujeres, niños, personas enfermas o con discapacidades graves, son un claro testimonio del reconocimiento del valor inalienable y de la intrínseca dignidad de cada ser humano, y el signo del genuino progreso que está recorriendo la historia de la humanidad. En otros términos, la legitimidad de cualquier prohibición se funda en la necesidad de tutelar un auténtico bien moral.

37. Si el progreso humano y social se caracterizó inicialmente por el desarrollo de la industria y la producción de bienes de consumo, hoy se distingue por el desarrollo de la informática, la investigación en el campo de la genética, la medicina y la biotecnología aplicada también al hombre. Se trata de áreas de gran importancia para el futuro de la humanidad, en las que, sin embargo, también existen evidentes e inaceptables abusos. «Así, como hace un siglo la clase obrera estaba oprimida en sus derechos fundamentales, y la Iglesia tomó su defensa con gran valentía, proclamando los derechos sacrosantos de la persona del trabajador, así ahora, cuando otra categoría de personas está oprimida en su derecho fundamental a la vida, la Iglesia siente el deber de dar voz, con la misma valentía, a quien no tiene voz. El suyo es el clamor evangélico en defensa de los pobres del mundo y de quienes son amenazados, despreciados y oprimidos en sus derechos humanos.»⁵⁹

En virtud de la misión doctrinal y pastoral de la Iglesia, la Congregación para la Doctrina de la Fe ha sentido el deber de reafirmar la dignidad y los derechos fundamentales e inalienables de todo ser humano, incluso en las primeras etapas de su existencia, y de explicitar los requisitos de protección y respeto que el reconocimiento de tal dignidad exige a todos.

El cumplimiento de este deber implica la valentía de oponerse a todas las

prácticas que se traducen en una grave e injusta discriminación de los seres humanos aún no nacidos. Son seres humanos dotados de la dignidad de persona, que han sido creados a imagen de Dios. *Detrás de cada "no" brilla, en las fatigas del discernimiento entre el bien y el mal, un gran "sí" en reconocimiento de la dignidad y del valor inalienable de cada singular e irrepetible ser humano llamado a la existencia.*

Los fieles se han de comprometer firmemente a promover una nueva cultura de la vida, recibiendo el contenido de la presente Instrucción con asentimiento religioso, conscientes de que Dios siempre da la gracia necesaria para observar sus mandamientos y que, en cada ser humano, especialmente en los más pequeños, se encuentra el mismo Cristo (cf. *Mt* 25,40). Todos los hombres de buena voluntad, especialmente los médicos y los investigadores dispuestos a confrontarse y llegar a la verdad, sabrán también comprender y compartir estos principios y valoraciones orientados a proteger la frágil condición del ser humano en las etapas iniciales de su vida y a promover una civilización más humana.

El Sumo Pontífice, Benedicto XVI, en el transcurso de la Audiencia concedida el 20 de junio de 2008 al suscrito Cardenal Prefecto, ha aprobado la presente Instrucción, decidida en la Sesión Ordinaria de esta Congregación, y ha ordenado su publicación.

Roma, en la Sede de la Congregación para la Doctrina de la Fe, 8 de sep-

tiembre de 2008, Fiesta de la Natividad de la Bienaventurada Virgen María.

William Card. LEVADA
Prefecto

Luis F. LADARIA, S.I.
Arzobispo tit. de Thibica
Secretario

NOTAS:

- 1 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae* sobre el respeto de la vida humana naciente y la dignidad de la procreación (22 de febrero de 1987): *AAS* 80 (1988), 70-102.
- 2 JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Veritatis splendor* sobre algunas cuestiones fundamentales de la enseñanza moral de la Iglesia (6 de agosto de 1993): *AAS* 85 (1993), 1133-1228.
- 3 JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium vitae* sobre el valor y el carácter inviolable de la vida humana (25 de marzo de 1995): *AAS* 87 (1995), 401-522.
- 4 JUAN PABLO II, Discurso a los participantes en la VII Asamblea de la Pontificia Academia para la Vida (3 de marzo de 2001), n. 3: *AAS* 93 (2001), 446.
- 5 Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Fides et ratio* sobre las relaciones entre fe y razón (14 de septiembre de 1998), n. 1: *AAS* 91 (1999), 5.
- 6 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae*, I, 1: *AAS* 80 (1988), 79.
- 7 Como recordó Benedicto XVI, los derechos humanos, en particular el derecho a la vida de cada ser humano, «se basan en la ley natural inscrita en el corazón del hombre y presente en las diferentes culturas y civilizaciones. Arrancar los derechos humanos de este contexto significaría restringir su ámbito y ceder a una concepción relativista, según la cual el sentido y la interpretación de los derechos podrían variar, negando su universalidad en nombre de los diferentes contextos culturales, políticos, sociales e incluso religiosos. Así pues, no se debe permitir que esta vasta variedad de puntos de vista oscurezca no sólo el hecho de que los derechos son universales, sino que también lo es la persona humana, sujeto de estos derechos» (Discurso a la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas, 18 de abril de 2008: *AAS* 100 [2008], 334).
- 8 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae*, I, 1: *AAS* 80 (1988), 78-79.
- 9 *Ibid.*, II, A, 1: *l.c.*, 87.
- 10 PABLO VI, Carta Encíclica *Humanae vitae* (25 de julio de 1968), n. 8: *AAS* 60 (1968), 485-486.
- 11 BENEDICTO XVI, Discurso a los participantes al Congreso Internacional promovido por la Universidad Pontificia Lateranense, en el 40º aniversario del la Carta Encíclica *Humanae vitae* (10 de mayo de 2008): *L'Osservatore Romano*, 11 de mayo de 2008, pág. 1; cf. JUAN XXIII, Carta Encíclica *Mater et magistra*, (15 de mayo de 1961), III: *AAS* 53 (1961), 447.

- 12 CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, n. 22.
- 13 Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium vitae*, n. 37-38: *AAS* 87 (1995), 442-444.
- 14 JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Veritatis splendor*, n. 45: *AAS* 85 (1993), 1169.
- 15 BENEDICTO XVI, Discurso a los participantes en la Asamblea general de la Academia Pontificia para la Vida y en el Congreso internacional sobre el tema “El embrión humano en la fase de preimplantación” (27 de febrero de 2006): *AAS* 98 (2006), 264.
- 16 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae*, Introducción, 3: *AAS* 80 (1988), 75.
- 17 JUAN PABLO II, Exhortación Apostólica *Familiaris consortio* sobre la misión de la familia cristiana en el mundo actual (22 de noviembre de 1981), n. 19: *AAS* 74 (1982), 101-102.
- 18 Cf. CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, Declaración *Dignitatis humanae*, n. 14.
- 19 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae*, II, A, 1: *AAS* 80 (1988), 87.
- 20 *Ibid.*, II, B, 4: *l.c.*, 92.
- 21 *Ibid.*, Introducción, 3: *l.c.*, 75.
- 22 Bajo el nombre de fecundación o procreación artificial heteróloga se entienden «las técnicas ordenadas a obtener artificialmente una concepción humana, a partir de gametos procedentes de al menos un donador diverso de los esposos unidos en matrimonio» (*ibid.*, II: *l.c.*, 86).
- 23 Bajo el nombre de fecundación o procreación artificial homóloga se entiende «la técnica dirigida a lograr la concepción humana a partir de los gametos de dos esposos unidos en matrimonio» (*ibid.*).
- 24 *Ibid.*, II, B, 7: *l.c.*, 96; cf. PIO XII, Discurso a los participantes en el IV Congreso Internacional de Médicos Católicos (29 de septiembre de 1949): *AAS* 41 (1949), 560.
- 25 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae*, II, B, 6: *l.c.*, 94.
- 26 Cf. *ibid.*, II: *l.c.*, 86.
- 27 Actualmente, incluso en los más importantes centros de fecundación artificial, el número de embriones sacrificados es superior al 80%.
- 28 JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium vitae*, n. 14: *AAS* 87 (1995), 416.
- 29 Cf. PIO XII, Discurso a los participantes del II Congreso mundial de Nápoles sobre fecundidad y esterilidad humana (19 de mayo de 1956): *AAS* 48 (1956), 470; PABLO VI, Carta Encíclica *Humanae vitae*, n. 12: *AAS* 60 (1968), 488-489; CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae*, II, B, 4-5: *AAS* 80 (1988), 90-94.
- 30 Cada vez hay más personas, incluso no unidas por el vínculo conyugal, que recurren a las técnicas de fecundación artificial para tener un hijo. Tales prácticas debilitan la institución matrimonial y dan a luz niños en ambientes no favorables para su pleno desarrollo humano.
- 31 BENEDICTO XVI, Discurso a los participantes en la Asamblea general de la Academia Pontificia para la Vida y en el Congreso internacional sobre el tema “El embrión humano en la fase de preimplantación” (27 de febrero de 2006): *AAS* 98 (2006), 264.
- 32 La **Inyección intracitoplasmática de espermatozoides (ICSI)** se parece en casi todos los aspectos a las otras formas de la fecundación *in vitro*, distinguiéndose en el hecho de que la fecundación no ocurre espontáneamente en la probeta, sino a través de la inyección en

- el citoplasma del óvulo de un solo espermatozoide previamente seleccionado, y a veces a través de la inyección de elementos inmaduros de la línea germinal masculina.
- 33 Sin embargo, hay que señalar que los especialistas discuten sobre algunos riesgos que la **Inyección intracitoplasmática de espermatozoides** puede comportar para la salud del concebido.
- 34 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae*, II, B, 5: AAS 80 (1988), 93.
- 35 Con relación a los embriones, la criopreservación es un procedimiento de enfriamiento a bajísimas temperaturas para permitir una larga conservación.
- 36 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae*, I, 6: AAS 80 (1988), 84-85.
- 37 Cf. n. 34-35 de esta Instrucción.
- 38 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae*, II, A, 1-3: AAS 80 (1988), 87-89.
- 39 JUAN PABLO II, Discurso a los participantes en el Simposio sobre “*Evangelium vitae* y Derecho” y en el XI Coloquio internacional de Derecho Canónico (24 de mayo de 1996), n. 6: AAS 88 (1996), 943-944.
- 40 La criopreservación de óvulos ha sido planteada también en otros contextos que aquí no se consideran. Por óvulo se entiende la célula germinal femenina no penetrada por el espermatozoide.
- 41 Cf. CONCILIO VATICANO II, Constitución Pastoral *Gaudium et spes*, n. 51; JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium vitae*, n. 62: AAS 87 (1995), 472.
- 42 JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium vitae*, n. 63: AAS 87 (1995), 473.
- 43 Los métodos interceptivos más conocidos son el espiral o DIU (*Dispositivo intrauterino*) y la llamada “píldora del día siguiente”.
- 44 Los principales métodos de contracepción son la píldora RU 486 o Mifepristona, las prostaglandinas y el Metotrexato.
- 45 JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium vitae*, n. 58: AAS 87 (1995), 467.
- 46 Cf. *Código de Derecho Canónico*, can. 1398 y *Código de Cánones de las Iglesias Orientales*, can. 1450 § 2; cf. también *Código de Derecho Canónico*, can. 1323-1324. La Comisión Pontificia para la interpretación auténtica del Código de Derecho Canónico declaró que por el concepto penal de aborto se entiende «matar al feto en cualquier modo y en cualquier momento a partir de su concepción» (*Respuestas a dudas*, 23 de mayo de 1988: AAS 80 [1988], 1818).
- 47 En el estado actual de la ciencia, las técnicas propuestas para realizar la clonación humana son dos: fisión gemelar y transferencia del núcleo. La *fisión gemelar* consiste en la separación artificial de células individuales o grupos de células del embrión, en las primeras fases del desarrollo, y en su subsiguiente traslado al útero, para conseguir artificialmente embriones idénticos. La *transferencia de núcleo*, o clonación propiamente dicha, consiste en la introducción de un núcleo extraído de una célula embrionaria o somática en un óvulo anteriormente privado de su núcleo, seguido por la activación de este óvulo que, por consiguiente, debería desarrollarse como embrión.
- 48 Cf. CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae*, I, 6: AAS 80 (1988), 84; JUAN PABLO II, Discurso a los Miembros del Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede (10 de enero de 2005), n. 5: AAS 97 (2005), 153.

- 49 Técnicas nuevas de este tipo son, por ejemplo, la aplicación de la partenogénesis a los seres humanos, la transferencia de un núcleo alterado (*Altered Nuclear Transfer: ANT*) y la re-programación asistida del óvulo (*Oocyte Assisted Reprogramming: OAR*).
- 50 JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium vitae*, n. 60: *AAS* 87 (1995), 469.
- 51 BENEDICTO XVI, Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre el tema “Las células troncales: ¿qué futuro en orden a la terapia?”, organizado por la Academia Pontificia para la Vida (16 de septiembre de 2006): *AAS* 98 (2006), 694.
- 52 Cf. n. 34-35 de esta Instrucción.
- 53 Cf. BENEDICTO XVI, Discurso a los participantes en el Congreso Internacional sobre el tema “Las células troncales: ¿qué futuro en orden a la terapia?”, organizado por la Academia Pontificia para la Vida (16 de septiembre de 2006): *AAS* 98 (2006), 693-695.
- 54 JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium vitae*, n. 63: *AAS* 87 (1995), 472-473.
- 55 Cf. *ibid.*, n. 62: *l.c.*, 472.
- 56 CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Instrucción *Donum vitae*, I, 4: *AAS* 80 (1988), 83.
- 57 Cf. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium vitae*, n. 73: *AAS* 87 (1995), 486: «El aborto y la eutanasia son crímenes que ninguna ley humana puede pretender legitimar. Leyes de este tipo no sólo no crean ninguna obligación de conciencia, sino que, por el contrario, establecen una *grave y precisa obligación de oponerse a ellas mediante la objeción de conciencia*». El derecho a la objeción de conciencia, expresión del derecho a la libertad de conciencia, debería ser tutelado por las legislaciones civiles.
- 58 JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Evangelium vitae*, n. 89: *AAS* 87 (1995), 502.
- 59 JUAN PABLO II, Carta a todos los Obispos de la Iglesia sobre la intangibilidad de la vida humana (19 de mayo de 1991): *AAS* 84 (1992), 319.



CRÓNICA DIOCESANA

CRÓNICA DIOCESANA

DICIEMBRE

- Día 2: Reunión del Consejo Episcopal.
- Día 3: Presentación del Libro de poemas *Luz que me llamas* obra del Ilmo. Sr. D. Serafín Marqués Gil Deán de la S.I. Catedral de San Martín.
- Día 5: Presentación del número 3 de la Revista *Diversarum Rerum*, de los archivos diocesano y catedralicio de la Diócesis Auriense
- Día 7: Vigilia de la Inmaculada en la Parroquia de Santa Eufemia la Real del Centro.
- Día 8: Fiesta de la Inmaculada patrona del Seminario Menor.
- Día 11: Presentación del número 11 de la Revista *Auriensia*, Anuario del Instituto Teológico “Divino Maestro” y conferencia “La caridad pastoral de San Pablo” pronunciada por profesor del I.T. “Divino Maestro”, Dr. D. Jorge Juan Pérez Gallego, en el Centro Cultural de Caixa Galicia.
- Del 8 al 13: Ejercicios Espirituales para sacerdotes en la Casa Diocesana de Ejercicios.
- Día 13: Campaña “Sembradores de Estrellas” realizada por los niños de los colegios de Ourense en toda la ciudad.
- Día 15: Funeral de Sor María Modesta Cibeira, Religiosa Hija de la Divina Pastora (Calasancia) en la capilla de la Residencia Santamarina.
- Día 17: Inauguración de la Exposición “Belenes del mundo” en el Obispado.
Reunión del Consejo Diocesano de Asuntos Económicos en la Casa de Ejercicios “Santa María Madre”.
- Día 19: Celebración del Rito de Admisión a las Sagradas Órdenes de Presbiterado y Diaconado del seminarista D. Miguel Alonso Pérez.
- Día 20: Tercera jornada del curso de DSI, organizado por la Fundación Santa María Nai, en el salón Mundo Novo del Obispado de Ourense. Dirigió la jornada D. Manuel María Bru, director del área socio-religiosa de la cadena COPE, desarrollando el tema “Medios de Comunicación y Doctrina Social de la Iglesia”
- Día 22: Celebración Navideña de todos los que trabajan en las oficinas del Obispado.
- Día 23: Reunión del Consejo Episcopal.

Día 29: Reunión del Consejo Presbiteral, en la casa diocesana de Ejercicios.
Funeral del sacerdote diocesano Rvdo. D. José Crespo Vilaríño, en la parroquia de San Juan de Anzo.

BOLETÍN OFICIAL DEL OBISPADO DE OURENSE

SUMARIO DEL AÑO 2008

LA VOZ DEL PRELADO

Enero

Homilía del Sr. Obispo en la festividad de Santa María, Madre de Dios.....	7
Homilía del Sr. Obispo en la festividad de la Epifanía del Señor	11
Carta del Sr. Obispo. Manos Unidas 2008.....	16

Febrero

Mensaje del Sr. Obispo para la publicación “Comunidade”, mes de marzo de 2008	199
Saludo del Sr. Obispo para la Semana Santa	202

Marzo

Carta del Sr. Obispo con motivo de la Campaña del Domingo	379
Homilía del Sr. Obispo. Domingo de Ramos	381
Homilía del Sr. Obispo. Misa Crismal.....	385
Homilía del Sr. Obispo. Jueves Santo	391
Homilía del Sr. Obispo. Viernes Santo	396
Homilía del Sr. Obispo. Vigilia Pascual	399
Homilía del Sr. Obispo. Domingo de Pascua.....	403

Abril

Saludo del Sr. Obispo para una exposición organizada por la Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfilica Miño de Ourense	527
---	-----

Mayo

Homilía del Sr. Obispo en la Fiesta de S. Juan de Ávila.....	695
Saludo del Sr. Obispo en la presentación de la Memoria de Cáritas	700

Junio

Carta del Obispo Promotor del Apostolado del Mar en la festividad de la Virgen del Carmen.....	827
Saludo del Sr. Obispo a los Hermanos Misioneros de los Enfermos Pobres con motivo del centenario del nacimiento de su Fundador	830

Julio-Agosto

Carta del mes de agosto.....	963
------------------------------	-----

Septiembre

Carta con motivo del DOMUND 2008	1127
--	------

Octubre

Saludo a la Sociedad Filatélica, Numismática y Vitolfilica “Miño” con motivo de la fiesta de San Martín de Tours.....	1287
Saludo para el libro de San Pablo de Quintela de Leirado	1289

Noviembre

Homilía na festa de San Martiño, Patrón da Diocese e da Cidade de Ourense.....	1443
Palabras durante el acto de constitución de la Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo en Celanova.....	1446

Diciembre

Carta del Sr. Obispo para el Tiempo de Adviento.....	1555
--	------

Actividades del Sr. Obispo

Enero	19
Febrero.....	204
Marzo	407
Abril.....	587

Mayo.....	703
Junio	832
Julio-Agosto	965
Septiembre	1239
Octubre.....	1291
Noviembre	1450
Diciembre	1557

IGLESIA DIOCESANA

SECRETARÍA GENERAL

Enero - Nombramientos y defunciones	23
Febrero - Nombramientos.....	209
Abril - Nombramientos.....	535
Mayo - Nombramientos.....	709
Junio - Nombramientos y defunciones	837
Julio-Agosto - Nombramientos y defunciones	971
Septiembre - Nombramientos y defunciones.....	1135
Octubre - Nombramientos y defunciones	1295
Noviembre - Defunciones	1455
Diciembre - Defunciones.....	1561

VICARÍA GENERAL

Enero

Nota a propósito de la celebración de San Benito	26
Algunas normas canónicas u orientaciones pastorales vigentes en esta Diócesis.....	26
Normativa sobre estipendios	31
Normativa sobre los libros parroquiales	33
Para los párrocos nombrados por seis años.....	38
Cementerios parroquiales	39
Arañeces de sepulturas a partir del 1 de enero de 2008	41

Junio

Nota sobre el nuevo horario de verano en la Curia Diocesana.....	838
--	-----

Julio-Agosto

Notas de la Secretaría de la Conferencia Episcopal Española sobre Matrimonios entre españoles y extranjeros, fundamentalmente Albaneses y Nigerianos.....	973
---	-----

VICARÍA DE PASTORAL

Enero

Delegación de liturgia. “Para vivir el domingo (IV)”	41
Consello Presbiteral. Ponencia de Juan María Canals. Secretario de la Comisión Episcopal de Liturgia de la Conferencia Episcopal Española: “El domingo, día del Señor”.....	42

Marzo

Delegación de Misiones: bases para la presentación de canciones al XXXIX Festival Juvenil y XXX Festival Infantil de la Canción Misionera en el año 2008	413
--	-----

Abril

Delegación de liturgia. Las celebraciones dominicales a la espera del sacerdote, en los últimos documentos (Información al Colegio de Arciprestes en la Diócesis).....	535
Conferencia de Mons. Francisco Pérez González, Arzobispo de Pamplona, Obispo de Tudela y Director de OMP en España	541

Junio

Memoria de la Campaña diocesana para recuperar el sentido del Domingo	839
Delegación de Catequesis. Decreto de implantación del Catecismo “Jesús es el Señor”	843

Delegación para el Año Santo de San Rosendo. Decreto de aprobación de la constitución de la Academia Auriense-Mindoniense de San Rosendo	844
Julio-Agosto	
Delegación de Liturgia. “ <i>El domingo, día del Señor y señor de los días</i> ”	975
Septiembre	
Programación pastoral diocesana para el curso 2008/2009	1138
Delegación de Liturgia. “ <i>Volver al domingo como ‘Día del Señor’</i> ”	1141
Octubre	
Delegación de Liturgia. <i>El Domingo y su dimensión esponsal</i>	1296
Viaje a Egipto. Crónica de una Peregrinación del 18 al 27 de agosto de 2008.....	1301
Homenaje a D. Joaquín Pérez Mostaza, párroco de Santa María Magdalena de Francelos.....	1311
Noviembre	
Delegación de Liturgia. <i>Fundamentación teológico-litúrgica del Domingo</i>	1456
Diciembre	
Bodas de Oro Sacerdotales de D. Lisardo Ramos Sandiás, párroco de Santa Teresita del Veintiuno de Ourense (20/XII/1958 – 21/XII/2008)	1562
Delegación de Liturgia. <i>Mistagogía del Domingo (Pautas para una profundización de su misterio)</i>	1567
VICARÍA PARA LOS ASUNTOS ECONÓMICOS	
Enero	
Presupuestos para el año 2008.....	43
CONSELLO PRESBITERAL	
Enero	
Constitución del nuevo Consello Presbiteral para los próximos cuatro años	46
Diciembre	
Ponencia de D. Saturnino Gamarra. <i>Los ejercicios espirituales en la vida del sacerdote diocesano</i> ...	1576
INSTITUTO TEOLÓGICO “DIVINO MAESTRO”	
Diciembre	
Conferencia en la Presentación del número 11 de la revista Auriensia. La Caridad Pastoral en San Pablo	1585
Febrero	
Archivo Histórico Diocesano	
Memoria del Archivo Histórico Diocesano de Ourense. Año 2007	209
Junio	
Provincia Eclesiástica de Santiago de Compostela - Obispos de Galicia	
Nota de los Obispos de la Iglesia en Galicia con motivo de la asignatura <i>Educación para la Ciudadanía</i> ...	850
IGLESIA EN ESPAÑA	
Enero	
Nota de prensa del Comité Ejecutivo de la CEE sobre la celebración por la familia cristiana, que tuvo lugar el pasado día 30 de diciembre de 2007, en la Plaza de Colón de Madrid.....	49
Para la Jornada Mundial de la Vida Consagrada 2008	49
Nota de la Comisión para la Doctrina de la Fe sobre el libro del P. José M ^a Vigil “Teología del pluralismo religioso. Curso sistemático de Teología Popular”	51
Febrero	
Nota de la CCVII Comisión Permanente de la CEE ante las Elecciones Generales de 2008	223
Nombramiento Episcopal de D. Mario Iceta Gavicagoeascoa como Obispo Auxiliar de Bilbao	225

Marzo

Discurso de Mons. Manuel Monteiro de Castro, Nuncio Apostólico en España y Andorra, Arzobispo titular de Benevento en la XCI Asamblea Plenaria de la CEE..... 419

Discurso de apertura de Mons. Ricardo Blázquez, Obispo de Bilbao, Presidente de la Conferencia Episcopal..... 420

La CEE en el trienio 2008-2011 432

Nota de los Obispos de la Subcomisión Episcopal para la Familia y Defensa de la Vida con ocasión de la VII Jornada Nacional por la Vida 441

Informe de la Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis sobre el número de alumnos que reciben formación religiosa y moral católica en el curso 2007-2008..... 443

Abril

Mensaje de la Comisión Episcopal de Medios de Comunicación Social “Los medios: instrumentos de esperanza”..... 551

Mensaje de la Comisión Episcopal de Apostolado Seglar “Laicos cristianos: sal y luz del mundo” 555

Mensaje del Presidente de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada. Jornada Pro Orantibus..... 560

Mayo

Mensaje de la XCI Asamblea Plenaria de la CEE. El nuevo catecismo “*Jesús es el Señor*”..... 713

Mensaje de la Comisión Episcopal de Pastoral Social en la Fiesta del Corpus Christi, Día de la Caridad, “*La Eucaristía, esperanza para el pobre*”..... 716

Nombramiento Episcopal: Rvdo. Sr. D. Gerardo Melgar Viciosa, Obispo de Osma-Soria 721

Junio

CCIX reunión de la Comisión Permanente de la CEE 855

Comisión Episcopal de migraciones. Jornada de Responsabilidad en el Tráfico 2008..... 859

Julio-Agosto

Nombramientos: Mons. D. Joan Piris Frígola obispo de Lleida. D. Francesc Pardo Artigas obispo de Girona..... 985

Nota de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe sobre el libro de José Antonio Pagola 987

Septiembre

Nota de prensa final, de la CCX Reunión de la Comisión Permanente de la CEE 1149

Octubre

Nota de la Secretaría General de la Conferencia Episcopal Española “*Curar a los enfermos, pero sin eliminar a nadie*”..... 1317

Reflexión de Mons. Francisco Pérez González, Arzobispo de Pamplona y Obispo de Tudela, director nacional de OMP, con motivo de la Jornada del DOMUMD..... 1318

Nombramiento: Mons. D. Jesús Esteban Catalá Ibáñez, Obispo de Málaga 1320

Noviembre

Discurso inaugural del Emmo. Sr. Cardenal Antonio M^a Rouco Varela Arzobispo de Madrid y Presidente de la Conferencia Episcopal Española en la XCII Asamblea Plenaria..... 1471

Palabras del Sr. Nuncio Excmo. y Rvdm. Sr. D. Manuel Monteiro de Castro 1482

Nombramiento: Mons. D. Juan José Asenjo Pelegrina, Arzobispo Coadjutor de Sevilla..... 1484

Diciembre

Nota de los obispos de la Subcomisión para la Familia y la Defensa de la Vida. Jornada Mundial de la Familia..... 1607

IGLESIA UNIVERSAL

SANTO PADRE BENEDICTO XVI

Ángelus

Enero57

Febrero.....229

Marzo.....449

Junio 867

Julio-Agosto999

Septiembre1153

Octubre.....1325

Noviembre	1487
Diciembre	1613
Audiencias generales	
Enero	65
Febrero.....	233
Marzo.....	452
Abril.....	571
Mayo.....	728
Junio	869
Julio-Agosto	1006
Septiembre	1162
Octubre.....	1329
Noviembre	1493
Diciembre	1838
Cartas	
Enero	79
Febrero.....	247
Marzo.....	464
Abril.....	579
Junio	879
Julio-Agosto	1013
Septiembre	1183
Discursos	
Enero	82
Febrero.....	252
Marzo.....	469
Abril.....	585
Mayo.....	750
Junio	880
Julio-Agosto	1019
Septiembre	1184
Octubre.....	1343
Noviembre	1508
Diciembre	1627
Homilías	
Enero	132
Febrero.....	302
Marzo.....	481
Abril.....	599
Mayo.....	783
Julio-Agosto	1032
Septiembre	1201
Octubre.....	1387
Noviembre	1522
Diciembre	1645
Mensajes	
Enero	148
Marzo.....	503
Abril.....	580
Junio	903
Julio-Agosto	1047
Septiembre	1209

Octubre.....	1401
Noviembre.....	1525
Diciembre.....	1656
Regina Cæli	
Abril.....	565
Mayo.....	725
Viajes Apostólicos	
Abril	
Viaje apostólico a Estados Unidos de América y Organización de las Naciones Unidas.....	612
Mayo	
Viaje apostólico - Visita Pastoral a Savona y Génova.....	793
Julio-Agosto	
Viaje Apostólico a Santa M ^a Di Leuca y Brindisi (Pulla, Italia, 14-15 de junio de 2008)	1056
Viaje Apostólico a Sydney con motivo de la XXIII Jornada Mundial de la Juventud (12-21 de julio de 2008).....	1072
Septiembre	
Viaje Apostólico - Visita Pastoral a Cagliari (7 de septiembre de 2008).....	1212
Viaje Apostólico a Francia con ocasión del 150º Aniversario de las apariciones de Lourdes (del 12 al 15 de septiembre de 2008))	1224
Octubre	
Viaje Apostólico - Visita Pastoral al Pontificio Santuario de Pompeya (19 de octubre de 2008) ...	1405
 SANTA SEDE	
Enero	
Consejo Pontificio para la pastoral de los emigrantes e itinerantes II Encuentro Internacional de Pastoral de la Carretera.....	143
Febrero	
Visita del Cardenal Tarcisio Bertone a Cuba con ocasión del X Aniversario del Viaje de Juan Pablo II.....	313
Marzo	
Carta a la Jerarquía Católica con ocasión de la Colecta “Pro Terra Sancta”. Cuaresma 2008	510
Declaración final de la reunión anual de la Comisión Mixta entre el Comité Permanente de Al-Azhar para el Diálogo entre las Religiones Monoteístas y el Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso (El Cairo, 25/26-2-2008)	516
Abril	
Secretaría de Estado. Intervención del Card. Tarcisio Bertone, con ocasión del 80º cumpleaños del Santo Padre Benedicto XVI	678
Mensaje de Roma emitido por el Congreso convocado por los obispos europeos.....	680
Mayo	
Carta con motivo de la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los Sacerdotes.....	812
Junio	
Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica	
El servicio de la autoridad y la obediencia.....	907
Congregación para el Clero	
Carta con motivo de la Jornada Mundial de Oración por la Santificación de los sacerdotes	944
Pontificio Consejo para la Salud	
Intervención de Monseñor Silvano M. Tomas en la IX Asamblea Mundial de la Salud	950
Julio-Agosto	
Consejo Pontificio para la pastoral de los Migrantes e Itinerantes. “ <i>El turismo afronta el reto del cambio climático</i> ”.....	1115
Octubre	
Congregación para la educación católica. Instrucción sobre los Institutos Superiores de Ciencias Religiosas	1413

Noviembre

Secretaría de Estado. Intervención del Cardenal Tarcisio Bertone, Secretario de Estado de Su Santidad, en un Congreso sobre la herencia del Magisterio de Pío XII..... 1531

Diciembre

Congregación para la Doctrina de la Fe. Instrucción *Dignitas Personae* sobre algunas cuestiones de Bioética..... 1679

IGLESIA EN EL MUNDO

Febrero

Cáritas Internacional. Ponencia en la Iniciativa Mundial contra la trata de seres humanos en la ONU 368

Octubre

Declaración final y Mensaje del Tercer Congreso Americano Misionero *“El Congreso Misionero, un “Pentecostés” para la Iglesia en América”* 1426

Noviembre

Declaración final del Foro Católico-Musulmán 1543

CRÓNICA DIOCESANA

Enero	153
Febrero.....	373
Marzo	521
Abril.....	689
Mayo.....	821
Junio	957
Julio-Agosto	1121
Septiembre	1281
Octubre.....	1437
Noviembre	1549
Diciembre	1709



Beati misericordes